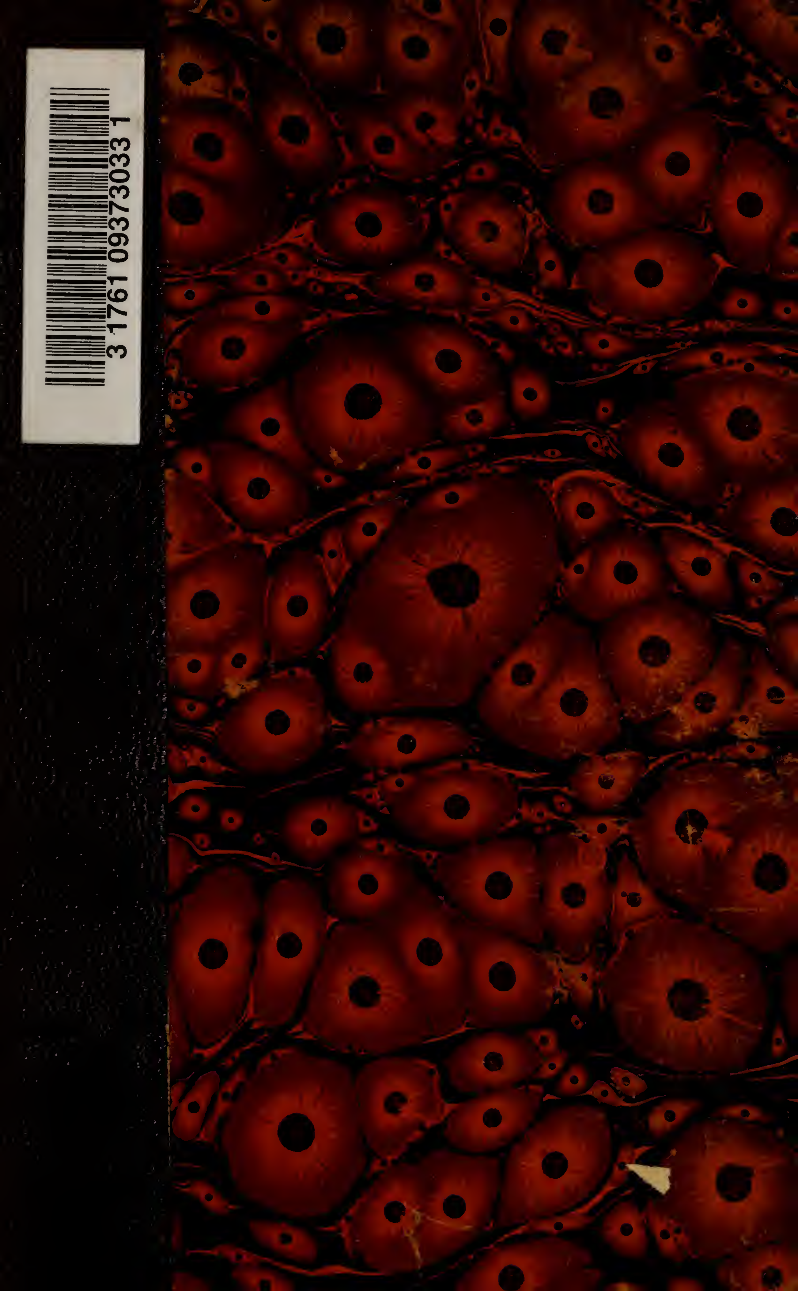






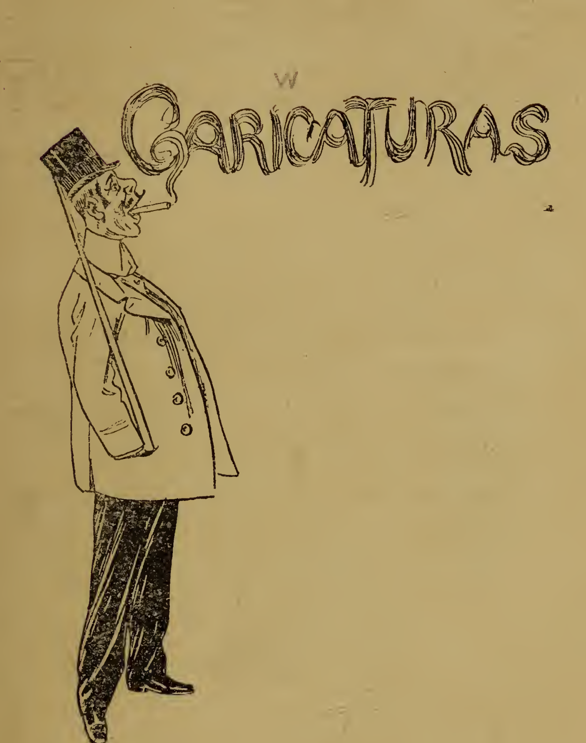


Madrid en broma.—Un volumen en 8.º, ilustrado. (Agotada)

La vida cursi.—(Segunda edición): un volumen en 8.º, ilustrado.

Siga la fiesta.—Un volumen en 8.º, ilustrado.




CARICATURAS



POR

LUIS TABOADA

DIBUJOS

de

ANGEL PONS.



MADRID

Manuel F. Lasanta

EDITOR

CALLE DE MESÓN DE PAÑOS, 6

1892

RUBIÑOS, IMPRESOR, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS



LAS CAMARERAS

DESDE que la industria moderna, en sus inescrutables designios, ha suprimido en los cafés el elemento patilludo, que con más ó menos aseo subvenía á las necesida-

des humanas del parroquiano, sustituyéndole con muchachas de mirada expresiva y formas correctas, los seductores de profesión acuden á los establecimientos donde se ha realizado la reforma, y con el fuego de sus miradas van destruyendo poco á poco los corazones de la servidumbre.

Hay joven hortera que se pasa el domingo sentado delante de un velador, apurando copas, para que vean las *chicas* que sabe tirar un duro y que está muy acostumbrado á la absorción de toda clase de bebidas espirituosas.

Creen algunos que para conquistar el corazón de una camarera, lo primero que se necesita es aparecer á sus ojos como un tunante de siete suelas.

—¡Antonia!

—¿Qué va á ser?

—Cognac.

—¿De tres estrellas?

—De todas las que haya. Cuanto más fuerte, mejor.

—¡Caramba! Debe usted tener quemada la asadura.

—Yo soy así.

—¡Buen *perdío* está *usté,* mayormente!

Esta frase entusiasma al joven parroquiano, que dirige á la camarera miradas de

intención corrompida, y murmura á su oído picardías gordas.

El joven va dejando sin sentir el sueldo del mes en manos de aquella chica, á cambio de algunas copas de cognac, que se le suben á la cabeza, y de una que otra sonrisa benévola que ella le dirige para no perder el consumidor.

¡Y qué feliz se considera el parroquiano, cuando algún amigo le pregunta:

—Pero, chico, ¿dónde te metes? ¡No te veo ninguna noche!

—¡Psch! ¡Cosas de la vida!...—contesta él con cierto orgullo mal disimulado.

—¡Buen tuno estás tú!

—Ya conoces mi flaco... ¡Tengo ahora una camarera rubia!... ¡María Santísima, qué mujer!...

—¡Ah, pillo!

—Ya sabes cómo soy.

Bien sabe Dios que la camarera está *chaláa* por un chato de la clase de chulos *atrasáos,* con el cual reparte las propinas del café, y aun tiene muchas veces que empeñar prendas de su uso para que el chato pague lo que debe.

Pero el señorito es feliz con sólo mirar á la camarera y oir que ella le llama "tunante„ y "mala persona„ y "comprometeor„.

Lo probable será que llegue el verano, y el otoño, y el invierno, sin que el señorito



vea colmados sus proyectos, y eso que no

se mete una sola vez en la cama sin decir alegremente:

—Lo que es el domingo, me la llevo á merendar á las Ventas... y después...

En los cafés servidos por camareras abundan también los jóvenes tímidos, pero de intenciones pecaminosas.

Éstos llegan al establecimiento, se colocan delante del velador, y hacen sonar las palmas con mucho cuidado, como si temieran molestar á alguien.

Cuando acude la camarera, le dicen:

—Joven: ¿tiene *ustez* la *bondaz* de servirme café?

Al traerle las cafeteras, murmuran:

—¡Caramba! ¡Qué mano tan blanquita!

—¡Vamos! No sea usted guasón, hombre—contesta la aludida.

—No ha sido mi ánimo faltarla en lo más mínimo.

—¿Quiere usted más leche?

—No se moleste *ustez*...

Y le lanzan miradas oblicuas, que no cesan en toda la noche; después sacan una peseta, y dicen tímidamente:

—Cobre *ustez,* joven.

—Sobran cincuenta céntimos.

—Guárdeselos *ustez*.

—Tantas gracias.

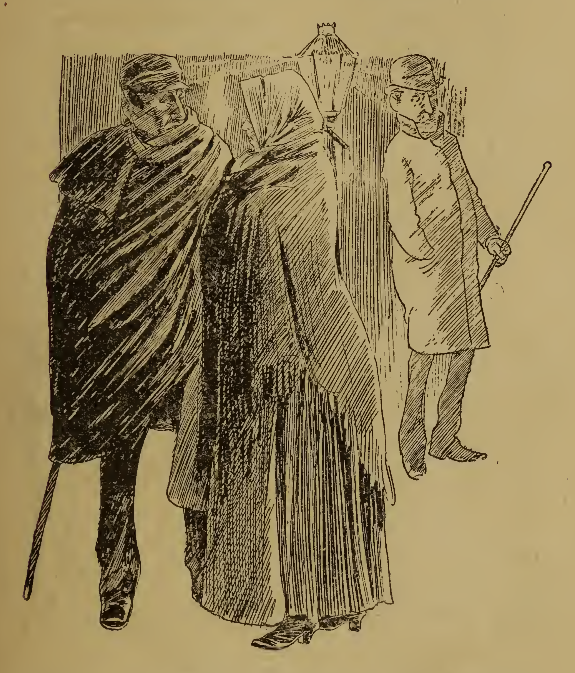
—No las merece... ¿Es *ustez* de *Madriz?*
—Sí, señor.



—¡Caramba! ¡Qué casualidad! Yo también. ¿Y tiene *ustez* madre?

– Pues, hombre, ¿quiere usted que hubiera *nacío* sola?

Esta respuesta conturba el ánimo del se-



ñorito, que sale del café dando tropezones; pero pronto acude á su mente la reflexión,

y piensa en volver al otro día para decirle las cosas por lo claro.

A él la chica le gusta, pero siente un rubor...

En fin, que se contenta con tomar su café diariamente y dar á la camarera dos reales de propina, hasta que una noche, después de envalentonarse con tres copas de anís del Mono, espera á la chica en la calle y se arranca por derecho...

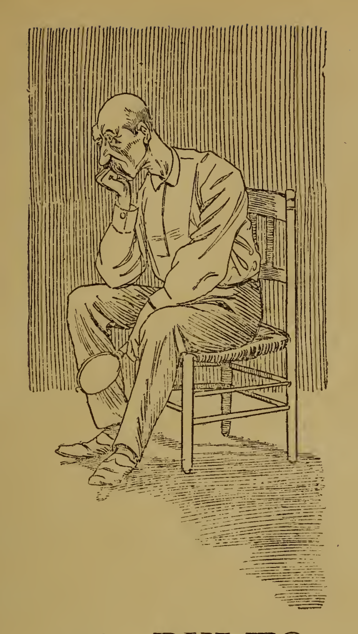
—¿Quién es este mico?—pregunta un chulapo acercándose á la chica.

—Es un parroquiano - contesta ella.

—Le voy á dar dos *patás* en la tripa—dice el chulo.

Y el parroquiano no pára de correr hasta su casa, donde dice melancólicamente:

—¡De buena me he salvado!... ¡Demonio!.. No valía la pena de haber puesto camareras en los cafés. ¡Casi me gustan más los mozos!...



EL BULTO

El bulto que le había salido á don Lorenzo encima de la ceja derecha, le tenía preocupado hasta el punto de vivir lejos de la sociedad.

Verá usted cómo empezó la cosa.

Él era muy aficionado á los berros, y una tarde que no tenía nada que hacer, se que-

dó en su casa á solas con una fuente llena de ensalada. Después, como quien no quiere la cosa, se la fué comiendo poco á poco, y después descansó.

Pero él no sabe si por efecto de los berros, ó por otras causas desconocidas, se le presentó el bultito; lo que sí asegura es que á los dos días tenía la forma de un huevo, y que un mes más tarde había adquirido las proporciones de un melocotón, con la pelusilla y todo.

—Mariquita—decía don Lorenzo á su mujer.—Si tuviera valor personal, me mataba mañana por la tarde.

—¡Ay! ¡No digas eso, que me pones la carne de gallina!—contestaba ella.

—Yo no puedo vivir bajo la horrible vergüenza del bulto.

—Tal vez haya algún específico para hacerle desaparecer. ¿No venden pasta mineral catalana para afilar las navajas? Puede que haya otra pasta cualquiera para los bultos.

La esposa, que no tenía punto de reposo desde la aparición del bulto, mandó buscar á un callista eminente, y le habló así:

—Mi esposo tiene una protuberancia.

—Sea por muchos años,—contestó el callista.

—Y es necesario que desaparezca.

—Desaparecerá.

—Él tiene antipatía á las operaciones quirúrgicas. Éntre usted de sopetón en la alcoba, y arrójese sobre mi marido; sólo así conseguirá usted operarle.

Don Lorenzo se hallaba en aquel instante raspando una corteza de queso para echarlo en la sopa de macarrones, cuando penetró en su habitación el pedícuro con la cuchilla desenvainada.

—¡A él, á él!—le gritó doña Mariquita.

—¡Socorro!-dijo don Lorenzo, ocultándose detrás de un baúl mundo.

Pero el callista le cogió por el cuello de la americana como cogen las cocineras á los gatos poco cuidadosos, y arrojándole encima del sofá, dijo á doña Mariquita:

—Ayúdeme usted á sujetarle las piernas. Traiga usted una lía. Vamos á atarlo como si fuera un cofre.

Don Lorenzo, presa del mayor espanto, abría los ojos, la boca y todo... Pero pronto pudo ver que su existencia no corría peligro.

—Déjese usted operar—le dijo el callista.

—Yo haré lo que usted quiera-contestó don Lorenzo.

Entonces su esposa salió de la habitación

derramando lágrimas como puños, y diciendo á voces:

—No quiero presenciar sus sufrimientos.

Don Lorenzo dejaba hacer. Todo aquello le parecía un sueño; y mientras el callista



le mandaba quitarse las botas y colocar ambos pies desnudos sobre sus rodillas, el pobre hombre le miraba atónito.

—Aquí tenemos un ojo de gallo—iba di-

ciendo el pedícuro;—aquí un callo padre; éste es un clavo maestro, con ramificaciones ..

Y á éste quiero, á éste no quiero, el callista acabó por mondarle los pies á don Lorenzo como quien monda una pera de Aragón.

—¡Pero, Dios mío! ¿Qué hombre será éste? decía á solas el buen señor.

Terminada la operación, el pedícuro cobró sus honorarios, y salió á la calle con aire triunfal.

—¿Se ha ido ya?—preguntó un rato después doña Mariquita, asomándose á la puerta de la alcoba.

—Sí—contestó melancólicamente don Lorenzo mientras se ponía los calcetines.

Doña Mariquita fué á arrojarse en sus brazos; pero tropezó con el bulto, y no pudo menos de lanzar un grito.

—¿Qué es esto? ¿Lo tienes todavía?—preguntó con sorpresa.

—¿Quieres que se hubiera caído solo?—replicó él.

—Entonces... ¿qué te ha extirpado ese tío?

—Siete callos y dos ojos.

A doña Mariquita le faltó poco para no morirse allí mismo, sobre la mesa de noche.

Desde aquel día, la desesperación del

matrimonio aumentó en un 75 por 100. El bulto engordaba como si se le hubiesen estado manteniendo con chocolate de Matías López.

—¿Qué hago yo con esto?—decía á cada paso el infeliz marido de doña Mariquita.

—Muchas veces se me ocurre la idea de darte un palo cuando estés distraído, á ver si lo reviento—contestaba ella.

Esta fué la chispa que puso en combustión la mente de don Lorenzo.

—Si yo me cayese á la calle de cabeza, puede que consiguiera despachurrarlo—se dijo un día; y empezó á medir con los ojos la distancia que le separaba de la calle.

Otras veces pensaba:

—Si yo tuviese un amigo en el ejército, le pediría que me diese aquí un bayonetazo al descuido. Yo lo que no quiero es que me hagan la operación, sino que me lo revienten por casualidad.

Don Lorenzo se decidió á salir en busca de casualidades. Cuando veía un aguador, se colocaba en su camino para ver si chocaba con la cuba; mil veces hizo que le tropezaran los curas con el sombrero de teja; pero ¡nada!

—No pasa de hoy sin que me lo revienten—se dijo un día.

—¿Qué lleva usted ahí?—le preguntó un amigo en la puerta del Sol.

—Una cosa que me trae loco.

—Parece una libreta.

Don Lorenzo tuvo entonces una idea luminosa: su amigo era hombre de genio fuerte, y se propuso irritarle para que le pegara.

—Me parece que le ha faltado usted—dijo en tono provocativo.

—¿A quién? -preguntó el otro.

—Al bulto. Le ha llamado usted "libreta„ y esto es ofenderle, porque le quiero como á un hijo.

—Yo le llamo como se me antoja, ¿sabe usted?

—Eso no me lo diría usted en otra parte—replicó don Lorenzo, presentando la frente á fin de que su amigo descargase el puñetazo salvador.

—¡Vaya usted á paseo!—dijo el amigo desdeñosamente; y dió media vuelta.

—¡Oiga usted, so títere!

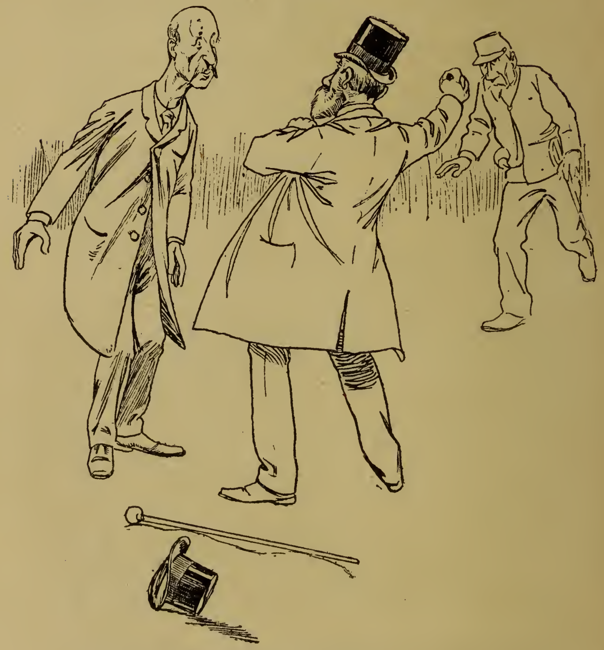
—¿Títere?

El amigo de don Lorenzo montó en cólera, y arrojándose sobre él, comenzó á darle puñetazos en todas partes. Cada vez que su mano chocaba contra el bulto, don Lorenzo, derramando lágrimas de dolor y de gratitud, decía:

—Gracias, muchísimas gracias. Es usted muy amable.

—¡Tome usted!

—Así, así; un poco más á la derecha.



Cuando llegaron los guardias, tarde como de costumbre, don Lorenzo se había caído

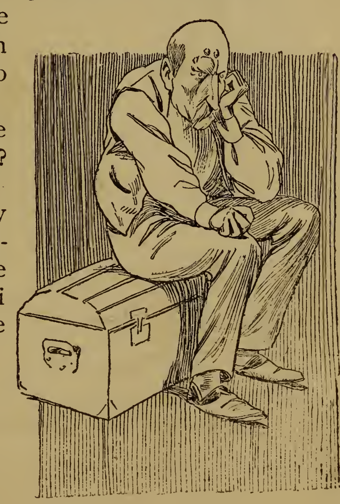
dentro de una cesta llena de cacharros que vendía un muchacho á real y medio la pieza, y tuvo necesidad de pagar un dineral por roturas.

Después se llevó la mano á la frente, y lanzó un ¡ay! de espanto.

El bulto estaba allí, lozano y exuberante, como siempre. En cambio, habían aparecido alrededor otros bultos pequeños, debidos á la magnanimidad de su agresor, y que venían á ser los hijos del bulto grande.

—¿Qué te pasa, monín? —preguntó doña Mariquita á su esposo cuando le vió aparecer jadeante en la puertade la escalera.

—¡Nada! Que me he llevado un bulto y te traigo siete.



—¿Hasido áque te le reventaran?

- Sí; quise reventarle á él, y he sido yo el reventado. ¡No se puede uno fiar ni de los golpes que le den!

POETAS FÚNEBRES



A Dios gracias, en la función dedicada al insigne Rafael Calvo por sus compañeros del Español, no habrá lectura de poesías.

La Comisión encargada de organizar esta solemnidad artística ha acordado reunir en un folleto las composiciones, más ó menos poéticas, dedicadas al difunto; y de este modo los padres de familia, ajenos á la rima, quedan en libertad de leerlas ó de legárselas á sus hijos para que se vayan enterando de nuestro florecimiento lírico.

No hay nada más triste que ir al teatro con el propósito de distraerse, y que salga un actor vestido de funeraria y rompa á leer, con la voz entrecortada por los sollozos.

—¡Hombre! Yo he venido aquí á divertirme – exclama el espectador de buena fe, que ha pagado su billete con el propósito de sacudir el yugo de su suegra y olvidar por un momento los sinsabores del matrimonio.

—Pues vamos á tener lectura para rato— le contesta su *adlátere*.—¿Ve usted á todos esos señores que parece que no hacen nada? Pues tienen su poesía correspondiente en el bolsillo del pantalón.

Así es, en efecto. Hay actores que están deseando el exterminio de sus semejantes, para poder leerles media docena de octavas sobre la tumba; y aquella noche comen de prisa y corriendo, después de decir á sus esposas respectivas:

—Anda, mujer; saca la sopa, que hoy ha caído tela.

—¿Estrenáis algo?

—No: vamos á leer poesías *en loor* de Rodríguez, el característico, que en paz descanse.

—Amén.

Menos mal si todos los que escriben versos sobre las tumbas de los artistas fuesen personas razonables; pero sucede á lo mejor que cualquier escribiente de consumos se cree con luces bastantes para componer un soneto, y después, quien lo paga es el público, y el sentido común, y la gramática castellana.

Los organizadores de veladas poéticas suelen tener visitas del tenor siguiente:

—¿Es usted don Gumersindo?

—Servidor.

—Pues yo vengo á leerle á usted una composición en esdrújulos que escribí ayer en el Ayuntamiento, donde me tiene usted á sus órdenes, negociado de atarjeas y pozos negros.

—Tantas gracias.

—He sabido que organizan ustedes una velada, y no quiero faltar, pues no es la primera vez que se han leído cosas mías. Cuando estuvo de días el Alcalde, le hice una oda y se la leyó el secretario del Ayuntamiento en sesión secreta; por lo cual me remitieron á casa un pupitre de honor con incrustaciones y media docena de pañuelos del bolsillo.

—El caso es que tenemos ya una porción de composiciones poéticas...

—Lo supongo; pero dificulto que ninguna tenga más esdrújulos escogidos que la mía.

Oiga usted:



«Ya que la Parca estúpida
te ha arrebatado fúlgido,
permite venga plácido
tu tumba á visitar.»

—¡Basta, basta!...

«Y de mi acento cándido
recibe el dón benéfico,
pues soy un bardo húmedo
que llora sin cesar.»

El individuo de la Comisión organizadora se agita sobre su asiento, y trata de despedir al vate; pero éste saca una carta de recomendación de un guarnicionero de la calle de Postas, persona muy influyente, á quien no puede faltar el individuo, y éste dice entonces:

—Corriente. Procuraré que le lean á usted *eso*.

—Diga usted al actor encargado de mi lectura, que pronuncie bien la parte de abajo, porque es donde he puesto más esmero, y que diga bien claro mi nombre y mis dos apellidos: *Juan de la Cruz Salmonetin y Barbillo.*

—Vaya usted descuidado.

—Porque deseo que en mi país vean mis adelantos.

Allí me tenían por un bruto, y el maestro me echó de la escuela dos veces, diciendo que nunca sería nada; pero, gra-

cias á Dios, he dado pruebas de todo lo contrario, y en el Ayuntamiento vienen á buscarme los concejales para que les dicte las cartas y les corrija los discursos... ¡Ea, abur! Si hay que hacer algún desembolso con motivo de mi poesía, estoy aquí yo dispuesto á responder...

—¡Vaya usted al infierno!

Esto lo dice aparte el individuo de la Comisión; pero como no es cosa de desairar al guarnicionero, los versos se leen en la velada y los periódicos se deshacen en elogios, declarando al joven Salmonetín poeta inspirado y *titilador* de ternura infinita, aunque modesto y mal configurado.

Hay una porción de poetas como Salmonetín, que se pasan la vida en acecho, esperando que haya veladas para exhibir sus dotes intelectuales; y en cuanto tienen ocasión, buscan recomendaciones y revuelven á Roma con Santiago para que les lean sus cosas en público.

Entre los versificadores fúnebres que conocemos, figura una señorita picada de viruelas, que no se ha casado por esta razón, y porque además tiene mal aliento; la cual señorita regala flanes á los individuos de todas las Comisiones, á ver si por este medio logra salir del *oscurantismo,* como ella

dice, y la declaran *vata* nacional, como tantas otras, que no tendrán seguramente más inteligencia, pero que han sabido conquistarse una reputación envidiable y lucrativa.





EL MARIDO DE LA CARACTERÍSTICA

Hélo allí, de conversación con el segundo apunte, mientras se visten las damas y los tramoyistas colocan la decoración del acto segundo.

Don Balbino, que así se llama nuestro héroe, es un ángel de Dios, un ser bondadoso y apreciable, que fraterniza con los carpinteros del escenario y es uña y carne

de todos los comparsas; porque él no tiene orgullo, ni se da tono, ni le niega á nadie un pitillo.

—Don Balbino, eche usted una cerilla—le dice un *asistencia,* poniéndole la mano en el hombro.

—Don Balbino, hágame usted el favor de estirarme el casco por la parte de atrás—le dice un comparsa.

Y él se esfuerza por complacer á todo el mundo, á espaldas de su esposa, que en cuanto le ve de conversación con *gente baja,* como ella dice, ya le está haciendo señas y amenazándole con el puño cerrado.

Después, cuando consigue verse á solas con "aquel hombre sin vergüenza,„ le coge por la solapa para lanzarle la siguiente filípica:

—Venga usted acá, ¡so tío! que no es usted más que un tío. ¿Le parece á usted bien que le vean hablando toda la santa noche con esa gentuza? Tú no te haces cargo de nada, y así estás de lucido, que si no fuera por mí, no sé qué ibas á comer. ¿Ves que hable con los tramoyistas el marido de la Chicarro? ¿Ves que ninguna persona decente se esté las horas muertas fumando pitillos entre los comparsas?

—Pero, Hermógenes, ¿quieres que me dé tono?

—Lo que quiero es que tengas dignidad y no te rebajes, que al fin eres el esposo de una primera actriz... A ver, échame el alien-



to... Tú has salido á la calle, no me los niegues.

—Yo...

—¡Hueles á vinazo! Estoy segura de que

has ido á la taberna còn alguno de esos perdidos.

Nadie sabe lo que sufre don Balbino con estas cosas, ni los suspiros que le cuesta su buena amistad con la gente del escenario. Algunas veces desahoga su pecho en el del segundo apunte, y éste, que es hombre de experiencia, suele decirle:

—Lo que tú debes hacer es darle dos trompadas, y ser hombre, y no dejar que te domine. ¡Pues qué! Es verdad que ella gana un sueldo decente; pero tú eres el marido, y todos los autores te conocen, y aun ayer mismo estuvo Cano dándote broma, porque se te veían las mangas de la elástica.

—Te diré: yo he dejado que tomara muchas alas, porque cuando me colocaron en Fomento, tuve una pulmonía y quedé muy débil, tanto, que ella era quien me lavaba los pies y quien iba á hablar al Ministro para que me dispensara las faltas de ortografía. De modo que cuando me repuse y quise coger las riendas, ya el mal estaba hecho, y entonces, en cuanto levantaba la voz, quería pegarme, y un día por poco me mata con una palmatoria.

Don Balbino penetra pocas veces en el cuarto de su mujer, adonde acuden los au-

tores y amigos para despellejar á las demás actrices y hablar mał de la Empresa.

—Pase usted, don Balbino - suele decir alguno de los visitantes cuando le ve á la puerta del cuarto.

—Déjese usted estar—contesta la carac-



terística.—Ese no se sienta nunca... Oye, Balbino, busca al avisador y que te dé un poquito de agua fresca.

El pobre hombre baja al escenario en

busca del dependiente de la Empresa, y tiene que ponerse serio para que éste no le mande noramala.

—González, haga usted lo que le digo—grita todo enojado.—Vaya usted por un vaso de agua á la fuente del patio, que es para mi señora.

—¿Por qué no va usted?—contesta el otro.

—Lo que voy á hacer es dar parte á la Empresa, porque me está usted llenando mucho.

Sólo así, con energía, consigue que González le obedezca, no sin refunfuñar durante media hora.

La esposa no sabe nada de estas insurrecciones y estos disgustos; que si no, ya hubiera cogido á su esposo entre dos puertas para decirle:

—¿Ves? ¿Ves lo que consigues con dar manualidades á esa gente? ¿Lo ves, grandísimo papanatas?

¡Pobre don Balbino! Puede decirse que no tiene momento bueno. Aun el otro día quiso tomar una papeleta para la rifa de un reloj que trata de enajenar el encargado del guardarropa; y en cuanto lo supo doña Hermógenes, fué á ver á éste, y le dijo:

—A mi esposo no tiene usted que venderle rifas, ¿ha entendido usted? porque es un

manirroto que, como no sabe ganarlo, cree que yo tengo el dinero para sus vicios; y valiera más que, en vez de andar con esas cosas, cuidara usted de los chismes de la escena, que ayer, en el parlamento del tercer acto, fuí á desmayarme sobre una butaca, y me clavé un muelle en este muslo.

A todo esto, don Balbino anda ocultándose detrás de los trastos para no ser visto por su mujer, porque sabe que si le descubre, va á decirle alguna inconveniencia delante de los comparsas, y no quiere que éstos le llamen calzonazos y cordero pascual.

Bastante disgusto le proporciona su mujer cuando, delante de algún autor ó de un abonado comienza á hacer la historia de su matrimonio, y exclama con acento de profunda amargura:

—¡Ay! Yo estaba tonta cuando me casé con éste. ¿Qué me faltaba en mi casa? Nada absolutamente. Papá era cordonero, mamá zurcidora, y yo vivía como una reina. Éste, que no era nada, comenzó á hacerme guiños, y yo me enamoré, porque tenía una dentadura muy hermosa y tocaba el violín regularmente. Después le emplearon, y al poco tiempo quedó cesante, porque jamás supo hacerse valer, y andaba siempre pre-

guntando cómo se escribían las cosas. Hoy, ya lo ve usted, no tiene representación en el mundo, y, además, padece del hígado; de modo que sólo en agua de Carabaña llevo gastado un dineral.

Todo esto lo soporta don Balbino en silencio, porque no quiere que le suceda lo que á su amigo Ramírez, esposo de una segunda tiple, que fué á Huesca con su consorte, y ella se volvió á Madrid, terminado su compromiso, y él se quedó por allá desamparado y solo, teniendo que dedicarse á tocar la guitarra para conseguir su alimentación.

Doña Hermógenes no quiere que su esposo carezca de lo necesario, y le trae bastante bien vestido, porque á lo mejor tiene que ir á dar los días á un autor dramático en nombre de su esposa, ó se encuentra entre bastidores con algún amigo de ésta, ó le llama el contador para negarle dos butacas que ha pedido, y no es cosa de que se presente hecho un guiñapo; pero en el domicilio conyugal las cosas varían esencialmente, y doña Hermógenes, antes de quitarse la mantilla, de vuelta del ensayo, ya le está diciendo en tono imperativo:

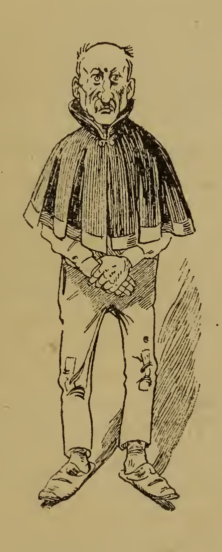
—Balbino, quítate toda esa ropa.

—¡Caramba! ¡Con el frío que hace!

—No me repliques. Mientras no tengas que salir, puedes ponerte esta manteleta mía, que ya no uso.

Y don Balbino anda por casa vestido como San Roque, y diciendo para sí:

—Es verdad que no me falta el sustento; pero ¡qué cosa tan triste es la de estar casado con una característica!





LOS LISTOS

I

A mí? ¿Engañarme á mí? decía Trompeta, asiduo concurrente al café de Levante. Soy madrileño legítimo, nacido en la calle de la Ruda y recriado en la del Bonetillo.

—Hoy se ha adelantado mucho en eso del

timo, replicaba don Doroteo, apreciable cirujano comadrón.

—¡Parece mentira que haya hombres tan ilusos! siguió diciendo Trompeta. Se dejan conducir por los timadores como borregos.

—Es que los timadores son muy listos.

—¡Ya saben ellos con quién dan! Mire usted, conozco á Madrid como conozco á mi esposa, mal comparada. Una vez me paró en la calle un tomador, y quiso hacerme creer que poseía unos polvos para fabricar melocotones de Aragón; y ¿sabe usted lo que hice? Pues le cogí por el cuello, y si no es por una portera que empezó á darme escobazos, lo estrangulo allí mismo.

Don Doroteo sonríe con aire de incredulidad, y Trompeta exclama:

—¡Diga usted que se necesita tener mucho *pésqui* para dármela á mí! ¡A mí!...

Trompeta es uno de esos sujetos que ejercen la profesión de listos.

No hay suceso que él no haya presenciado, ni calle que no conozca, ni garito que no visite, ni joven agraciada que no se vuelva loca por sus pedazos.

Si se trata de beber copas, es una fiera; si de andar á puñaladas, una cuba; si de toros, un Hermman; si de manejar las car-

tas, un *Lagartijo*... Y así sucesivamente.
Ello es que á Trompeta no hay quien se la dé en este mundo, según dice él.

—Porque yo no tendré dinero, añade; pero me han salido los dientes viendo cosas, y á gatera y *perdío* me ganan muy pocos: ¿sabe usted, don Doroteo?

—Puede, contesta el comadrón, que es un tuno muy largo.

II

Trompeta sale del café con dirección á su domicilio.

—¡Hay gente que me da una rabia! va diciendo por el camino. Todo se lo creen. ¡Cualquier día me dejaba yo engañar! ¡Yo! ¡Un madrileño nacido en la calle de la Ruda y recriado en la del Bonetillo!... ¡Vamos, hombre, tendría gracia!

—Caballero, le dice en aquel momento un joven, acercándosele con cautela: ¿quiere usted comprar un reloj de oro?

—¿Eh? dijo Trompeta mirando á su interlocutor.

—Se lo doy á usted muy barato.

Trompeta abrió los ojos hasta lo inverosímil.

—Pero... ¿es de oro? preguntó.

—Oro de ley.

Y el joven condujo á Trompeta á un portal.

—A ver eso...



—Tenga usted cuidado, siguió diciendo el joven. ¡Si me ven los guardias!...

Cuando Trompeta vió el reloj, no pudo menos de lanzar una exclamación de asombro.

—¡Es un *remontoir* de bûten! dijo el comerciante callejero.

—¿Y cuánto?

—Veinte duros.

—Doy quince.

—No puede ser.

—Quince y una peseta.

—Menos de dieciséis...

El trato quedó hecho, y Trompeta puso en manos del joven la cantidad convenida, en buena moneda.

Después, embozándose hasta los ojos, partió calle abajo, diciendo para sí:

—¡Una onza por un reloj de oro magnífico! ¿Seré yo largo? ¡Después dice don Doroteo que no sé distinguir!..

III

Al día siguiente:

—¡Hola, Trompeta!

—¡Adiós, don Doroteo!

—¿De dónde se viene?

—Vengo de una *juerga*. Un poquito de vino; algo de cante; en fin.. ¡la mar!

—¡Usted siempre tan tronera!

—¿Qué va uno á hacerle?

—¡Buen pillo está usted!

—Regular... Nacido en la calle de la Ruda.

—Y recriado en la del Bonetillo.

—Exactamente. ¡Hombre! Va usted á ver si le tiene á uno cuenta haber nacido aquí



y estar en los *timos* y en las granujerías de la vida. Anoche compré un reloj.

—¿Sí?

—¡Cosa magnífica! A otro que no fuese yo, le hubiera costado cien duros.

—¡Caramba!

—Pero como soy tan granuja, ofrecí quince y me lo dejaron en dieciséis.

—¡Ah, sátrapa!

—Mire usted.

Trompeta saca el reloj. Don Doroteo lo examina, y prorrumpe en una carcajada.

Trompeta.—¿De qué se ríe usted?

Don Doroteo—Del reloj.

—¿Cómo?

—Mire usted, mire usted qué pálido se va quedando...

—Pero...

—¿No decía usted que era de oro?

—¡Claro!

—Pues... mírelo usted bien. ¡Es de hojalata con un baño de azafrán!





NO ES CASA DE HUÉSPEDES

Tilín... Tilín...

—¿Quién es?

—¿Está la señora?

—¿Para qué la quiere usted?

—¿Yo? Para nada. ¿No es aquí donde se alquila un gabinete á un caballero solo?

—Sí, señor; pero la señorita no interviene en esas cosas.

—Pues he leído en *La Correspondencia..*

—Pase usted.

—Gracias.

—Esta es una casa muy decente.

—Me alegro. Conque á ver si nos arreglamos.

—¿Qué dice usted?

—A ver si me conviene el gabinete.

—¡Ah! Creí que se había usted figurado otra cosa. No vaya usted á creer que esta es una casa de poco más ó menos.

—¡Líbreme Dios de creer nada de eso!

—Es que ustedes los hombres piensan muchas veces lo que no es. ¿Conque usted viene á ver la habitación, no es eso? Pues aquí tiene usted el gabinete; por supuesto, debo advertirle que sólo se alquila á una persona estable... ¿Es usted estable?

—Por tal me tengo.

—¿Fuma usted?

—Según y cómo: si me ofrecen un cigarro ¡ya ve usted! no voy á dar un desaire...

—Pero ¿no escupirá usted mucho?

—¿Adónde va usted á parar?

—Es necesario. La señorita me ha dado sus instrucciones, y yo las cumplo al pie de la letra. Ella, ¡ya se ve! no está bien que se ocupe en estas cosas. ¡La viuda de un juez de primera instancia!... Porque su marido

era juez. Pues, como decía á usted, sucede que una amiga suya fué y puso un anuncio en *La Correspondencia* y le salió un huésped, que no es huésped, porque la trata como si fuera de la familia y le da veinticuatro reales diarios por el gabinete y come con ella á la mesa. Como mi señorita tiene también habitaciones sobrantes, vamos al decir, no ha querido desperdiciar la ocasión... En fin, ya ve usted qué gabinete tan mono, con su buena sillería y su estera de cordelillo.

—No me parece mal.

—Como la señorita es tan decente, que puede que la haya usted oído nombrar, no se decide á abrir su casa á un cualquiera; y como hay tanto pillo por ahí... Estoy segura de que usted conoce á la señorita. ¡Vaya si la conocerá usted! La de Lucientes.

—No recuerdo...

—¡Pues si anda mucho por los periódicos! Aún no hace dos días salieron unos versos suyos en *El Sabañón literario*... ¡Y si viera usted qué pronto los ha hecho! Estaba yo guisando unas judías, porque se muere por las legumbres, cuando entró ella en la cocina á decirme que le fuera á comprar un cuadernillo de papel de barbas; y antes de que volviese yo con el papel, ya tenía ella

escritos los versos sobre la tapa del fregadero. Dice que le entra la inspiración de pronto; y para que no se le vaya, escribe en lo primero que encuentra á mano. El otro día, que tampoco tenía papel, me puso á mí



un soneto en una enagua que acababa de traer la lavandera.

—¡Qué fecundidad!

—¡Es atroz! Ahora, entre ella y el hijo de uno que está empleado en el Ayuntamiento, andan componiendo una comedia. Y lo hacen para vengarse de las del cuarto principal, que son unas malas lenguas. A la madre la ponen en la comedia de chismosa y calumniadora que no hay por donde recogerla.

—Me alegro tanto.

—¿Las conoce usted?

—No, pero como si las conociera. Con que vamos á ver si me convienen las condiciones del alquiler.

—¡Ah! Es cierto. ¿Se retira usted muy tarde?

—No tengo hora fija.

—¿Canta usted? ¿Toca algún instrumento?

—No; pero aprenderé, si es necesario.

—Al revés; la señorita no quiere músicas en su casa. ¿Es usted soltero?

—Completamente.

—Bueno; aunque tenga usted relaciones amorosas, es lo mismo; fuera de casa puede hacer todo lo que se le antoje.

—Muchísimas gracias.

—Las condiciones son las siguientes: El gabinete es para usted solo, pero puede usted entrar en la sala cuando no esté en ella la señorita; también puede usted utilizar el

comedor á las horas del almuerzo y la comida. Para comer se le darán á usted...

—Pasemos por alto lo de la comida, porque supongo que será como en todas partes.

—Nada de eso. En primer lugar, ya ha visto usted el anuncio de *La Correspondencia* que dice: "Una señora sola admite un caballero: *No es casa de huéspedes*." ¡No es casa de huéspedes! Fíjese usted bien en esas palabras, no vaya usted á creer que aquí se admiten huéspedes; aquí se alquila un gabinete á un caballero, con asistencia ó sin ella, y nada más.

—¿Cree usted acaso que los huéspedes no son caballeros?

—Yo no entiendo de eso; la señorita lo ha determinado así, y como es de muy buena familia, no quiere sonar para nada.

—Pues que no suene.

—Este es el trato: chocolate por la mañana; huevos y un plato fuerte para almorzar; sopa, cocido, principio, pan y postres para comer. El vino es aparte.

—Corriente.

—Y por todo esto pagará usted veinticuatro reales, en mensualidades adelantadas.

—Bueno.

—¿Ronca usted?

—¿Vuelven las preguntas?

—No lo extrañe usted; todo el mundo desea saber qué clase de gente mete en su casa. En fin, aunque ronque usted, no importa.

—Es usted muy generosa.

—¿Y usted qué es?

—¿Yo? Riojano.



—No pregunto eso.

—¡Ah! Católico.

– Tampoco. Pregunto de qué vive usted.

—De lo que se puede, hija mía, de lo que se puede. Hoy por hoy soy empleado.

—¿Empleado? ¿Y no tiene usted nada por su casa?

—¿Pero es usted mi confesor?

—Ya le he dicho que cumplo el encargo de mi señorita... Un empleado está expuesto á que le dejen cesante.

—Sí, y á morirse de repente, y á que le coja un toro, y á que se le incendien los fósforos en el bolsillo... ¡Es usted la mujer más preguntona del mundo!

—Vaya, no se incomode usted. ¿Se queda usted, ó no, con el gabinete?

—Me conviene. Estoy cansado de rodar por las casas de huéspedes, y como aquí, por lo visto, la dueña es una señora...

—Lo que es eso, puede usted decirlo en todas partes. Aquí hay una paz que da gusto. ¡Y una limpieza!... En cuanto le coja á usted cariño la señorita, va á tratarle á usted como si fuera su madre. ¡Es más buena! No sabe usted cómo se puso cuando se murió *Chilín*.

—¿Chilín? ¿Su esposo?

—No, señor; un gatito que le había regalado el director de un periódico donde ella escribía los versos. A poco más se envenena con el cardenillo de una palmatoria.

—¿Quién?

—La señorita. Le entró tal tristeza con la

muerte del gato, que quería suicidarse y todo.

—Vaya, ahí tiene usted el importe de un mes adelantado. Dentro de una hora vendrán á traer mi equipaje. Abur.

—¡Eh, eh!... ¡Oiga usted! ¿Come usted todos los días? ¿Tiene usted perro? ¿Tose usted por las noches?... ¡Caramba! Se fué, y no he podido hacerle todas las preguntas que me había encargado la señorita...

—

—¡Juana! ¡Juana! ¡Doña Teresa, doña Teresaaa!...

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¡Pero, señora, esta casa es un campo de Agramante! ..

—¿Eh?

—Hace dos horas que estoy esperando el desayuno

—¿Y qué?

—¡Me gusta!... ¡Que no me lo han traído!

—¡Oiga usted! Yo soy una señora...

—No lo dudo; pero á mí se me trata peor que á un trasto viejo.

—No me falte usted, Rodriguez, que no estoy acostumbrada á oir insolencias.

—Ni yo á vivir en una pocilga.

—¡Pocilga!...

—Sí, señora; esta no es casa; aquí no se puede dormir ni descansar; las chinches me devoran; ayer no pude tragar la sopa; anteayer me encontré un mechón de pelos en el guisado; aquí entra todo el mundo y se me revuelven los papeles, se me fuman los cigarros y se me registran los bolsillos. Este gabinete no se ha barrido desde la semana pasada. En vez de vino, me da usted cocimiento de campeche. ¡Ya no puedo más!

—¡Señor de Rodríguez! ¡Esta no es casa de huéspedes de las que está usted acostumbrado á frecuentar!

—No; pero es una perrera.

—¡Yo soy una señora! ¡Mi marido era juez de paz y ha actuado muchas veces como de primera instancia!

—¡Pues dele usted expresiones!

—¡Insolente!

—¡Bruja!

—¡Desvergonzado!

—¡Poetisa!

—¡A mucha honra! ¡Salga usted de mi casa!

—Devuélvame usted el importe del mes adelantado.

—Yo no tengo nada que devolver á usted

¡El hombre que me insulta no merece el menor sacrificio pecuniario! ¿Cree usted que soy alguna *patrona* vulgar que lleva las cuentas?

—No es usted patrona; es usted una hiena, una serpiente, un demonio...

—Voy á llamar á la pareja, porque se me está injuriando.

—¡Vaya usted al infierno!...

***

Moraleja:

Lector: no te fíes de las señoras que admiten un caballero y *no es casa de huéspedes*.





LOS ESTRENOS

Es cosa ya averiguada por todos los revisteros cursis de nuestros días, que el público de los estrenos lo forman las tres aristocracias que ahora se estilan: la aristocra-

cia del linaje, la de la fortuna y la del talento.

No hay un solo crítico de menor cuantía, de esos que se pasan la semana escribiendo en los periódicos la sección de *Noticias generales*, ó la de *Crímenes y accidentes*—porque ahora en la mayor parte de los periódicos á cualquiera le echan á crítico;—no hay, repito, uno solo de esos escritores apreciable á quien no hayamos oído decir, poco más ó menos: "La sala estaba espléndida; *el público de los estrenos* se había dado cita,„ etc.

En efecto; hay un público especial para estrenos, del mismo modo que hay artículos de fantasía, especiales para regalos, y bollos de manteca de vacas, especiales para el chocolate, como rezan ciertos anuncios; y aunque existe la opinión, muy admitida, de que el público de los estrenos es siempre distinguido, yo declaro, salvando la personalidad de ciertas entidades ilustres, que la mayor parte de los caballeros que asisten á las primeras representaciones no pertenecen á ninguna de las tres aristocracias susodichas.

Excepción hecha de uno que otro título de Castilla, que va al teatro "porque le toca,„ como dice él; de este ó el otro ban-

quero, que desea aparecer como amante de las letras patrias; y de tal ó cual autor dramático ó escritor distinguido que acuden á enterarse de la cosa personalmente, el resto del público lo forman en primer término los amigos del autor, esforzados campeones del éxito y fabricantes de entusiasmo íntimo; después los espectadores á la buena de Dios, cabezas de familia sensibles, que compran en el despacho la obligación de conmoverse, y la dicha de referir después en el hogar doméstico las situaciones más culminantes de la obra; y, por último, los *seres superiores*, por mal nombre, que están sobre el vulgo, según ellos dicen, y hacen su aparición en la sala mirando con desdén al público, como quien pisa en terreno propio; y discuten en los pasillos con estrépito para exhibir sus varias y relevantes aptitudes.

No está de más consignar que éstos tienen también su drama correspondiente, guardado en el cajón de la mesa, porque es cosa sabida que, en los tiempos que alcanzamos, no hay hombre sin drama, como no hay duro sin dueño: y algunos conozco que, sin tener duro, ni gabán, ni sentido común, ni nada, tienen en casa una obra en tres actos y un prólogo, empedrada toda ella de

endecasílabos fúnebres que parten los corazones.

¿Cómo iban ellos á perder un estreno? ¡Antes la muerte!

Lo primero que hacen es pasear su altiva y penetrante mirada por los palcos, como si quisieran decir á todas las mujeres guapas:

—Aquí estoy yo, en clase de *genio*, metido en este gabán largo. Vengo á cumplir una sagrada misión y á dar patentes de talento, ó á quitarlas, según caigan las pesas. ¡Contempladme, seres inferiores!

Después recorren los pasillos para excitar la admiración de los espectadores de buena voluntad que los miran con profundo respeto, y van, por último, á preguntar en voz alta á un conocido cualquiera:

—¿Se sabe, por fin, de quién es esto?

—De Rodríguez.

—¡Hombre! ¿De Rodríguez? ¡Qué atrocidad!

—Dicen que es bueno.

—¡Bah! Yo conozco mucho á Rodríguez, y sé los puntos que calza.

—¡Ah! ¿Le conoce usted?

—Muchísimo. Como que hemos vivido juntos en la calle del Sombrerete, y está casado con una de mi pueblo, bastante feúcha.

—Pero eso ¿qué tiene que ver?...
—Además, él ha sido de carabineros.



—¡Entonces!...

Y el interlocutor se persuade al punto de que no puede hacer cosa buena un hombre que se llama Rodríguez, sin otro atenuante, y tiene mujer fea, y además ha sido del resguardo. Algún espectador de buenos sentimientos, á quien molesta la conversación de aquellos inteligentes empedernidos, se revuelve airado en su butaca murmurando:

—Al que no le guste, que se vaya... ¡Pues hombre!

Entonces los inteligentes se miran, sonríen y se encogen de hombros, dando á entender que no es prudente luchar con la ignorancia.

Termina el acto: parte del público aplaude conmovido; ellos lanzan una mirada desdeñosa á aquella colección de infelices y salen á los pasillos para inaugurar la serie de discusiones, comentarios y *despellejaduras* líricas.

—¡Hombre! Pepe, usted que es crítico, dice uno, á ver qué opina usted de esto.

—¿Qué quiere usted que opine?

—La obra es mala, ¿verdad?

—Rematada. ¡Una mujer viuda, con hijos, y no sabe que va á haber feria en Castellón de la Plana! Vamos: es el absurdo mayor que registra la historia.

—Sí; hay muchas cosas inverosímiles.

—¿Pues no ha de haber?

—Corriente—añade un espectador benévolo;—pero convengan ustedes en que si ella supiera todo eso, no podría haber drama, ni la hija se casaría con el galán joven, ni existiría el conflicto dramático.

—Pues que no se case, ni haya drama, ni conflicto y que nos dejen en paz á todos, porque ni usted, ni yo, ni el señor, tenemos obligación de soportar las insulseces de Rodríguez; y que dé gracias á Dios, pues si no llega á ser amigo mío, mañana le hubiese dicho yo cuatro verdades en *La Salchicha*.

(*La Salchicha* es un periódico semanal con viñetas, órgano de las casas de huéspedes baratas.)

Un nuevo crítico toma parte en la discusión.

—Sepa usted—dice con acento solemne,—que el asunto de este drama es de un novelista portugués, no sé si Vasco de Gama, ó *Vasco* de Garay; en fin, un novelista del siglo XVIII.

—Del siglo XIV, querrá usted decir—añade Pepe;—porque ambos Vascos florecieron en tiempo de Isabel de Valois.

—Efectivamente; siglo XIV; á éste no se le escapa nada.

—Rodríguez no se quiere convencer... A mí me leyó el primer acto en el café de las Columnas; y yo, que en medio de todo le quiero bien, estuve aconsejándole que variase todo el plan, porque no me parece decente que el galán joven se enamore de su propia tía y después quiera ahogarla. Hay que conservar en el teatro la pureza de las instituciones domésticas y el respeto á nuestros superiores.

—¡Y qué ripios!

—Muchos.

—Además, no encuentra usted un solo carácter en toda la obra.

—¡Hombre! Tanto como eso...– se atreve á decir un espectador de buena índole.—¿Le parece á usted que no tiene carácter el barba? ¡Un hombre que al ver á su esposa tomándole la cuenta á la criada, cree que está labrando su deshonra, y ahoga á ambas con sus propios cabellos!... Me parece que es tener carácter.

Si la obra se aplaude, los críticos preinsertos entran en el escenario con la faz sonriente y el corazón oprimido.

Porque "el éxito es el pisapapeles de los corazones chicos."

Hacemos esta frase en competencia con un joven revistero de salones recién llega-

do de su país, que viene á retorcer el idioma y á causar la admiración de las señoritas cursis.

El autor recibe las felicitaciones de los amigos leales; un pariente cercano, que casi le llevó en su seno, viene corriendo y le da dos ó tres ósculos; los actores le saludan agradecidos, al parecer, y en aquel momento llegan los críticos y se arrojan en brazos del poeta exclamando:



—¡Señor de Rodríguez! Es usted el primer autor dramático de estos tiempos y de los otros, y usted vale más que todos juntos...

Y patatín, patatán...

Al día siguiente, los periódicos publican la crítica, ó lo que sea, escrita por estos distinguidos literatos, y algún papá, rebosando orgullo, dice cuando le preguntan por el chico:

—¿El chico? ¿Pues no sabe usted que es escritor? Sí, hombre, sí; le ha colocado de crítico, con cuatro pesetas, un paisano mío que tiene un periódico para defender los intereses de la clase de pupileras pobres, pero honradas.



EL AMOR

(EPISODIO DE LA VIDA DE UN JOVEN SOLTERO)

I

LAURA y yo nos amábamos, con permiso de la mamá, que parecía un guardia civil.

—Canseco—me había dicho ésta.—Mi niña es un ángel. Usted parece una persona de buenos sentimientos, aunque flaca; procure

usted reponerse, y á ver si se casan ustedes pronto, porque á las chicas solteras no les convienen las relaciones largas.

—Señora—contesté yo:—esto de la delgadez es cosa de familia. Mi papá, que en paz descanse, parecía una bayoneta; pero estaba muy sano por dentro.

—De todos modos, á mi niña lo que le conviene es casarse.

Era Laura un ser excepcional, todo delicadeza, todo amor y ternura. Detestaba el bacalao; aborrecía las carnes y execraba las féculas. Su único alimento lo constituían las legumbres y una que otra yema de coco.

—¿Me amas mucho?—me preguntaba frecuentemente.

—Más que el cefirillo á la flor; más que la brisa á la fronda; más que el pájaro parlero á la rama en que ha nacido,—contestaba yo poseído de la mayor ternura.

Porque Laura era una joven poética, aunque tenía picado uno de los dientes de abajo.

¡Qué delicadeza de sentimientos! ¡Qué imaginación la suya! Amaba lo bello, donde quiera que existiese, y yo, que la obedecía en todo, había llegado hasta afeitarme el cogote, porque la enojaba la presencia de aquellos pelillos hoscos.

Algunas veces la encontraba triste, con los ojos preñados de lágrimas y los brazos tendidos á lo largo del cuerpo.

—¿Qué tienes, bien mío?—la decía.

—¡Ay!—contestaba ella lanzando un suspiro hondo y prolongado.

Entonces, doña Eduvigis, la mamá de mi dulce dueño, me llamaba aparte para decirme:

—Laura ha pasado una noche horrible.

—¿Por qué?

—Porque ha sabido que duerme usted con calcetines de lana.

—No lo puedo remediar, señora.

—Pues bien, mi hija no podrá dar su mano á un hombre que se entrega á esos procedimientos prosaicos.

—No es prosa, es abrigo.

—Basta, Canseco; ó prescinde usted de esas prácticas groseras, ó renuncia á la mano de Laurita.

¡Bien sabe Dios cuántos fueron los sacrificios que he tenido que hacer para conservar el amor de aquella joven, á quien amaba como un loco!

—Leoncio, no fumes, me decía.

—Leoncio, no tengas destilación nasal.

—Leoncio, evita el sudor, ó todo ha concluido entre nosotros.

Quería que mi cuerpo fuese un ramo de perfumadas flores; y más de una vez, cogiéndome por la muñeca, exclamaba con la voz trémula y el semblante enrojecido por la indignación:

—Si supiese que usabas elástica de fra-



nela, sería capaz de todo: ¡hasta del crimen!

Una vez supo que me había untado con

sebo la nariz para curar un resfriado, y al día siguiente quiso romper nuestras relaciones y darme con una palmatoria en la cabeza.

—Eres un monstruo de grosería—gritaba.

—Sí, Canseco, es usted un *mostruo*—añadía la madre.—Y todas estas cosas van á acabar con la salud de la niña...

Aquella existencia, llena de azares, no podía durar.

Por otra parte, á casa de doña Eduvigis iba de visita un sujeto simpático y soez que había estado en Cuba veinte años al frente de un almacén de tasajo, y no se le había quitado el olor á carne salada.

El tal sujeto quería meterse en todo, y siempre me estaba preguntando de qué comía y por qué no trabajaba..

—¿Quiere usted dejarme en paz?—decía yo.

—Aquí en la Península son ustedes unos holgazanes—replicaba él.—Yo, en Cuba, he hecho mi dinero á fuerza de puños y de sudor. Aquí no hay más que pillos.

—¿Se quiere usted callar?

—Lo único que saben ustedes es hacer cucamonas á las muchachas y hablarles de poesía y de necedades que no sirven para echar al puchero.

—¡Calle usted, por Dios, don Cipriano!—decía Laura.—Usted no es capaz de comprender lo que encierra un corazón cuando ama.

—Yo lo que sé, es que sin dinero no hay más que miserias.

Aquel hombre se me había sentado en la boca del estómago, pero doña Eduvigis le agasajaba y no permitía que le ofendiéramos en lo más mínimo.

—Es un poco ordinario, pero tiene mucho despejo natural—decía.—Ahora va á abrir una casa de préstamos sobre ropas y alhajas. Si no tuviera despejo, ¿cree usted que se hubiese decidido á semejante cosa?

Laura seguía atormentándome con su conducta poética.

—Leoncio, ¿sudas?

—¡Jamás!

—Leoncio, ¿tienes sabañones?

—¡Antes la muerte!

—Leoncio, ¿es verdad que usas tirantes?

—Se me calumnia, Laura mía.

Una noche fuí á ver á mi amada, y, según costumbre, doña Eduvigis me recibió en el pasillo de mal talante.

—¿Adónde va usted?—me preguntó.

—Al gabinete—contesté con la mayor naturalidad.

—¡Nunca! - dijo ella.

—¿Por qué?

—Laura está siendo víctima de un ataque de nervios. Usted la mata, Canseco.

—¿Yo?

—Ha sabido que es usted aficionado á las sopas de ajo.

—¿Y qué?

—Que mi hija no puede soportar tanta prosa, y quiere que las relaciones de ustedes concluyan para siempre.

—¡Cielos!

—Aquí tiene usted sus cartas.

Yo me apoyé en los muebles para no desplomarme sobre doña Eduvigis.

Y salí de aquella casa con el corazón destrozado.

II

Un año después, caminaba á la ventura por las calles de la villa en busca de un amigo que me proporcionase los recursos necesarios para comprar un revólver.

Quería acabar con mi existencia. Desde que Laura había puesto mi corazón de patitas en la calle, la felicidad me negaba sus dones.

—¿Qué habrá sido de ella?—iba diciendo

entre mí.—Tal vez á estas horas, comprendiendo que el mundo es todo prosa vil, haya buscado en las soledades del claustro la dulce poesía que ambicionaba su mente soñadora O quizás viva en un bosque, arrullada por el gorjeo de las avecillas... No; no puedo vivir bajo la presión de su recuerdo... ¿Por qué no he nacido espiritual como una sílfide? ¿Por qué me habrán gustado á mí las sopas de ajo?

Ningún amigo me facilitó el dinero necesario para adquirir el arma suicida.

—Acabemos de una vez—me dije con resolución.—Empeñaré la capa, puesto que para nada la necesito, y, con su producto, adquiriré el revólver que ha de poner fin á tanto sufrimiento.

Y entré resueltamente en una casa de préstamos.

—¿Quién despacha aquí?—dije, golpeando el mostrador con los nudillos.

Un hombre se presentó á mi vista. Más que hombre, parecía un oso; tal era su fealdad y la abundancia de pelos que cubrían su rostro.

Di un grito de sorpresa, porque acababa de reconocer en aquel sujeto horrible á don Cipriano, el amigo de doña Eduvigis.

—¡Laura!—gritó el muy salvaje, sin fijar

en mí la atención.—Deja la escoba y ven á despachar.

Una mujer desgreñada y sucia apareció detrás del mostrador. Venía envuelta en



una especie de bata desteñida; al andar dejaba ver unas zapatillas deterioradas, den-

tro de las cuales ocultaba á intervalos los pies, mal cubiertos por unas medias azules llenas de puntos.

—¡Leoncio!—exclamó al verme.

—¡Laura!—dije yo, creyéndome víctima de una pesadilla horrorosa...

Y embozándome hasta los ojos, salí de la casa de préstamos, convencido de que el hombre que se suicida por amor es un solemne majadero.



CONSPIRADORES «POUR RIRE»

Nos referimos á los conspiradores de pandereta que andan por ahí dirigiendo miradas torvas á los transeuntes, levantando el embozo de la capa á la altura de las cejas y diciendo con voz cavernosa al oído de los cándidos que les escuchan:

—El día 11, á eso de las cinco, ya verá

usted la que se arma... ¡Chist! ¡Sea usted reservado!

Hay quien hace de la conspiración un entretenimiento agradable, y cifra toda su ventura en que los vecinos le tengan por trastornador de naciones y digan, refiriéndose á él:

—¿Quién? ¿González? González es temible; á mí me ha dicho que el 22 de Junio estuvo haciendo fuego más de seis horas detrás de un barreño, y que no mató á O'Donnell por una casualidad.

Parece mentira; pero hay algunos que darían cualquier cosa porque la autoridad fuese á prenderles al café, mientras peroran en presencia de sus admiradores, y muchos sienten no haber estado en Cartagena para poder decir ahora con cierto aire de reserva:

—*Nosotros* entramos en el fuerte, teniendo que pasar por encima del cadáver del centinela, que por cierto era de Betanzos.

No faltaría entonces algún inocente que preguntase:

—¿Le mató usted con sus propias manos?

—No, señor; lo mató un amigo, porque yo estaba ocupado degollando á dos niños de pecho que me parecieron sospechosos.

—¡Parece mentira!

—Ahora estoy perseguido. Se ha pregonado mi cabeza. El Gobierno ha ofrecido por ella hasta veinticinco duros.

—¿Y está usted tranquilo?

—El hombre que no tiene corazón, no debe meterse en estos asuntos. El año 60, en Málaga, estuve ya de rodillas, y faltó tanto así para que me fusilaran; pero tenía un cuñado que era teniente, hombre además de muy buenos sentimientos, y me dejó escapar disfrazado de aldeana.

Los periódicos refieren que uno de los detenidos recientemente ha declarado que estaba dispuesto á cortar el puente de Vilches como quien corta un queso.

Yo no conozco á ese hombre terrible; pero nada tendría de particular que resultase ser un excelente padre de familia, incapaz de pisar á nadie en un callo ni de dar el menor disgusto á su casero. Un ciudadano, en fin, como los que he tenido ocasión de ver por ahí, dotados de un alma excelente, ajenos á toda idea peligrosa, y dispuestos, sin embargo, á pasar por traganiños, sin pizca de corazón ni de nada.

He conocido un terrible conspirador que refería sus hazañas en el café, excitando la admiración de los circunstantes. Uno de éstos se desmayó al oirle decir que lo mis-

mo comía él la carne humana que si fuera una chuleta de cerdo.

—¡Qué horror!—exclamaban los oyentes.

—¡Oh! Pues si me hubieran visto ustedes á mí, con un balazo en el vientre que me desangraba todo como si fuera un ternero, teniendo que ponerme á hacer chocolate para el jefe de la partida, que estaba extenuado por el hambre, ¿qué dirían ustedes?

—¿Y no se le salían á usted las tripas?

—Al principio sí; pero me puse un corsé de la cantinera, y se contuvieron hasta el día siguiente, que pude llegar á Castellón de la Plana.

Aquel héroe, que había excitado el espanto de toda una colectividad de hombres serios, aquel segador de cabezas humanas, que se lavaba las manos con sangre y bebía el petróleo por vasos de medio cuartillo, lanzaba agudas quejas algunos días después desde el balcón de su casa, y pedía socorro á grito pelado, porque al cortarse un padrastro se había hecho sangre con las tijeras.

El afán de aparecer hombre terrible conduce á los mayores extravíos. Hay personas tratables, que tienen cabal idea de sus deberes, que discurren con claridad, y con esto y todo se pasan la vida en ridículo.

—¿De dónde viene usted? — se les pregunta.

El interpelado sonríe maliciosamente; después mira á todos lados; coge al interpelado por la muñeca, y le dice:

—Vengo de una junta.

—¿De una junta?

—¡Chits!... Usted es persona de confianza.

—Bueno; pero...



—Baje usted la voz... Zorrilla está aquí.

—¿Aquí? ¿Le ha visto usted?

—Yo no; pero ha venido dentro de un saco de carbón... Esto no dura ocho días... ¡Chits! Usted es persona de confianza... Hemos estado celebrando una conferencia que ha durado desde las cuatro de la tarde hasta ahora mismo... ¡Ocho horas!

—¿Y qué?

—Nada; que damos el golpe.

—No sea usted loco.

—¡Chits!... Hay muchísima gente comprometida. A usted se le puede decir todo, porque es usted persona de confianza.

Y poco á poco, y con la eterna muletilla de la confianza, el conspirador va contándole la cosa á todo el mundo, incluso á la portera, que no puede menos de comunicárselo á los vecinos, para que compren provisiones de boca.

—Pero usted, ¿por quién lo sabe, señá Isidra?—le preguntan los alarmados inquilinos.

—Pues por el del segundo, que ha estado hablando con el propio Zorrilla en una salchichería de la calle del Gato.

—¿Y cuándo es la revolución?

—Debía ser esta tarde; pero puede que la *haigan* suspendido por el mal tiempo.

Estos conspiradores dan lugar á que cunda la alarma y el Gobierno se escame, hasta

que una noche llega la policía y los mete en la cárcel.

—Pero ¡Dios mío! — grita la esposa del hombre terrible.—¿Qué has hecho tú para que te lleven preso?

El conspirador sella los labios de la atribulada consorte con estas supremas palabras:

—Juana; el hombre político se debe á la patria. No te digo más... A las once dale la cucharada á Manolito. Las llaves de la cómoda quedan encima de la mesa de noche. Adiós.

Y sale con paso firme, seguido de los agentes de la autoridad, que van diciendo entre sí:

—Este sí que es un conspirador como una casa. No hay más que verle las barbas.

Ya en presencia del juez, el detenido declara que es un infame; que ha tratado de hacer la revolución con dieciocho reales, en compañía de un alférez retirado y de un colchonero de la calle del Tribulete; pero como la autoridad no encuentra, por más que busca, fundamentos bastantes, sobresee la causa y pone al temible conspirador en mitad del arroyo.

—Felizmente—dice él al día siguiente— no han podido apoderarse de los papeles.

—¿Los había ocultado usted?

—Sí; los tengo escondidos debajo de un ladrillo de la cocina.

– ¿Cartas tal vez?

—Sí; cartas de un primo que tengo en Navalmoral de la Mata, donde debía darse el golpe el día 6; pero ha habido que suspenderlo porque á él le salió un flemón.

El número de conspiradores de pandereta es considerable. Para uno que exista dotado de las condiciones que su interesante argumento requiere, hay cincuenta que se pasan la vida cometiendo todo género de insensateces y poniendo en ridículo la obra de la revolución.

El Gobierno debería perseguirles sin descanso, no por lo temibles, sino por lo majaderos.





BIOGRAFÍAS

En esto hemos adelantado mucho.

El ramo de biografías ha adquirido grandísimo desarrollo de poco tiempo á esta parte, y la cosa consiste en el espíritu de investigación que nos domina y en el afán de bullir que se ha apoderado de nuestros coetáneos, más ó menos ilustres y mejor ó

peor iniciados en los secretos de la ortografía.

Hoy, con cualquier motivo salen á luz apuntes biográficos de éste ó del otro señor, ya sea en clase de diputado simple ó veterinario distinguido, y los periódicos se llenan de noticias interesantes acerca de la vida y milagros de don Mamerto Rodríguez, buen padre, buen esposo é inspirado procurador de los tribunales del reino.

La política, las ciencias y las artes dan á la prensa española un gran contingente de biografiados, y raro es el día en que no leemos algo relativo á la existencia de uno á quien han hecho senador, de otro que ha resultado poeta, ó de alguno que ha tenido la precaución de hacerse cirujano dentista.

Hay que convenir en que el autor de biografías merece bien de la patria por los esfuerzos de imaginación que ha de realizar á fin de que su tarea resulte interesante. La mayor parte de los humanos no tienen biografía; pero el escritor aguza el ingenio, reune antecedentes, extrema argumentos y acaba por declarar que don Fulano de Tal, primer trombón y consecuente riojano, es uno de nuestros primeros artistas en metal y el más simpático de los padres de familia del reino.

Llega á tal punto el afán de salir biografiado, que el que no ha conseguido aún esta suprema dicha, se cree pospuesto á todos los demás seres de la tierra, y las esposas, que son por lo general implacables, echan en cara á sus esposos la oscuridad en que viven sumidos.

—Tú nunca serás nada—dice una de éstas á su cónyuge.—Tú no sabes hacerte valer. Llevas veinte años extirpando callos, ojos de gallo y uñas gordas, y aún no ha salido tu biografía en ninguna parte.

—Pero, Ramona, ¿quieres que me la escriba yo mismo?

—Lo que quiero es que sepa el público lo que vales. ¿No ha salido el retrato de don Agapito, el sangrador, en *La Lira Emoliente?* Pues tú no eres menos que él.

En cuanto hacen diputado á un señorito cualquiera que acaba de tomar el grado de bachiller ó ha resultado pariente de un personaje, ya está el aludido buscando el medio de salir en los papeles; y como quien no quiere la cosa, busca á un periodista de confianza y le dice:

—No es por nada, ¿sabe usted? pero me convendría que publicara usted algunos apuntes biográficos de mi persona, aunque no sea más que para hacer sufrir á mi con-

trincante. Además, yo tengo una tía en Calahorra que me quiere como á un hijo, y la gustaría verme en letras de molde.

El pobre escritor se ve y se desea para poder decir algo referente á aquella criatura vulgar, de cabeza roma, y al fin escribe dos docenas de cuartillas, manifestando que



el nuevo padre de la patria nació en Jadraque, y es hijo de legítimo matrimonio; que desde chiquitín revelaba grandes disposiciones para la medición de tierras, y que, siendo ya mayorcito, se cayó por las escaleras, á consecuencia de lo cual le salió un

bulto y escribió una Memoria sobre el arbolado.

La cuestión es llenar un par de columnas con datos y noticias referentes al sujeto, aunque sólo se pueda decir de él, *verbi gratia,* que viste bien, que tiene muy buenas ocurrencias, que está en relaciones con una chica de su pueblo y que usa zapatillas de tafilete para andar por casa.

Los periódicos llamados científicos, industriales, agrícolas, etc., son los que más abusan de este género literario. Todos los días sale á luz algún genio nuevo del ramo de contratistas, de escribanos de actuaciones ó de peritos agrónomos; y en la mayor parte de los casos á la biografía acompaña el retrato de un sujeto con cara de perro pachón y bigote en forma de serrucho.

"Don Nemesio Caldereta—dice el autor de la biografía,—cuyo retrato publicamos en la primera página, vino á la vida pública de la fabricación de alpargatas en Julio de 1874, y hoy figura entre los industriales más eminentes de la calle del Salitre.

„No hay más que ver su fisonomía dulce, aunque turbada por las huellas de una afección variolosa que padeció cuando niño, para convencerse de que no es un fabricante vulgar. Padre de nueve hijos, uno de los

cuales posee un magnífico establecimiento de ropas hechas en Castellón de la Plana, hace una vida modesta.

„Su mayor ventura la cifra en el bien de sus semejantes y en el lomo frito. Los domingos por la tarde, rodeado de su esposa é hijos, acude al puente de Vallecas, como podría hacerlo el más humilde de los mortales,„ etc., etc.

Muchos otros sujetos que han dado á la estampa producciones de la mente en forma de poesías, ó novelas, ó dramas, ó simples Memorias sobre la manera de conservar la merluza, obtienen biografías encomiásticas y salen retratados por ahí en clase de seres superiores.

Cunde de tal modo la afición, y llega á ser tan general la manía, que dentro de poco veremos en los periódicos ilustrados la *vera efigie* del mozo que nos sirve el café, acompañada de apuntes biográficos escritos por uno que le debe cuatro pesetas, ó nos sorprenderá alguna revista literaria dominguera con el retrato de una señora metida en carnes, con gabán de cuadros y moño de picaporte, y esta leyenda al pie:

DOÑA BONIFACIA PEPITORIA

patrona de huéspedes.

Mientras esto sucede en España, donde, por lo visto, abundan que es una bendición las personas notables, la generación presente no ha podido saber á punto fijo dónde reposan las cenizas del ilustre Miguel de Cervantes, y cuál es el pueblo de su naturaleza.

¡Y adelante con las biografías!





EL PRIMO DE AMÉRICA

ANDA, Pura - decía don Silvestre á su esposa, mientras sacudía el gabán con unos zorros.—¡Despáchate!

—¡Ay! Eres el ahogavidas más grande que conozco. Me estás viendo echar los bofes, y todavía quieres que vaya más de prisa.

—El tren llega á las siete... ¿Y Purita? ¿Se ha vestido ya? ¡Purita! ¡Purita!

Purita (dentro). Me estoy poniendo rubia.

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Mira tú si no podía salir hoy á la calle con su pelo natural!

—¡Pero, hombre! ¿Tiene algo de particular que quiera parecerle bien á tu primo?

—A saber si vendrá casado, y entonces maldito lo que han de importarle todos los pelos del mundo.

Don Silvestre, que acababa de ponerse el gabán, fué á sentarse encima de la cama de matrimonio. Después sacó del bolsillo un papel azul, y se puso á devorarlo con los ojos.

—¿Estás leyendo otra vez el telegrama? — le preguntó doña Pura.

—Es que no salgo de mi asombro. ¿Quién me había de decir que Anselmo estuviese vivo? ¡Un hombre que anduvo entre antropófagos naturales más de dos años!

El telegrama que leía don Silvestre era de su primo Anselmo, de quien no había vuelto á saber desde que, abandonando su modesto destino de Loterías, había pasado á América en clase de explorador, hortera y aventurero.

Cuando don Silvestre, su esposa y su tierna hija despachaban silenciosamente una cazuela de patatas guisadas, por vía de

almuerzo, había llegado el ordenanza de telégrafos, diciendo:

—¿Vive aquí don Silvestre Cuadradillo?

—Sí, señor—contestó doña Pura.

—¡Gracias á Dios! Hace dos días que tengo este telegrama en mi poder, por faltarle las señas del destinatario.

—Venga—dijo don Silvestre.

Y lo leyó con asombro. El telegrama decía:

"LISBOA 9.—Llegaré esa sábado. Desea abrazaros efusión vuestro primo, Anselmo."

—¡Anselmo!—exclamó doña Pura.

—¡Mi primo!—replicó don Silvestre.

—¡El tío!—gritó Purita.

Después, como era chica de mucho talento, pensó:

—¿Es primo de papá? ¿Viene de América? Pues entonces vamos á ser felices.

—¿Cómo?

—Será rico.

—Puede—murmuró filosóficamente el señor Cuadradillo.

Doña Pura confirmó las sospechas de su hija, añadiendo:

—Hace diez años supimos, por un joven uruguayo, que Anselmo tenía cien cabezas.

—¡Qué horror!—exclamó Purita.—¡Un hombre con cien cabezas!

—De buey, hija mía, de buey,—replicó don Silvestre para tranquilizarla.

—La verdad es que con la inesperada aparición de Anselmo, nos ha venido Dios á ver. ¡Ay! ¡Ojalá podamos levantar la cabeza!

—La levantaremos. Es muy buena persona.

—¿Y si se ha casado?

—¡Quiá! ¿Con quién quieres que se fuera á casar? ¿Con alguna india brava?

—Es que en Montevideo hay gente muy blanca y muy limpia.

—¡Qué ha de haber!

Don Silvestre calló ante esta rotunda negativa de su retoño.

¡Qué desgraciada era la familia Cuadradillo! Más de una vez había dicho doña Pura á su esposo:

—¡Ay, Silvestre! ¡Cuánto mejor sería que mi papá te hubiese dejado en el sitio el día que nos sorprendió metidos en la despensa, antes de casarnos!

—¡Ay, ojalá!—había contestado él.

—¡Con cuánta razón decía mamita, que en paz descanse, que nunca saldrías de pobre por tu escaso entendimiento!

Pero, con el telegrama de Anselmo, el horizonte matrimonial de los Cuadradillos se había despejado.

¡Un primo que viene de América!

¡Qué hermoso porvenir!

No eran aún las cinco de la mañana, cuando don Silvestre saltó del lecho y se puso á limpiarse las botas.

—Arriba, Pura—dijo á su mujer.

Pero ella, que desde chiquita había tenido siempre un sueño muy escandaloso, se revolvió en la cama como una foca, y por un movimiento involuntario golpeó con uno de sus pies el abultado abdomen de don Silvestre, murmurando:

—Lisboa... india brava... millones... Anselmo... Purita... coches... caballos... Silvestre...

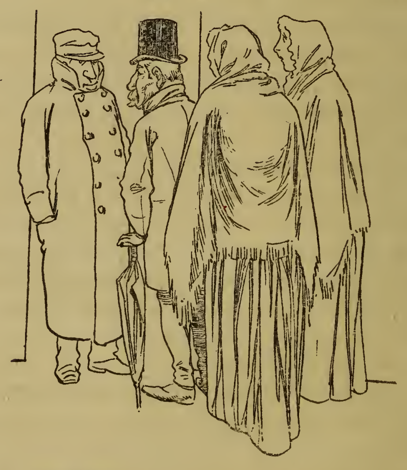
Doña Pura soñaba con días de suprema felicidad; pero el tren llegaba á las siete, y era preciso bajar á la estación una hora antes; de manera que don Silvestre cogió á su esposa por el flequillo, y empezó á sacudirla, á tiempo que penetraba Purita en la alcoba ligeramente cubierta con un tapete de crochet. La joven, que desde la llegada del telegrama vivía en un estado de sobrexcitación nerviosa, había oído rumores en la alcoba paterna, y se presentaba envuelta en lo primero que encontró á mano.

—¿Qué ocurre? ¿Ha llegado el tío?—preguntó sobresaltada.

—Ocurre que vamos á llegar tarde á la estación—dijo don Silvestre;—y si esto llega á suceder, soy capaz de estrellaros á las dos contra cualquier parte.

Eran las seis y cuarto cuando penetraban en la estación de las Delicias todos los Cuadradillos existentes.

—¿A qué hora llega el tren de Lisboa?—preguntó don Silvestre á un empleado.



—A las siete.

—¿Se puede saber si viene en él un tal don Anselmo, que es primo mío?

El empleado se echó á reir, y don Silvestre conoció entonces que la ansiedad natural le había hecho cometer una indisculpable torpeza.

—Silvestre -dijo doña Pura:—á Anselmo le pondremos la cama en el gabinete.

—Me parece bien. Debe estar acostumbrado á las anchuras.

—Lo que siento es que no tenemos bastantes platos.

—Se comprarán. Ya verás cómo lo primero que hace es darme dinero. En cuanto vea lo precario de nuestra situación, se va á asombrar. Me dejó siendo oficial tercero con diez mil reales, y ahora me encuentra de cuarto con ocho mil.

—Y gracias á mi tío no te han dejado cesante cien veces. Siempre me decía mamá, que en paz descanse: "Llevas por esposo un hombre de muy pocas luces naturales. Ya verás cómo no salís nunca de las patatas fritas.„

—No; guisadas.

—Es lo mismo... Yo no sé si Anselmo querrá que sigamos viviendo en aquel cuchitril.

—¡Qué ha de querer! En cuanto vea que la chica, para ponerse el corsé, tiene que salir á la escalera, porque en su alcoba no

puede estirar los brazos, va á decir que nos mudemos inmediatamente.

¡El tren! ¡El tren! – dijo en aquel instante Purita.

. . . .

—¡Silvestre!

—¡Anselmo!

—¡Pura!



—¡Vienes muy delgado!

—La vida de América nos envejece. ¿Conque esta es vuestra hija? ¡Qué guapa!

—Anda, dame el talón; vamos á recoger tu equipaje.

—¿Equipaje? No, no traigo equipaje.

—¿No? ¡Ah, vamos! ¿Lo habrás dejado en Lisboa?

—Tampoco... Oye, Silvestre, antes que se me olvide. ¿Tienes ahí dos pesetas?

—¡Ya lo creo! Toma.

—Tengo que dársela al conductor. Me las ha prestado para comer en el camino.

—¿Traes, acaso, en letras tu dinero?

—¿Mi dinero? ¡Si yo no traigo ninguno!

—(¡¡¡ !!!)



MALA SOMBRA

En el momento de nacer se le cayó al comadrón de entre las manos, y por poco perece ahogado en un barreño.

El susodicho comadrón, que era un poco corto de vista, le agujereó las orejas, suponiéndole hembra; y una tarde que le dejaron solo en la cama, se tragó una cajetilla de tabaco picado, creyendo que era el pecho de la nodriza, y hubo necesidad de sacársela con tirabuzón.

Una vez que tuvo un cólico, le dieron á beber aceite de bellotas, en vez de jarabe de ruibarbo, y el pobrecillo se pasó ocho días echando pelos por todas partes, y hasta tuvieron que afeitarle la lengua.

Desde chiquitín ya le tenían en el pueblo por el más desgraciado de los nacidos; y las cosas que le pasaron antes de hacer su entrada en Madrid, no son para dichas.

Recién llegado á la corte, le atropelló un cura que iba á galope por la Red de San Luis, y estuvo si se muere ó no se muere.

Después le cogió un toro; después estuvo en el estreno de *Massaniello,* de Catalina... ¡Qué sé yo!

Ultimamente se hizo hombre político.

—¿En qué partido me alistaré?--se preguntaba.

—No sea usted tonto—le decía un amigo;—ahí tiene usted el partido constitucional, que es el llamado á gobernarnos eternamente.

Y él se fué á ver á uno que era de su pueblo, para pedirle que lo hiciese sagastino en un momento, antes de que se le acabaran los cuartos y no tuviera con qué pagar las cuotas mensuales en el Círculo.

Seis años estuvo siendo admirador de don Práxedes, asistiendo á todas las reuniones, leyendo todos los periódicos del partido, murmurando de todos los conservadores y dándose á todos los demonios.

Porque apenas comía.

—Venga usted acá, Martínez,—le dijo una

noche un jefe de grupo.—Ya es tiempo de que se le dé á usted algo. ¿Quiere usted entrar en la redacción de *El Trabuco?*

—¡Pues no he de querer!—contestó él.

– Corriente.

A los dos días salía á luz el nuevo periódico, y en él un suelto de Martínez, concebido en estos términos:



"Ayer desapareció del hogar paterno de su familia una joven muy conocida en la buena sociedad. La acompaña, según se dice, un distinguido teniente de la reserva.„

¡Zás! Un hermano de la joven aludida le

atizó al periodista novel un palo en los riñones, que á poco más lo inutiliza. Después el director de *El Trabuco* le llamó aparte, para decirle:

—Usted es un bruto, Martínez.

—¡Hombre!—exclamó él.

—Sí, un bruto; no le quepa á usted duda.

—Pero...

—Nada; váyase usted á escribir sueltos á Túnez ó á Cochinchina, porque *El Trabuco* no se ha hecho para usted.

—¡Permita Dios que éste sea el úítimo día de tu vida!—decía Martínez á solas.

Y se fué á pasear por la calle de Sevilla.

¡Zás! El tío paterno de la joven preinserta le largó otros dos palos en la nuca.

Y un rato después le increpaba un personaje de su partido en las siguientes frases:

—¡Pero, Martínez!... ¡Es usted el demonio! ¿Qué ha dicho usted, hombre de Dios? ¿Sabe usted quién es la joven aludida?

—¿Quién?

—La esposa del presidente de nuestro comité.

Martínez estuvo á punto de desmayarse.

Un transeunte compasivo se lo llevó para su casa, y allí le dijo:

—¿Quiere usted salir por dos duros, un día con otro?

—Sí, señor; y aunque sea un día sí y otro no.

—Bueno. ¿Conoce usted la partida doble?

—No tengo el gusto de conocerla.

—¿Y la sencilla?

—No sé quién es.

—Se trata de montar una industria...

En aquel momento apareció un inspector de policía, y el caballero compasivo fué llevado á la Cárcel Modelo por falsificador de la Revalenta Arábiga y de las pastillas de Belmet.

A Martínez no le prendieron, gracias á su fealdad, porque decía el inspector que con aquella cara no podía haber complicidad posible.

Los desengaños, la lucha por la existencia y el enojo contra sus antiguos correligionarios, le llevaron á inscribirse en el partido conservador.

—¿Qué quiere usted ser?—le preguntaron.

—Yo quisiera pagar á la patrona y mandar que le echaran medias suelas á estas botas.

—Esas tendencias le enaltecen á usted á nuestros ojos. Se le dará á usted un destino el día menos pensado.

Martínez durmió aquella noche con la satisfacción propia del que espera comprarse

calzoncillos y otras prendas interiores; y á la mañana siguiente salió á la calle loco de alegría.

—*¡Eureka!*—gritó un antiguo amigo al verle.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que el partido constitucional, el nuestro, acaba de subir al Poder.

—¡El nuestro!—murmuró Martínez.

Y se cayó redondo.



Excuso decir á ustedes que los constitucionales no le han dado á Martínez, el *tránsfuga*, ni una sola peseta.



Pero ahora va á poner sombrerería, desengañado de los partidos políticos.

Puede que el día en que abra su establecimiento, empiecen á nacer los niños sin cabeza.



UN ACTO

I

¿Que no realizo esta tarde un acto político?

—Vamos, tranquilízate, Manolo.

—¡Parece mentira que no me conozcas! Esta tarde, esta misma tarde, doy el gran escándalo en la sesión. ¡Negarme una mala cruz de Carlos III para mi cuñado! ¿A mí? ¿A mí, que vengo siendo fusionista desde hace más de cinco meses?

—Pero hazte cargo...

—No quiero Se me ha herido, se me ha maltratado, se me ha... Échame un poco más de vino. ¡Mujer! Pónle más tortilla á ese chico, que me está atacando los nervios con ese gimoteo...

—Vamos, Manolo, tranquilízate.

—Verás, verás los periódicos de mañana. Verás qué discurso *le largo* al presidente del Gobierno.

Manolo se levanta de la mesa y va á encerrarse en su despacho. Su esposa quiere tranquilizarle, pero no puede; los chicos miran asustados á su papá, y la criada no cesa de decir, mientras recoge los manteles:

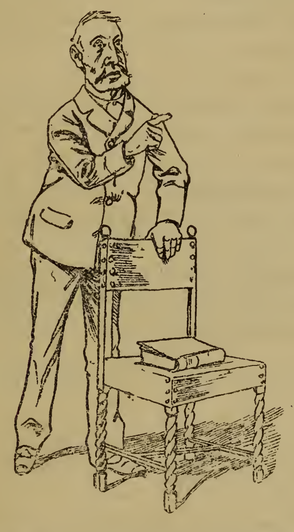
—¡Lo que es esta tarde! ¡Valiente disgusto le va á dar al Gobierno mi señorito! ¡Con aquel genio que tiene!...

II

Manolo, ensayando su papel en el despacho:

—Sí, señores diputados; preciso es que cesen las contemplaciones y que el país conozca toda la verdad... la verdad... Conozca la verdad... ¿Pues qué? ¿Hemos de vivir en el silencio porque así se le antoje al se-

ñor presidente del Consejo de ministros? No me gusta el párrafo. ¿Hemos de vivir en constante corruptela?... ¿Estará bien dicho "corruptela?„ Veamos el diccionario... Cor... Cornamenta... Corral... Correveidile .. No lo trae el Diccionario... ¡Ah, seño-



res diputados!... ¡Esto es horrible! ¡Esto es inmoral, y me quedo corto!

La esposa (por el ojo de la cerradura).—

Manolo, por Dios, tranquilízate; piensa en tus hijos.

Los niños. ¡Papá! ¿Tienes pupa? ¡Papá! No regañes.

La criada (en la cocina).—¡Y que no es *desahogao* para decir cosas! La otra noche, porque no tenía sal la merluza, me llamó *salvaja* y *cafra*...

III

Manolo en la Cámara:

—Pido la palabra.

El presidente.—¿Para qué?

—Para decir algo.

—¡Naturalmente! (Risas prolongadas).

—Digo, para hacer una pregunta al Gobierno.

—No hay palabra. Se ha entrado ya en la orden del día.

—¡Protesto!

—¡Señor diputado!...

—¡Es una tiranía!

—¡Orden!

Varias voces.—¡Qué hable!

El presidente.—¡No hay palabra!

Manolo.—¡Estoy en el uso de mi derecho!

El presidente.—¡Llamo á su señoría al orden por primera vez!

Voces en la tribuna.—¡Qué hable!

El presidente.—¡Silencio!

Confusión, campanillazos, chillidos, pisotones en las tribunas, perplejidad en los maceros; el Gobierno ocupa el banco azul; las señoras se abanican con agitación. Manolo, de pie, se revuelve airado y protesta mil veces.

El presidente.—Va á consultarse á la Cámara si debo conceder á su señoría la palabra.

Hecha la pregunta, se acuerda por gran mayoría que Manolito hable. El, entretanto, repasa el discurso en la imaginación; piensa en la familia, en el Diccionario, en las nuevas elecciones, en su suegra que gruñe por todo, en que antes no era nada absolutamente, y en que no hay cosa peor que ponerse á mal con los poderes constituídos.

Y entonces, dirigiendo al jefe del Gobierno una mirada elocuente y tierna, dice con voz apenas perceptible:

—Señores diputados: iba á hablar... efectivamente, yo iba á hablar... tanto que había pedido la palabra... porque tenía algo que decir (*rumores*); pero... (*fuertes rumores*)

no tengo más que decir... y me... (*rumores tremendos*) y me siento... (*Los rumores no permiten sentarse al orador, y éste abandona la sala ocultándose en el lugar más apartado del edificio*).





LOS RICOS

Hay personas que están en buena posición social porque se les ha muerto un tío en Chile, ó porque les ha tocado el gordo, ó porque han sido vistas en la Habana, ó porque, yendo de paseo, encontraron un sombrero hongo lleno de billetes de Banco,

y creen desde aquel momento que todos los demás seres humanos vivimos en la penúltima miseria.

Conozco un sujeto que primero fué corista, y después ventrílocuo, y después concejal, y, por último, se casó con una filipina algo coja, que tenía la nariz lo mismo que un higo de Fraga, pero poseía una renta de algunos miles de duros, y el hombre "se armó„ como suele decirse.

—¿Qué te haces?—me preguntaba el otro día con cierto desdén.

—Pues... escribo

—¡Pchs! ¿Y os pagan por eso?

Estuve por decirle:

—¡Qué nos han de pagar! ¡De ninguna manera! Lo que hacemos es escribir y poner dinero encima. Aquí sólo pagan al que, como tú, se ha casado con una mona.

Pero me contuve y le dejé que fuese á pasear su vanidad ridícula por las calles de la corte. No es sólo este ventrílocuo adulterado quien mira con desdén compasivo á los que no tenemos casas en Madrid ni jugamos á la Bolsa.

Por regla general, los hombres ricos suponen que nadie más que ellos prueba el vino y la carne, y el jamón y las alcachofas.

—¿Ha comido usted guisantes alguna vez?—me preguntaba uno que tuvo salchichería y adquirió una fortuna vendiendo picadillo de burro y trozos variados de perro.

—No, señor—le contesté humildemente.—Yo, si quiere usted que le diga la verdad, apenas conozco los alimentos.

—¿Y cómo hace usted para vivir?

—Me mantengo con papel secante y cáscaras de cebolla.

No es que uno vaya á pedirles nada, ni que muestre el menor deseo de heredarles; es que hay ricos que le ven á uno sin sortija de brillantes en el dedo pequeño, y dicen con acento de conmiseración:

—¡Pobrecillo! ¡Qué mala ropa interior debe de usar ese joven! ¿Tendrá elástica?

Hay quien nota que no lleva usted esencia alguna en el pañuelo de las narices, y ya le está mirando con cierta sonrisa de compasión.

Porque esto de los perfumes es un síntoma de riqueza generalmente; el que come mal, no tiene gusto para perfumarse el pañuelo, ni para teñirse las cejas, ni aun para abrirse la raya por detrás, cosa que hacen todas las personas de buena educación, por calvas que sean.

En concepto de la gente rica, los pobres

no deben casarse nunca, porque el matrimonio es cosa cara, y porque, además, se exponen á tener familia.

—¡Ay! –exclamaba una casera al saber que iba á contraer enlace la chica del portero.– ¿Se casa usted?

—Sí, señora.

—Pero, ¿piensan ustedes tener familia? Eso sería una locura.

Aun sin pedirles nada ni comunicarles nuestras estrecheces, los ricos se creen con derecho á aconsejarnos.

—¡Caramba! me decía uno.— Ya se ha fumado usted cinco pitillos en menos de una hora.

—Sí, señor; yo fumo mucho.

—Hace usted mal.

—No: ¡si no me perjudica!

—No lo digo por la salud; lo digo por el gasto. Así no es posible que haga usted economías. Yo, con ser persona de recursos, enciendo un cigarro ahora, que son las cuatro, y no lo tiro hasta la hora de comer. Porque procuro que me dure.

—Pero... ¿cómo?

—Muy fácilmente. Si había de chupar, no chupo.

El mismo sujeto me decía en cierta ocasión:

—¡Hombre! ¿Por qué se ha puesto usted esa corbata verde en un día como el de hoy? ¿No ve usted que está lloviendo? Hay que cuidar las cosas para que no se estropeen. Tengo yo prendas compradas en la



Habana el año 56, cuando fuí allá á hacerme cargo de la herencia de una tía, que era

cuarterona clara y me dejó todo lo suyo. Aún conservo un jipijapa nuevecito, que suelo prestárselo en Carnaval á un pariente para salir de máscara, y el día que me lo rompiera tendría que pagármelo. Ustedes son unos locos que no piensan en el día de mañana, y es porque no les han educado como educo yo á mis hijos. Lo primero que hacen cuando llegan del colegio, es quitarse los calzoncillos y la camisa, para ponerse una bata floja abrochada por detrás; de modo que se evita que gasten la ropa blanca, y á la vez consigo que anden frescos.

Los ricos son, por lo general, aficionados á meterse en lo que no les importa, so pretexto de la compasión.

—¡Jesús!—dice una señora acaudalada.—¡Qué lástima me dan las de Garabito!

—¿Por qué?

—Porque las pobrecitas tienen que vivir con el sueldo de su padre, que es un simple director general, y mírelas usted con qué lujo salen á la calle. A la mamá le he contado tres sombreros en lo que va de año. ¡Pobrecillas! ¡Sabe Dios los sacrificios que tendrán que hacer para salir del día! La pequeña necesita el aceite de hígado de bacalao, porque está hecha una anguila; pero ¡ya se ve! el sueldo del padre no llega para

todo. A mí me consta que le deben cuatro pesetas al burrero, y que gastan los garbanzos de á veinte.

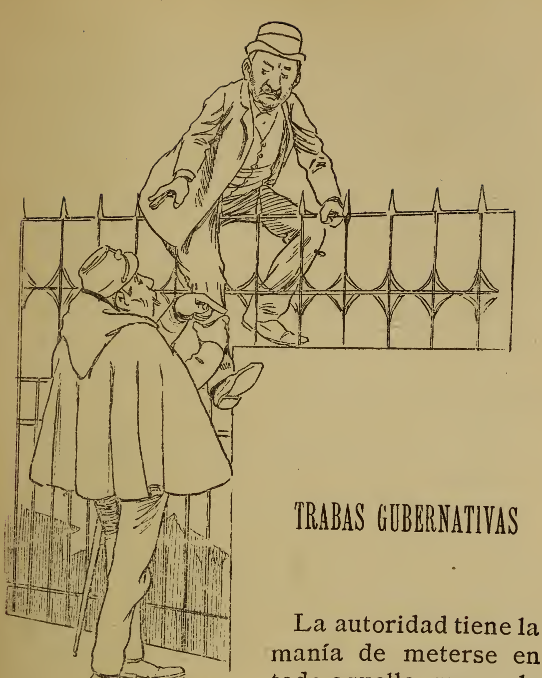
¡Líbreme Dios de todo trato con los poderosos de la tierra, para evitar consejos y humillaciones, y para que no me suceda lo que á un mi amigo! Fué á visitar á un poderoso recién llegado de Cuba, y éste le preguntó cariñosamente:

—¿Qué es usted?

—Periodista—contestó el otro.

—Bueno, pues tome usted una pesetilla para echar unas copas.





TRABAS GUBERNATIVAS

La autoridad tiene la manía de meterse en todo aquello que no le importa.

Vamos á ver: ¿por qué no se han de suicidar tranquilamente las personas aficionadas? ¿Por qué los guardias de Orden público se toman la libertad de coger por las faldas á las jóvenes suicidas?

Yo creo que la autoridad abusa.

Hay quien se mataría con mucho gusto, y no puede, porque los guardias del Viaducto están todo el día y toda la noche pendientes de las intenciones de los transeuntes, y en cuanto ven que uno se sube por la barandilla le cogen por las piernas, ó por donde pueden, sin consideraciones á la moral ni á nada.

—Hombre, deje usted que me mate. Es un capricho que tengo - suele decir el suicida.

—¿Trae usted licencia del gobernador?—pregunta el guardia.

—No.

—Pues entonces no puede usted fallecer.

—Pero...

—O vive usted, ó le llevo á la prevención.

Frecuentemente dicen los periódicos que una joven agraciada ha sido sorprendida por los agentes en el momento de querer arrojarse de cabeza por el Viaducto.

¿Con qué derecho se atenta á la muerte de nadie?

Si la joven está decidida; si tiene dolor de estómago, ó llora desdenes amorosos, ¿va el gobernador, después de salvarla la vida, á devolverla la paz del alma? ¿Tiene nuestra Administración medios de evitar que á mí me gusten las morenas, pongo por caso?

Pues figurémonos que se enamora de mí una rubia, y que al ver mi indiferencia, quiere darse la muerte por su mano. ¿Qué? ¿He de amarla por orden gubernativa?

No, señor; hace bien en matarse.

Si mañana quisiera yo arrojarme á la calle de Segovia y viniese un guardia de esos á cogerme por el rabillo del pantalón, me daría mucha rabia; primero, porque no me gusta que me toquen; y después, porque no le concedo á nadie autoridad sobre mis pantorrillas.

Si aquí hubiese verdadera libertad—que no la hay,—los suicidas llegarían al Viaducto y dirían á los guardias:

—Buenas noches. ¿Cómo están ustedes?

—Buenos, gracias: ¿y usted?

—Yo, mal.

—¿Algún dolorcillo?

—No, señor; una pasión amorosa. Yo soy escribiente; además, me enamoré de una colchonera, y ahora resulta que va todas las noches al café de Corrales con un requinto de regimiento, picado de viruelas.

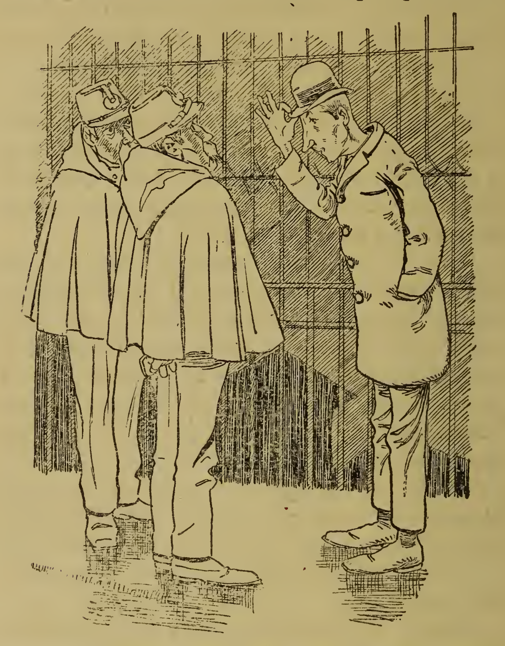
—¡Qué barbaridad!

—Sí; es una barbaridad cómo tiene la cara aquel hombre. Tanto, que voy á ver si me suicido, ahora que no tengo nada que hacer.

—¡Bien pensado!

—Este mundo es un infierno.

—Lo es. ¡Si viera usted lo que pasamos



nosotros desde que nos han puesto estas manteletas de hule!...

—Conque, abur.

—¿Adónde va usted?

—A tirarme.

—No se tire usted por aquí, porque va usted á caer encima del tejado y se mataría mal.

—Tantas gracias. ¡Ea, hasta nunca!

—Vaya usted con Dios.

Si las cosas pasaran así, menos mal; pero como está vedada la muerte en el Viaducto, y no todos tenemos dinero para comprar pistolas, resulta que á lo mejor quiere uno matarse, y no tiene con qué.

Hay un caballero, desesperado él, que se suicida todos los años por este tiempo, y aún no ha conseguido morirse. Llega á un café; pide una buena chuleta con patatas, y se la come; pide botella grande de vino, y se lo bebe; después apoya la punta del cuchillo encima del corazón y hace fuerzas hacia adentro.

Acude el mozo asustado, porque los suicidas no tienen la precaución de pagar antes las cuentas, y grita al oído del parroquiano:

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Se va usted á matar sin pagarme?

Acude el dueño del café, y el suicida es conducido á la casa de socorro.

Ya en la cama, abre los ojos y dice á los médicos:

—Aquí estoy otra vez.

—¡Calle!—exclama uno de los doctores.—¡El suicida anual!

—El mismo—replica él con melancolía.

—¿Por qué no se mata usted para siempre?...

—Porque no lo permite el gobernador, y tengo que irme suicidando por secciones.

Hecha la primera cura, sale de allí por su pie, y al llegar á la puerta se despide en estos términos:

—Vaya, abur; hasta el año que viene.

¿No es triste que tenga un hombre que andar por los cafés en busca de otro mundo mejor, y no encuentre un mal cuchillo con punta? ¿Cuánto más rápido y más lógico sería que le dejaran tirarse por el Viaducto?

Pero, no señor; erre, que hemos de vivir aunque no nos guste, exponiéndonos á tener que escuchar un discurso de Cos-Gayón ó á que nos coja Jove entre dos puertas y nos lea un himno de su invención.

¿No es cien veces preferible la muerte?



EN EL VIVERO

El sol brilla en el cenit, y las personas de natural alegre se trasladan al campo.

En el Vivero ha habido estos días varias comidas de confianza, en las que no ha faltado el piano de manubrio, con trozos escogidos de *Las doce y media y sereno*, el coro de los *Calzones del señorito* y otras

piezas tarareables y que han caído en poder de las multitudes.

Pero entre todas las funciones celebradas en la famosa posesión del Municipio, ninguna como la que dieron á sus amigos los papás de Eugenia López, que estuvo de días el sábado. ¡Qué animación, qué movimiento y qué variedad en los comestibles! ¡Como que están en muy buena posición!

El Sr. de Esparraguet, valenciano de nacimiento y oficial cuarto en la dirección de Contribuciones, se prestó voluntariamente á hacer la paella, porque otra cosa no tendrá, ¡pero lo que es disposición para estas cosas!...

—A ver, ¿dónde está la sal? ¿Han traído ustedes la pimienta molida? ¿No he dicho yo que la necesitaba en grano?... Estos pollos están poco fritos, y, además, son demasiado jóvenes. ¿Y el aceite? ¿Quién se ha llevado una cebolla? ¡Si sé yo esto, maldito si me comprometo á hacer el arroz ni á nada!

En medio de estas desesperaciones, Esparraguet es feliz, porque no hay nada que le guste como un día de campo; y su mujer lo dice en voz baja á todo el mundo:

—Aunque le oigan ustedes rabiar, no se apuren. Él es así; pero tiene muy buen fon-

do, y se divierte mucho cuando tiene que guisar.

La mamá de Eugenia ayuda á Esparraguet en todo lo que puede.

—Doña Paca—dice él:—quítele usted el pellejo á ese ajo.

—¿A cuál? ¿A este rubio?

—A ese que está solo. ¿Ve usted? ¡Ya han confundido ustedes los ajos! ¡Después querrán ustedes que salga bien el arroz! Eche usted tres gotas y media de vinagre en esa tacita. Si echa usted media gota más, me pierde usted.

Doña Paca está aturdida, y al querer alcanzar el perejil, mete el pie dentro de una cazuela, donde yace un cabrito, y le salta la tapa de los sesos.

—¡Insensata!—grita López, el marido.—¿Qué has hecho?

—No lo sé—contesta ella.—Este demonio de Esparraguet me aturde.

—Porque quiero que el arroz salga como debe salir,—replica Esparraguet cogiendo un pollo por las piernas, y precipitándolo en la cazuela.—¡Quítele usted las barbas á esos cangrejos! ¿Se sabe por dónde anda el pimentón? ¿Ha venido la hierbabuena?

Mientras la gente grave se dedica á las tareas culinarias, la juventud juega á las

cuatro esquinas, al corro, á los colores y á otra porción de deliciosas tonterías.

—¿Usted no juega?—preguntan á un joven paliducho que está sentado sobre un



barril de aceitunas sevillanas, y se limpia las uñas con un tenedor.

—A mí el campo me produce melancolía—contesta él.

—Porque estará usted enamorado—dice una chica.

El joven baja la cabeza y suspira.

—¿Qué es esto?—añade un señor de edad madura, que se muere por el jaleo campestre.—A la edad de usted era yo un tronera de lo poco que hay. El año 55 fuimos á comer á la Puerta de Hierro, y maté sin querer á un niño de dos meses. Quise darle una broma á su madre, y metí el níño en una cazuela.

—¡Qué atrocidad!

—Cuando le fuí á sacar, se había asado él solo.

—Pues yo tengo un carácter muy triste, y eso que también estoy de días.

—¿Se llama usted Eugenio?

—No, señor, me llamo Bruno; pero celebro mi santo el día de hoy, porque me eduqué en el Pardo, entre las bellotas.

Esparraguet continúa rabiando, y la toma, por último, con su mujer, diciendo que no es para ayudarle, y que si no fuera por el compromiso, ya lo había echado todo á rodar.

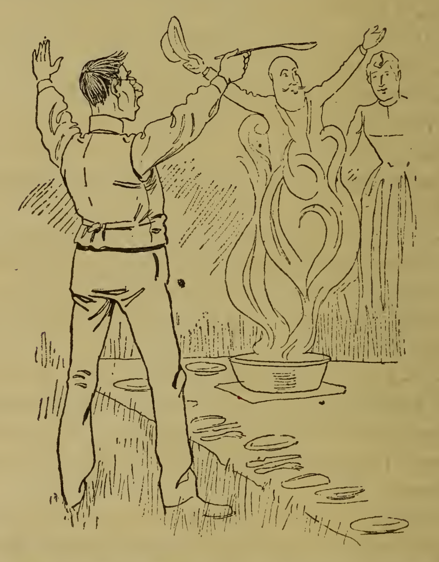
—¡Vaya, don Camilo, no se incomode usted!—dice doña Paca,—aquí venimos á divertirnos.

—Siempre pasa igual. Esta mujer cono-

ce mi carácter, y, sin embargo, ve paradas las cebollas y no es para quitarles el pellejo.

Después de grandes trabajos, Esparraguet grita lleno de satisfacción:

—Señores. Ya está el arroz.



—¡El arroz! - exclaman todos lanzándose como fieras sobre los tenedores.

Pero, de pronto, la frente de Esparraguet

se anubla, y deja caer los brazos con desaliento.

—¿Qué sucede? -pregunta doña Paca.

—¿Cuánto apostamos á que no ha traído usted el azafrán? -dice Esparraguet, presa de la incertidumbre.

—¡Cómo no nos había usted dicho nada! —replica la señora de López.

—¡Pues la hemos hecho buena!

—¿Por qué?

—Porque el arroz ha salido pálido.

No es la palidez el defecto principal de aquel guisote: lo que tiene es un sabor insoportable á botica, que notan con disgusto todos los comensales.

—¿A qué sabe esto? -pregunta López.

—Esto sabe á malvavisco—dice Eugenia.

—No, á cerato,—añade el joven tétrico.

Esparraguet, de pálido que estaba, se torna lívido.

—¡Ya sé lo que es!—grita doña Paca.—¡Yo bien lo decía! En vez de traer aceite común, he traído, por equivocación, el bálsamo tranquilo que usa López para el reuma.

Todos los convidados se ponen de pie, y alguno siente náuseas; López quiere devorar con los ojos á la compañera de toda su vida, y Esparraguet, herido en su amor

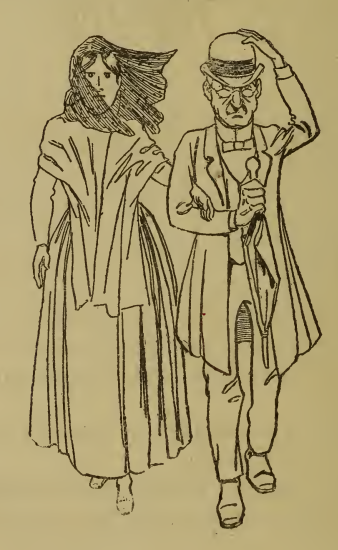
propio, coge del brazo á su mujer, diciendo:

—Vámonos, Dorotea.

—¡Pero don Camilo!...—se atreve á decirle la de López.

—Déjeme usted, señora.

Y Esparraguet abandona el Vivero, jurando no volver á hacer paellas mientras no tenga confianza en la integridad de los aceites puestos á su alcance.





¡OH, LAS MUJERES!

I

Qué matrimonio tan feliz el de Camila y Rogelio!

Él se pasaba el día preguntándole:

—¿Me quieres, Lilita? ¿Tienes algún dolor oculto? ¿Te ha sentado bien la ensalada de pepinos?

Ella, á su vez, dirigía á Rogelio las siguientes preguntas:

— ¿Me olvidarás, Gilito? ¿Cómo quieres que te ponga la merluza? ¿Eres feliz con mi

amor? ¿Quieres tomar la medicina para el flato?

Aquella casa era un Paraíso, y Rogelio se consideraba el hombre más feliz de este mundo.

—¡Qué mujer me ha concedido la Providencia!—decía á sus amigos.—Es un ángel, que vive pendiente de mis menores deseos y los satisface con cariñosa solicitud. Aun el otro día me sacó una muela divinamente con unos alicates, como el más hábil dentista. ¡Y qué manos tiene para guisar y para todo!

Camila, por su parte, no cesaba de decir, á cuantos querían oirla, que Rogelio era el fénix de los maridos, guapo, bueno, leal, cariñoso, complaciente, etc.

—En mi casa no hay más voluntad que la mía: sabe que me gustan los pepinos, y él es el primero en aderezármelos; cuando sobreviene el cólico natural, se coloca á mi lado y me ayuda á todo .. ¡Qué bueno es mi Gilito!

II

Frente por frente de la casa en que habitaba este matrimonio feliz, vivía Abdón Cartilaguillo, joven calavera, perito agró-

nomo y uno de los primeros feos de la provincia.

Tenía los ojos color de malva, y la nariz lo mismo que un ajo de Aranjuez, redonda y dividida en secciones.

—¡Qué nariz!—había dicho Rogelio más de una vez.—Con una nariz así, no se puede ir á ninguna parte.



Camila había lanzado un carcajada casi histérica al oir esta atinada reflexión de su esposo.

Pero Cartilaguillo se tenía por uno de los jóvenes más irresistibles de la localidad, y comenzó á dirigir miradas incendiarias á Camila.

III

Cuanto más se amaban Camila y Rogelio, más desarrollo iba adquiriendo la nariz de Abdón.

El joven fué á ver al médico, y le dijo:

—Vengo á que me reconozca usted esto.

—¡Diablo!—exclamó el doctor.—Eso no es nariz; es una petaca.

10

Y mandó que le aplicasen un emplasto emoliente para ver si se ablandaba.

Pero todo fué inútil

La nariz seguía creciendo á lo ancho, y Abdón tuvo que ponerle una funda para ocultarla á las miradas de la crítica.

IV

Entretanto, Rogelio, que se había dejado crecer las patillas, era objeto de los elogios de todo el mundo.

Las chicas más bellas de la localidad decían á Camila, en el colmo del entusiasmo:

—Tu marido es precioso.

—Favor que ustedes le dispensan,—contestaba la esposa feliz, bajando los ojos modestamente.

—¡Ay, qué patillas tan preciosas!—decía una.

—¡Y qué cutis tan fino!—añadía otra.

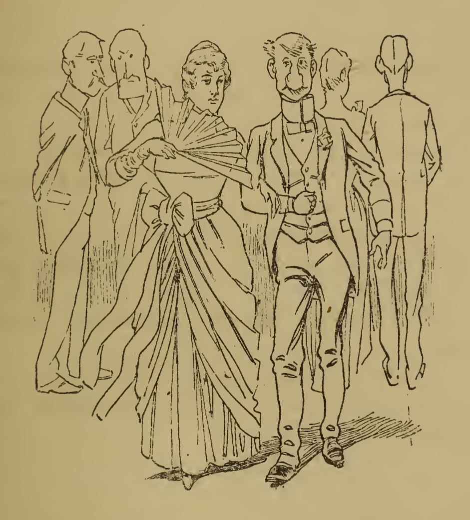
—¡Y qué caída de ojos!—agregaba una tercera.

V

La *soirée* de los señores de Belinchón estaba brillantísima.

Eran los Belinchones personas de viso

que habían pasado muchos años en América dedicados al comercio de la cochinilla, y tenían el noble afán de lucir el mobiliario y de causar la admiración de los vecinos. Por eso abrían sus salones todos los jueves, á pesar del gasto que esto ocasiona.



Allí se bailaba, se *hacía música* y se jugaba al tute arrastrado.

Camila había entrado en la sala, del brazo de Rogelio, y la aparición del matrimo-

nio había sido saludada con una exclamación de asombro.

—Han nacido el uno para el otro—dijo un tío carnal de Camila, hombre viejo, que creía conocer el mundo profundamente, porque había estado tres meses en Madríd empleado en Comunicaciones.

Abdón, el de la nariz achaparrada, dejó escapar un suspiro y clavó sus ojos en Camila.

La tertulia se fué animando poco á poco. Cantó en francés una señorita chata, recitó una poesía dedicada á la resurrección de la carne un joven que había sido seminarista y estaba enamorado secretamente de la señora de Belinchón, y ejecutó en el piano una fantasía sobre motivos de *La Traviata* (última novedad en el ramo cursi), un teniente de carabineros, hombre de muy buena sociedad, aunque un tanto gorrón.

Entre las bellas destacábase la figura de Camila, que estaba preciosa.

—¡A bailar, á bailar!—dijo el amo de la casa.

Abdón fué á invitar á Camila.

—¿Quiere usted que bailemos este vals?—la dijo.

—Con mucho gusto—contestó ella.

—¿Cómo lo quiere usted? ¿Corrido ó de voltereta?

– Me gusta de todos modos.

—El baile es mi debilidad –dijo Abdón.

—¿No teme usted que le haga daño?—preguntó ella.

—Jamás.

—¡Cómo tiene usted así la nariz!...

Después la conversación se fué animando, hasta ver á Camila con la cabeza apoyada en el hombro de Abdón.

VI

Rogelio y Camila regresaron á su casa satisfechos.

Él había ganado cuatro pesetas al tute; ella había bailado toda la noche como una peonza.

—¿Eres feliz? –la preguntó Rogelio.

—¿Y cómo no, si tú me quieres y satisfaces todos mis antojos? Sabes que me gusta el baile, y eres el primero en desear que me inviten los jóvenes solteros.

—Ya te he visto bailar con Abdón. ¡Pobre muchacho! Su fealdad aumenta de día en día.

Camila ahogó un suspiro, á pretexto de

que deseaba descansar; después besó á su esposo en la mejilla y se metió en la cama

Rogelio quedó diciendo para sí, mientras se quitaba los pantalones:

—Es un ángel... ¡Y todavía hay quien reniega del matrimonio!

VII

Una hora después, Rogelio roncaba como un bendito.

Camila se convenció de que su esposo no podría despertar fácilmente, y levantándose sin hacer ruido, cubrió sus bellas formas con una bata, y salió de la alcoba, caminando en las puntas de los pies.

Llegó al comedor y abrió la ventana.

—Buenas noches—dijo un hombre que estaba en la calle—protegido por las sombras.

—No tendrá usted queja de mí—contestó Camila.

—Ya comenzaba á perder la esperanza—replicó el otro,—pero ahora, la dicha me enloquece...

VIII

Rogelio fué á dar una vuelta en la cama y tropezó con la mesa de noche.

—¡Demonio!—dijo abriendo los ojos; y buscó á tientas á Camila.

Pero ella no estaba allí.

—¿Se habrá puesto mala?—exclamó Rogelio.

Y de un brinco se plantó en mitad de la alcoba.

Un rumor extraño llegó á su oído.

—¿Con quién habla mi mujer?—se preguntó asombrado.

No quiso encender la bujía, que estaba sobre la mesa de noche, y orientado por el ruido, llegó al comedor.

Allí estaba Camila, con los codos apoyados en el alféizar de la ventana.

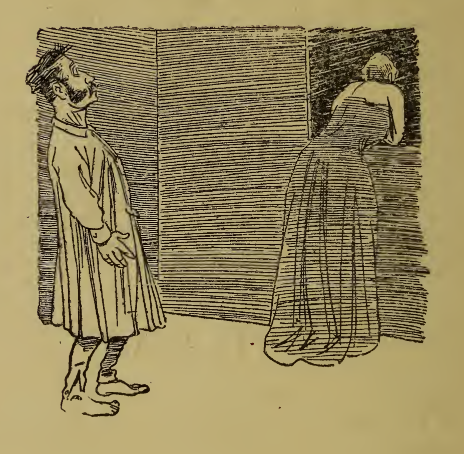
Rogelio se detuvo y aplicó el oído.

En aquel momento decía Camila.

—Sí, Abdón; conozco que mi marido no merece más que cariño y respeto; pero usted me atrae con fuerza irresistible. Esa nariz, que es objeto de las sátiras de todo el mundo, constituye para mí el mayor de los encantos...

Rogelio sintió que las fuerzas comenzaban á faltarle, y se dejó caer sobre el aparador, murmurando:

—¡Oh, las mujeres!





EL TRABAJO

Sí, señor, el trabajo es una virtud; convenido.

Todo hombre debe ganarse el pan con el sudor de su rostro; perfectamente.

El que no trabaja, es un pillo; santo y bueno.

Pero ¡caramba! ¡Qué poco agradable es esto de pasarse la vida dale que le darás á la pluma, para que vengan el casero y el aguador y el comerciante de la esquina y se nos lleven en un momento lo que hemos llegado á conseguir á fuerza de penoso trabajo!

Hay sujetos que no piensan así, y trabajan con muchísimo gusto, porque se conoce que habían sido creados para bueyes de carga, y la Providencia, á última hora, les hizo el obsequio de convertirles en personas casi racionales.

Bueno que el hombre, poseedor de bienes raíces, se dedique á administrarlos por sí mismo, y aun se tome la molestia de cepillarse la ropa y de afeitarse solo; pero que los millonarios se engolfen en el trabajo ruin y anden hechos unos azacanes todo el santo día para ganarse dos pesetas, es cosa que no se puede tolerar.

—A Dios gracias, no lo necesito; pero el día que no trabajo parece que tengo debilidad en las piernas y que se me hinchan las articulaciones, —nos decía un casero incivil, poseedor de cuantiosas rentas, que presta dinero á réditos y duerme sobre un felpudo para no echar á perder los colchones.

Y el hombre se va á casa de sus inquili-

nos con una espuerta llena de chismes y pregunta desde el ventanillo:

—¿Hay novedad? ¿Se ha roto algo?

—Entre usted, don Emeterio,—suelen contestarle las criadas.—Mire usted cómo están los ladrillos de la cocina.

- ¡Qué escándalo! ¿Con qué los han roto ustedes?

—Con los zapatos.

—¡Qué barbaridad! ¿A quién se le ocurre andar por casa con los zapatos puestos? Así no hay piso que dure.

El caso es que don Emeterio trabaja como un peón de albañil, y él coloca los ladrillos-arregla el caño maestro de las aguas fecales, empapela las paredes, y se dedica, en fin, á todo género de operaciones, por humildes que sean, porque, según dice, el trabajo es su pasión más vehemente, y porque... se economiza jornales.

El trabajo llega á ser la "dulce manía„ de muchísimas personas.

A nosotros nos decía un catalán que ha tenido fábrica de corchos, y él mismo descortezaba los alcornoques y cargaba con ellos:

—Mire ustet; en mi casa trabaca todo el mundo: hasta mi mamá pulítica, que ya tiene setenta años. Ayer la tuve todo el día

pintando las ventanas, mientras mi señora echaba abajo un tabique con ayuda de la criada y de los niños. El trabaco es una virtut.

—Indudablemente, aunque perezca la familia.

—Mire ustet: yo ma levanto á las sinco y me pongo á cavar en la huerta hasta las



ocho; después me voy al escritorio, y allí ma paso siete horas trabacando, vuelvo á

la huerta, y empieso á sacar aigua de la noria hasta la nocheser; después de senar, ma voy al escritorio otra ves, y así es como cumprendo yo la vida del hombre; porque el hombre ha de trabacar si ha de ser hombre, y el hombre que no trabaca no es hombre ni nada asolutamente. ¿Sase ustet cargo?

En efecto, este catalán activo cree que Dios nos ha dado la vida para que la consagremos en absoluto á sacar agua de las norias ó á tirar de las carretas, y que el hombre debe vivir en constante actividad, sin preocuparse de la familia, ni de la moral, ni de la salud, ni de ningún otro objeto.

Que se le pone malo un chico:

—¡Bah! - dice él.—Ya vendrá el médico á curarle. Para eso le pagaré su trabaco... Yo ma voy á la Bolsa.

Los sujetos que nacen trabajadores de suyo, labran la desgracia eterna de su familia.

—¿Qué estás haciendo, Heliodora?—pregunta á la mujer.

—Estaba leyendo los anuncios del periódico.

—¡Eso es! Mientras yo trabajo como un negro, tú te dedicas á la lectura. ¡Muévete, mujer!

—Pero ¿qué quieres que haga?

—Cualquier cosa. No puedo ver á la gente holgazana. Barre, friega, cose, haz las camas; en fin, dedícate á algo.

—¡Pero si todo está hecho!

—Pues entonces, toma; límpiame esta americana con espíritu de vino. La cuestión es que tengas algo en qué entretenerte. Y los niños, ¿qué hacen?

—Están jugando.

—¿Jugando? ¡Ya les daré á ellos jueguecitos!... ¡A ver! Que vengan inmediatamente... Tú, Manolín, limpia bien este besugo, hasta que sudes. Pepito, sácale lustre á este sombrero hongo; yo, entretanto, voy á desarmar el reloj y á limpiarlo por dentro. No me gusta estar parado.

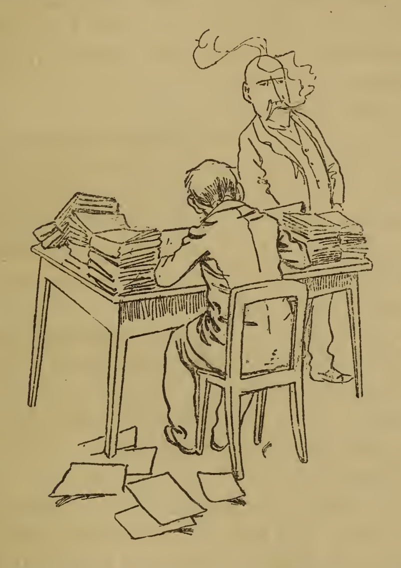
Hace poco que nos decía un funcionario de Hacienda, con las lágrimas en los ojos y la hiel en corazón:

—Mire usted; el trabajo es cosa que enaltece, pero perjudica bastante.

—¡Hombre!

—Sí, señor; va usted á ver demostrada esta teoría. Yo era el hombre más trabajador de este mundo, y entré á servir en Contribuciones con 6.000 reales. Allí nadie trabajaba; unos porque no sabían, otros porque no tenían ganas, otros porque estaban en-

fermos, y casi todos porque tenían influencias con el director. En fin, yo era el único que despachaba expedientes con equidad y aseo, y al verme así, me decían los demás funcionarios: "Fernández, ponga usted en limpio esta minuta„; "Fernández, copie us-



ted esta Real orden„; "Fernández, limpie usted esta mesa„; "Fernández, eche usted tinta„.

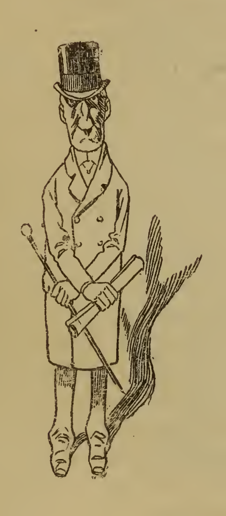
Yo obedecía sin replicar, pensando que todo aquello me serviría de mucho en mi hoja de servicios, y me entregaba al trabajo con fe y resignación ¿Ve usted este callo del dedo índice? Pues me salió en la oficina de tanto darle á la pluma. "Fernández, me decía el jefe; como á usted le gusta trabajar, ¿quiere usted venirse por las noches á mi casa, para ponerme en limpio un tratado que estoy escribiendo sobre guardería rural y abonos minerales aplicados al cultivo de la remolacha?„ Yo bajaba la cabeza en señal de sumisión, y escribía á todas horas, sin ganar un real, fuera del sueldo de la oficina; pero una tarde me llamó el jefe para decirme:

—"Va usted á quedarse cesante, y lo siento.—¡Cómo! exclamé yo. ¿Tiene usted alguna queja de mí?—Todo lo contrario, contestó él. Es usted el hombre más trabajador que he conocido.—Pues entonces...—Verá usted: es necesario hacer economías, y me veo obligado á suprimir una plaza. Los compañeros de usted son unos holgazanes, y decretar su cesantía equivale á matarlos, mientras que usted puede, con su laboriosidad y su celo, ganarse el sustento en cualquier parte...„

¡Y firmó mi cesantía!

En vista de esta conferencia del ex-funcionario, hemos llegado á comprender que en esta vida conviene trabajar poquito...

Y con fruto.



LAS

CIGARRERAS



Bien sabe Dios que ellas no tienen la culpa de que sean infumables los cigarros del estanco; pero algunas veces le entran á uno deseos de situarse á la puerta de la Fábrica y decir á las cigarreras:

—*¡Asesinas!*

Las hay preciosas. Esto lo sé por un ex-

director general de Rentas, que me decía melancólicamente:

—Si viera usted qué *funcionarias* tenía yo á mis órdenes... ¡Hombre! Me hubiera dejado pegar por algunas, sin exhalar una queja ni instruirles un mal expediente.

No han venido á la tierra para hacer pitillos tan sólo. Su misión es más importante y menos perjudicial para los pulmones. Han nacido también para que las vean los extranjeros y vayan diciendo á su país:

—¡Oh! ¡Qué mujeres se dedican en España á la elaboración de *petardos* nacionales! El tabaco es arena; el papel produce intoxicaciones; pero ¡qué cigarreras cría aquel país!

Muchos jóvenes de temperamento nervioso andan por ahí con los ojos medio apagados y el labio caído, y cuando se les pregunta:

—¿Qué es eso, Peñarandita?

Ellos contestan, lanzando un suspiro:

—¿Qué ha de ser? Una cigarrera que me tiene así.

—¿A causa del amor?

—No; á causa de las trompadas que me dió anoche en este ojo.

En sus ímpetus amorosos, las cigarreras son terribles; y cuando se deciden á amar, dicen á los pretendientes:

—Yo hablaré contigo porque me gustas y porque tienes gracia... y tal; pero te *alvierto* que en cuanto que me faltes, te corto la cara, *ú* más, si á mano viene.

No hace muchos días que don Honorato, tendero de clases pasivas, se declaró á una cigarrera en el café del Sur; y ella, que no estaba de humor, fué, cogió una chica de cerveza clara y se la rompió en las costillas.

Son así: espontáneas en el pegar y blandas como la jalea cuando se determinan á hacer la felicidad de un chulo feo.

¡Cuántos de éstos vivirían privados del natural alimento y de los pudorosos calcetines si no hubiese en el mundo cigarreras bienhechoras! Ellas vienen á ser las nodrizas espontáneas de los toreros de invierno, que están *parados* todo el año económico y no tienen bienes inmuebles, ni ropa interior, ni catre, ni pitillos, ni nada.

El día que cerrasen la fábrica de tabacos morirían de inanición muchos jóvenes de chaquetilla corta y pelo pegado, á menos que no se dedicaran á diputados á Cortes ó á tenores de zarzuela.

Por de pronto, el amante de la cigarrera fuma *escogidos,* y tiene un par de duros todas las semanas para echar unas copas y poder convidar á un amigo.

Mientras él saborea los pitillos de elaboración esmerada, nosotros, ¡los que



carecemos de dotes personales y no so-

mos amados por las cigarreras, fumamos algodón en rama, virutas, espinas de bacalao y fragmentos de cebolla en putrefacción.

Hay pitillos del estanco que son verdaderos almacenes de frutos coloniales y del reino.



No hace muchos días que un amigo nuestro encontró dentro de un cigarrillo los efectos siguientes: un clavo, una horquilla, dos botones y varios pelos de señora.

Las cigarreras dicen á propósito de esto:

—Nosotras, al ver la mala calidad del tabaco, nos compadecemos del

fumador y amenizamos los cigarrillos con géneros variados.

Por eso, cuando las cigarreras elaboran los pitillos, se preguntan:

—Oye, Nemesia: ¿tienes por ahí algo usado... que no te sirva, para meterlo en los pitillos de treinta y cinco?

—Ya se me ha acabado el relleno. ¡Como no quieras meterle un poco de azúcar de pilón que me sobró anoche cuando estuve en el café con aquel *arrastrao!*...

—Haz el favor, mujer, que me da lástima acordarme de los pobres señoritos que van á fumar el tabaco *solo*.

Todavía no se ha podido averiguar dónde esconden las cigarreras el tabaco que destinan á sus hombres. A la puerta de la fábrica se coloca una matrona encargada de pasar revista á todas las operarias.

—A ver, ¿qué bulto es ese?— pregunta la revisora.

—¿No lo ve usted, ú es usted burriciega?

—Bueno; pero...

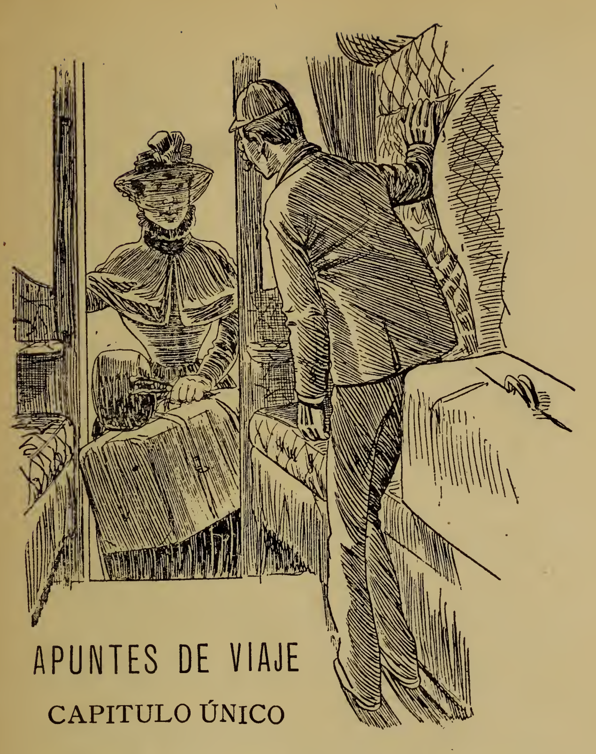
—Abra usted los ojos. Todo esto es carne natural. ¿Qué *sabía figurao* usté?

Al parecer no se llevan más que sus propios encantos personales; pero el *Tripa*, el *Boceras* y el *Chato*, fuman de real orden; es decir, fuman gratis por arte y virtud de

una *Menegilda* cualquiera de la Fábrica, que les ayuda en sus tribulaciones.

—*Lo cual que*—como decía una operaria—si no fuese porque *una* puede *osequiar* á los amigos de tan en cuando, ¡cualquier día aguantaba yo á la Compañía Tabacalera!





APUNTES DE VIAJE

CAPITULO ÚNICO

DE CÓMO SE PUEDE HACER EL BUEY EN FERROCARRIL

Va á partir el tren, y una mujer encantadora y elegantemente vestida, penetra en el coche.

—Dispense usted, caballero—me dice con voz dulcísima.

Yo la miro con ojos de enamorado futuro, y contesto galantemente:

—Dispensar... ¿por qué? Todo lo contrario. La soledad me aburre.

Después comienzo á ayudarla en la difícil operación de colocar en la rejilla un lío conteniendo mantas y paraguas, un saco de noche, una cesta y otros bultos no menos distinguidos.

Suena el pito del jefe de estación, la máquina lanza un resoplido, y el convoy se pone en movimiento.

—¿Va usted muy lejos?—pregunto á mi hermosa compañera de viaje.

—A Valladolid—me contesta

—Voy á tener el gusto de viajar en su compañía durante unas cuantas horas—replico.

Y desde aquel instante, me considero el hombre más feliz del mundo.

Ella habla poco, y procura rehuir mis miradas ardientes; yo me agito sobre el asiento, como si estuvieran frotándome la piel con pelos del bigote de Bofill.

¡Qué bellísima criatura! ¡Qué aire de distinción! ¡Qué majestad en los movimientos! ¡Qué fisonomía tan severamente bella!

Es una señora principal. Tal vez una dama ilustre, que viaja sola por capricho, ó quizás una casada, que va á reunirse con su esposo.

¿Quién será el mortal afortunado? Algún regente de una Audiencia territorial, ó algún título del reino, ó algún exministro de la corona. ¡Oh, feliz marido!

En las Navas ofrezco á mi hermosísima compañera un botijo de leche. Ella rechaza el agasajo con delicadeza.

—No cabe duda—digo hablando hacia adentro;—es una aristócrata.

Mi ingrata desconocida abre la cesta de los comestibles y extrae un salchichón que parece una escopeta de dos cañones.

—¿Gusta usted? - me dice.

Yo como una raja en silencio; después entablamos el siguiente diálogo:

—¿Es usted aficionada á los viajes?

—No, señor. Viajo por necesidad. Voy á reunirme...

—¿Con su esposo?

— No, señor; con una tía.

—¡Oh tía feliz!

—¿Por qué?

—Porque puede verla á usted todos los días.

Ella sonríe, coge un frasco del fondo de

la cestita y lo acerca á los labios. ¿Qué beberá? Algún licor delicioso.

No; es vino, vino común.

También los ángeles beben vino.



Después se limpia con el dorso de la

mano derecha los finísimos labios. ¡Qué genialidades las de estas señoras aristocráticas! ¿No tiene una servilleta al alcance de la mano? ¿Por qué no la usa?

No sé cómo reanudar la interrumpida conversación, y me propongo hacer nuevas preguntas.

¿Qué la preguntaré? ¡Ah, sí!

—¿Le gusta á usted el cabrito asado?

Ella se echa á reir, como burlándose de mi simpleza. Tiene razón; no sé lo que me digo.

A medida que nos acercamos al término de su viaje, noto que mi razón se turba, y me siento más conmovido, más respetuoso con mi hermosa compañera.

Estoy resuelto á quedarme en Valladolid. No podré acostumbrarme á una separación violenta y terrible..

Porque yo amo á aquella mujer.

Sí, la amo...

Mi pie ha tropezado con el suyo, y ella no lo retira.

¡Dios mío! ¿Llegaré á ser amado por ella?

Después de algunos minutos de silencio, mi compañera suspira.

Aquel suspiro enciende en mi pecho una llama inextinguible; quiero levantarme é imprimir un beso apasionado en sus labios;

pero tropiezo con mi maleta y voy á dar de bruces contra la ventanilla.

—¿Se ha hecho usted daño?—me pregunta ella.

—No, no ha sido nada—digo yo limpiándo-



me las narices con la mayor finura posible

El tren marcha lentamente; nos acercamos á la estación de Valladolid. Es preciso separarnos.. No; yo no quiero renunciar al amor de aquella mujer.

—Pues bien - la digo.—Yo me quedo aquí.

—¿Cómo?

—Yo estoy loco de amor.

Y me arrojo á sus pies, desatándome en sonora lluvia de besos ardientes que imprimo en su mano.

—¿Qué hace usted?—dice ella tratando de incorporarse.

Todo es inútil. Yo estoy loco.

Pero en aquel momento aparece en la portezuela el revisor de los billetes, y tengo que suspender mi tarea amorosa.

Hecha la revisión, ella y yo bajamos al andén.

—Nos volveremos á ver, ¿no es cierto?—la pregunto.

—Sí—dice ella.

—¿Cuándo?

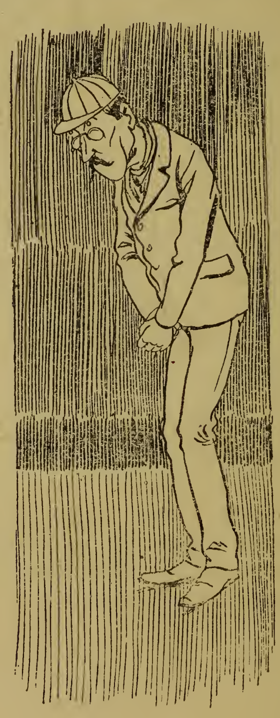
No pudo contestarme, porque en aquel momento un hombre de chaqueta corta y gorrilla de seda se acercó á mi hermosa desconocida, y soltándola un par de lapos sonoros, la habló así:

—Sabía que llegabas y he venido á esperarte, ¡so pendón! y te voy á señalar la cara

pa que otra vez, cuando te marches, no me dejes sin recursos.

Yo tuve que apoyarme en un guardia civil para no caer desmayado, y entonces oí decir á un empleado de la línea:

—Es la *Moño torcido*, que se escapó á Madrid con un comisionista y la estaba esperando su *gaché* para encenderla el pelo.





CAMORRISTAS

Hay sujetos que se pasan la existencia amenazando á todo el mundo, y un día *¡tras!* les pegan dos bofetadas... y ya no se les vuelve á ver el pelo.

Nada más fácil que ser "valiente público."

Tengo yo un amigo intitulado Rodríguez, casado, con reputación de fiera, que excita en el café la admiración de sus contertulios todas las noches, porque refiere proezas asombrosas y asegura que ha estado á punto de matar á un tío carnal, y á un guardia civil de caballería, y á dos ó tres aguadores que le habían pisado en la calle sin querer.

Los contertulios prorrumpen á cada paso en exclamaciones de asombro, y alguno cree firmemente que no hay quien falte á Rodríguez, porque es hombre que le pega un tiro á su sombra, y después se come el cadáver con salsa verde.

Pero yo conozco á Rodríguez como si lo hubiese llevado en mi seno, y conozco á su mujer, que es de carabineros, ó, por mejor decir, que es hija de un sargento de este instituto.

Rodríguez, el héroe, no osa levantar los ojos delante de su mujer, y en más de una ocasión le he sorprendido fregando la mesa de la cocina.

—¿Dónde está Rodríguez?—he preguntado al entrar en su domicilio.

—Está castigado,—me ha dicho su consorte.

—¿Por qué?

—Porque es un adán y un sinvergüenza. Hace ocho días que se compró unas botas, y ya las tiene destrozadas.

—Pero, señora...

—No le disculpe usted. Hoy no sale de



casa, y le he impuesto la obligación de fregar las maderas de la cocina hasta dejarlas como los chorros del oro.

¡Cuántas bofetadas ha recibido en este mundo el señor de Rodríguez!...

Una vez fué á verle el hijo de la lavandera para que le pagase la ropa; y como Rodríguez es un camorrista atroz, se puso á decir picardías y á insultar al lavandero prematuro. Entonces éste cogió el talego de la ropa y se lo metió á Rodríguez por la cabeza; después se sentó encima y fumó un pitillo sobre la personalidad temible de aquel sujeto.

Gracias á su esposa, pudo Rodríguez salir del talego y dedicarse á sus ordinarias ocupaciones.

Cuando los del café le ven entrar con chirlos en la cara, al momento le preguntan:

—¿Qué es eso? ¿Ha tenido usted alguna cuestión?

Y él contesta:

—¡Pchs!... ¡Nada! Le he dado tres puntapiés á un mocetón que no cabe por esa puerta.

—¡Caramba! ¡Qué genio tiene usted!—dice uno de los circunstantes.

—Aunque me quiera contener, no puedo,—contesta Rodríguez.

—Eso está en la masa de la sangre, ¿verdad usted?

—¡Naturalmente! Ya nace uno así.

Yo, que estoy en el secreto, sé que los chirlos proceden de las uñas de doña Ramona, la carabinera, que araña á Rodríguez un día sí y otro no, por un "quítame allá esas pajas „

Los valientes de chaqueta abundan también que es una bendición.

En cuanto beben cuatro copas ya no hay quien pueda reprimir sus ímpetus.

—Vamos, Chato—dice el tabernero,—á ver cómo *tiés formalidá* y dejas la *custión* tan y mientras que estés en mi casa. Ya sabes que aquí no quiero broncas.

—Es que á mí *naide* me dice que soy un *méndigo necesitao*.

—Son cosas de los hombres—añade el industrial.

—Porque yo le doy dos *puñalás* á ese *boceras*.

—Eso lo vamos a ver *mu* pronto—contesta el aludido.

Y sobre el tema de las puñaladas y los bocados en la nuca, y los puntapiés salva sea la parte, discuten acaloradamente dos camorristas de profesión, y se ponen como trapos, sin que la cosa pase de ahí.

—Yo á ti te pongo los *deos* en la cara—dice uno.

—¿A mí? No ha *nacío* quién.

—¡Maldita sea!... ¡A este hombre lo mato yo!...

—¿A mí? *Quisiá* verlo.



—Muchachos—dice el tabernero,—no tenéis decoro *presonal*, ni educación de per-

sonas, ni nada, mayormente. Si no calláis, os *esnuco.*

A fuerza de insultos, uno de los valientes saca la navaja, y los amigos se precipitan sobre él para evitar una catástrofe. El otro contendiente, contando con la intervención del público crédulo, hace brillar á su vez el arma terrible, y por algunos momentos reina en el establecimiento la más espantosa de las confusiones.

Pero no se derrama una sola gota de sangre, ni pierden una sola muela los camorristas, ni deja de sonar acompasadamente la péndola del reloj.

El tabernero y los amigos consiguen aplacar la ira de aquellas fieras, y todo se resuelve al fin y al cabo en medio de la mayor armonía y el dulce copeo.

Una hora después los camorristas, cogidos del brazo, salen á la calle, y allí...

Allí faltan de palabra á un transeunte pacífico que se retira á su hogar tranquilamente.

Y el transeunte rompe su bastón en las costillas de los dos bravos, que salen corriendo como liebres y no cesan de correr hasta la taberna más próxima, donde se preguntan con mal disimulado pavor:

—Pero... ¿con qué pegaba aquel hombre?

—Yo creo que con una carabina.

—Ya ves tú, ¿quién se mete á pelear con un hombre que lleva armas de fuego?

—Eso digo yo.

—Lo que voy á hacer en cuanto le vea es darle dos *manguzás,* para que escarmiente.

—Eso, eso... y mientras, que nos traigan unas copas.





LOS PERSEVERANTES

Son unos seres que viven consagrados á la persecución de un ideal cualquiera.

La perseverancia nace con el hombre, y no hay medio de sustraerse á su poderoso influjo.

El perseverante llega á Madrid sin dinero, sin posición y sin ropa, y á la vuelta de un par de años, resulta diputado provincial, ó administrador de fincas rústicas y urbanas, ó escribano de número, ó teniente alcalde.

Sus primeros trabajos los realiza en la casa de huéspedes.

¿Cuánto me va usted á llevar por el pupilaje?–pregunta á la patrona.

—Pagará usted diez reales, y la ropa por separado.

—Doña Ascensión, ¿qué está usted diciendo? ¿Diez reales? ¿Cree usted que soy algún vista de aduanas procedente de Cuba?

—Los comestibles están por las nubes. No compra usted un conejo, aunque haya fallecido de muerte natural, por menos de dos reales y medio.

—Yo como poco.

—Menos come un juez que tengo en el gabinete, que deja intacta la salsa de las albondiguillas, y sin embargo, me da tres pesetas y el vino aparte.

No por eso se desilusiona el perseverante, y después de recorrer seis ó siete casas de huéspedes en busca de mayores ventajas, reemprende sus gestiones cerca de

doña Ascensión, á quien saluda todas las mañanas en estos términos:

—Vaya, póngase usted en razón. ¿Me quedo por las dos pesetas, incluyendo la ropa blanca? ¿Sí ó no?

La buena señora tiene que acceder al fin y al cabo, y nuestro hombre se mete en la casa diciendo para sí:

—No hay como ser consecuente y saber brujuleárselas. Si el hombre tuviese bastante perseverancia, llegaría á vivir de balde en las casas de huéspedes, y aun podría sacarle una subvención á las patronas.

El hombre perseverante no entra en un café como entran los demás mortales, para pasar el rato, ni va á paseo con el propósito de hacer ejercicio, ni acude á los teatros para ver la función: él va á todas partes en busca de algo que necesita, y no ceja hasta encontrarlo.

Se propone, por ejemplo, celebrar una conferencia con un ministro para ver si le saca una credencial, ó un estanco, ó un billete de 100 pesetas. Pues ya le ha caído la lotería al alto funcionario.

—¿Está visible don Fulanito?

—No, señor; acaba de encerrarse con una señora.

—¡Caramba!

—No vaya usted á creer nada malo. Es una señora que tiene un plan de Hacienda, y se lo viene á dar.

—Bueno; y diga usted: ¿cuándo podría ver al ministro?

—Recibe el lunes, á eso de las nueve.

—Tengo que verle antes... Vaya, abur.

El perseverante acude dos veces al día al domicilio del ministro, pero sus esfuerzos resultan estériles. Entonces se decide á pararle en la calle, y le espera horas y horas á las puertas del Congreso.

—Excelentísimo señor—le dice.—Yo soy Angúlez, con la carrera de perito agrónomo concluída y con una cruz de Isabel la Católica sencilla, que me dieron en premio de mi constancia.

—Bueno, ¿y qué?

—He venido á Madrid confiando en la amabilidad de V. E., á quien respeto. Yo he sido el que denosté públicamente á los sublevados del 19 de Septiembre en el café de San Antonio, y por poco me tira un panecillo á la cabeza un parroquiano progresista.

El ministro no tiene en cuenta todos estos merecimientos, y le despacha con media docena de disculpas; pero Angúlez ha formado su propósito, y desde aquel día

acude al Ministerio, á las Cortes, al teatro, á todos aquellos sitios donde espera encon-



trar á su salvador para decirle respetuosamente:

—Señor, soy Angúlez, el perito agróno-

mo, con la cruz de Isabel la Católica sencilla.

Cuando han pasado veinticuatro horas sin tener el gusto de echarle al ministro la vista encima, Angúlez le dirige cartas respetuosas suplicándole que no le olvide, porque su situación es ya insostenible y está



expuesto á que le eche la patrona, etc.

Angúlez, en la portería del Ministerio:

—Buenas noches.

El portero, con mal humor—Felices.

Angúlez.—¿Está usted malo, señor de Rodríguez?

—No.

—Creía... ¡Caramba! ¡Qué á gusto se está aquí! ¡Buen brasero tienen ustedes!... ¿El señor ministro no habrá venido, eh?

—No.

—Pero yo supongo que vendrá... ¿Quiere usted un cigarrito, señor de Rodríguez?... ¿Viene todas las noches?

—Algunas.

—Parece que no, pero un ministro tiene bastante que hacer... Es muy buena persona... Y dice usted que viene casi todas las noches, ¿verdad?

Y Angúlez, á fuerza de cumplidos, consigue que los porteros le consideren ya como de la casa, merced á lo cual no entra una sola vez el ministro sin que él le vea y le hable, hasta que, para quitársele de encima, le da una colocación, no sin decirle con acento mal humorado:

—¡Tome usted, Angúlez; tome usted, y permita Dios que le salga un divieso en la lengua!

Hay perseverantes á docenas.

A esta clase pertenecen los que coleccio-

nan sellos de franqueo; los que construyen casitas de cartón, y los que se dedican á la cría de canarios.

Los perseverantes consiguen todo cuanto se proponen: entran en los teatros sin pagar el billete, obtienen autorizaciones para viajar gratis, y asisten á todas las funciones que da el Gobierno cuando se casa un Soberano, ó se muere un personaje, ó coronan á un genio ministerial.

Para ello tienen necesidad de hacer uso de su actividad prodigiosa, y van, vienen, molestan, bullen, solicitan y aburren á todo el género humano.

Basta decirles:

—¿Sabe usted que se proyecta una corrida de toros á puertas cerradas, en que pondrán banderillas los ministros del Tribunal de Cuentas?

—¿Qué me cuenta usted?—contesta el perseverante.

Y no haya temor de que se quede sin billete, porque, en último término, se presentará en casa del director de la lidia, y le dirá con los mejores modos del mundo:

—Venía á ver si podía concederme usted un billete para la corrida burocrática del lunes.

—No puede ser.

—Entonces solicito una plaza de mono sabio.

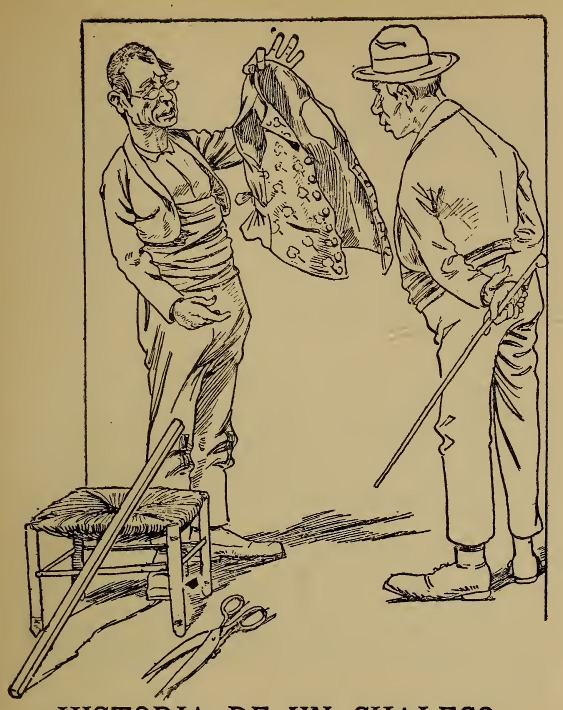
—Todas están repartidas.

—Entonces una de mulillero.

—No hay ninguna.

—Pues entonces, permítame usted que salga en clase de caballo. Yo no me quedo sin ver la corrida; porque á perseverante me ganan pocos.





HISTORIA DE UN CHALECO

I

Pues, señor, yo, aunque me esté mal el decirlo, nací en Puenteáreas.

Soy de terciopelo, color de aceituna, y

tengo unas florecillas blancas de seda, bordadas al realce, que me cogen desde el cuello hasta más abajo de los bolsillos, salva sea la parte.

Mi padre era un honrado menestral, que me *confeccionó* por encargo de un caballero ridículo para lucirme en la fiesta del pueblo. Era regidor municipal y había querido sorprender á sus colegas con mi presencia.

Mis compañeros de gala eran una levita negra de luengos faldones y estrecha solapa; un pantalón á cuadros; una corbata de raso azul, que descansaba sobre mí, agobiándome con su peso, y un sombrero de felpa alto y puntiagudo que, según opinión del secretario del Municipio, se asemejaba á una columna mingitoria.

Esta frase fué pronunciada en voz baja por el funcionario aludido, cuando mi poseedor hacía su entrada en el salón Consistorial.

Yo la oí perfectamente y no pude menos de suspirar hacia adentro, diciendo para mis forros:

—¡Cuán grande es la maldad del hombre! He aquí uno que vendrá á estrechar la mano de su amigo después de escarnecerle.

El secretario vino, en efecto, á saludar á mi amado poseedor.

—¡Bonito chaleco!—le dijo.

—¡Hombre! ¿Lo estrena usted hoy?—añadió el alcalde.

—Es de muy buen gusto,—siguió diciendo el secretario.

Mi dueño se ensanchó de satisfacción, hasta el punto de hacerme daño con su abdomen.

Yo experimenté un verdadero placer en medio de todo, y sentí halagada mi vanidad de prenda de vestir.

De buena gana hubiera gritado:

—Ustedes me confunden. Yo no merezco esos elogios.

Pero me contuve, y seguí deslumbrando con mi belleza á la corporación municipal.

Después salí á la calle; es decir, me sacó mi dueño.

II

Recorrimos las calles de la villa, y hasta después de una hora no supe que aquel continuo caminar tenía por objeto exhibir en procesión á la Virgen de los Remedios, pa-

trona milagrosa de la localidad, según todas las probabilidades.

Ibamos, pues, en procesión, y bien elocuentemente lo demostraban los sonidos inarmónicos de una banda de música que nos seguía, llenando el aire de notas y las cabezas de dolores agudos.

Mi dueño sudaba la gota gorda.

Me sentí húmedo.

Y después me descosí por la espalda.

¡Ah!

III

A las tres de la tarde nos hallábamos la levita, el pantalón y yo en un baúl de madera.

Mi dueño, terminada la ceremonia religiosa, había entrado en su casa hecho un mar de sudor, y, despojándose de la ropa, se había quedado en calzoncillos.

Yo fuí arrojado desdeñosamente sobre la cama; después, las manos ahumadas de una doméstica incivil me encerraban en el baúl de que antes he hablado, en compañía de mis vecinos el pantalón y la levita.

Quedamos sumergidos en las tinieblas.

Y así pasamos nueve horas.

IV

A las doce de la noche la tapa de mi baúl se abrió, y una mano amiga vino á cogerme por la parte de abajo.

—¡Maldito chaleco!—dijo una voz.

Era la de mi dueño.

—¿Qué pasa? preguntó la doméstica.

—Que se ha descosido por la espalda.

Me eché á temblar.

Iban á coserme.

Unos segundos después la aguja penetraba en mi tela, atormentándome cruelmente.

V

Entramos en el baile.

Al pasar cerca de unas señoritas, una de ellas exclamó dirigiéndose á su adlátere:

—¿Has visto qué chaleco lleva don Fructuoso? ¡Qué cursi!

Estas palabras fueron para mí otros tan tos dardos que se introdujeron en el algodón en rama que me servía de rehenchido.

Sólo yo sé cuánto sufrí en aquella ocasión solemne.

Mi dueño sacó á bailar á la señorita que me había llamado cursi.

Y la hizo una declaración amorosa.



No pude oir lo que hablaban; sólo llegaron á mi oído estas frases, que mi poseedor pronunciaba con acento cariñoso:

—Ya que usted lo exige, prometo desprenderme de él.

Me estremecí.

—Con esa condición acepto el cariño que usted me ofrece,—dijo ella.

—Mañana mismo regalaré mi chaleco—añadió él.

Entonces lo comprendí todo.

Se trataba de arrojarme al fango.

¡Oh decepción!

VI

Mi dueño me regaló á un alguacil del Ayuntamiento.

¡Cuán grata fué para la familia del alguacil mi aparición en aquella casa!

El pobre hombre me miró con ojos de júbilo, y en seguida se dispuso á *probarme.*

¿Pero saben ustedes de alguien que se someta gustoso á un descenso inopinado de fortuna?

Yo no podía avenirme con la humildad de mi nuevo poseedor. Y eso que le estaba ni pintado.

—¡Vaya si es bonito!—decía la esposa del alguacil, contemplándome con orgullo.

—¿Sabes lo que pienso?—añadió el mari-

do:—que es prenda demasiado lujosa para un alguacil.

—¡Tonto!

—¿No crees que haríamos bien en venderle?

—Siempre has sido ambicioso.

—No es eso, sino que todo el que me vea con un chaleco así, va á creer...

—¿Qué?

—Que tenemos el oro y el moro, y habrá quien nos pida dinero prestado.

Los esposos se pusieron á reflexionar.

Y acordaron venderme.

VII

El alguacil me vendió á una prendera, y la prendera á un caballero anciano.

Y el caballero anciano me remitió á casa de su zapatero para que me deshiciera.

¡Tiemblo al recordarlo!

Iba á ser convertido en babuchas.

Se me condenaba á un cambio de situación harto denigrante para quien, como yo, aunque chaleco, era muy decente.

El caballero había dispuesto que con mi tela se le forrasen unas zapatillas para andar por casa.

Me desmayé.

Cuando volví á la razón, ya no era el mismo. Estaba desconocido, mutilado, desmejoradísimo.

Cinco minutos después dejaba de existir.



VIII

Hoy que vivo en el mundo de los espíritus y vago por los espacios para comunicarme tan sólo con un *medium* amigo mío, que es además tesorero de una Sociedad espiri-

tista, no ceso de exclamar en mis momentos de reflexión:

—La vida, cuando es honrada, llega á convertirse en carga pesadísima; y á vuelta de todo género de vicisitudes y decepciones, viene la muerte á sepultarnos para siempre en el olvido, transformándonos en babuchas...

¡No se puede ser chaleco decente!



CRÍTICOS

El año va a ser abundante en críticos.

Sabemos de muchos jóvenes completamente brutos, que piensan dedicarse á la grata cuanto productiva tarea de poner defectos á las obras ajenas, sin ver la viga en las propias.

Por de pronto, un conocido industrial literario piensa establecer una academia

preparatoria de críticos, por un precio módico mensual.

Cualquier hijo de familia sin ilustración ni dotes naturales, ni nada absolutamente, podrá adquirir en la nueva academia el baño de erudición que exige el oficio, á fin de que crean los ilusos que conoce la literatura de cabo á rabo, y que es un ser superior, encargado de expedir credenciales de *genio* á domicilio.

Por otra parte, no hay ocupación más cómoda ni que exija menos molestias.

Nace uno sin entendimiento bastante para escribir por cuenta propia, y ve con dolor que, en vez de cabeza, le ha salido un puchero.

—¿Y voy á quedarme sin exhibir mi firma en los periódicos?—se dice.—Pues no, señor; ya que no haga versos, ni artículos, ni comedias, voy á ver si puedo desacreditar los de mis semejantes.

Y se va á ver al director de un periódico cualquiera.

—Beso á usted la mano,—le dice.

—Servidor de usted.

—Usted no me conoce, ¿no es verdad?

—No tengo ese gusto.

—Pues yo soy crítico mordaz, desde hace cosa de año y medio.

—¿Su nombre de usted?

—Por el nombre no me conoce nadie todavía, porque todo lo que he escrito se lo mando á un hermano de mi madre, que está de registrador en Vélez y tiene muy buen criterio; pero ahora me he decidido á dar varapalos en las columnas de los periódicos. No crea usted que exijo remuneración, ni menos pensarlo; lo que yo deseo es desenmascarar á mucha gente que vive aquí de la pluma, y no sabe quién fué Espartero.

El director ve en el nuevo crítico un joven dispuesto á producir tempestades á costa de su pellejo, y amenizar con sus desvergüenzas las columnas del periódico, y le abre los brazos.

Desde aquel día, el joven campa por sus respetos, y llena cuartillas y más cuartillas para decir que Pereda es un novelista adocenado y que Campoamor no tiene ortografía, y que Valera carece de estilo, y que va á probar, como seis y dos son ocho, que aquí los únicos que saben escribir son él y una tía que tiene en Guatemala haciendo de monja.

Como nadie se cuida de contestar al crítico, ni hay quien se dedique á leer sus lucubraciones, el muchacho va adquiriendo la errónea convicción de que sus argumen-

14

tos son irrebatibles, y llega á decir en el café á los dos ó tres admiradores que le rodean:

—¡Valiente paliza le doy á Alejandro Dumas, *fils*, en el número de ayer de *La Ensaimada!*

—Sí, sí; ¡bueno le pones!

—¿Cuánto queréis apostar á que no me contesta?

—¡Como si lo viéramos!

Hay crítico de éstos que abandona la pluma á los dos ó tres meses de profesión, y se dedica á pedir pesetas prestadas, ó bien consigue un destino del Gobierno y se sepulta para siempre entre los legajos de una oficina.

—¿No escribe usted ya?—se le pregunta.

—No, señor; porque verá usted lo que son las cosas; mientras criticaba las obras de los literatos conocidos, jamás tuve el menor disgusto; pero un día me metí á criticar un prospecto que publicó un dentista de la calle del Gato, y me saltó dos muelas de una bofetada. Además, mi mamá vivía en un ¡ay! desde que me había hecho crítico, porque con la fuerza de la sátira me había salido una erupción por todo el cuerpo; y ella, como madre, creyó que era llegada mi última hora.

Para ingresar en la academia de que hemos hablado, sólo se exige saber leer de corrido, y escribir sin falsilla. Allí se obliga al alumno á aprenderse de memoria dos docenas de nombres propios, para citarlos en sus críticas como modelos dignos de imitar. Se le inculca el principio de que todas las obras modernas son malas de suyo, y se le mete la pluma en la mano, diciéndole:

—Anda y pega, que en el pegar no hay engaño. Cuando no tengas nada que decir en contra de las obras de un autor, procura zaherirle como vecino, ó como rubio, ó como picado de viruelas. La cuestión es molestarle, y conseguir que haya polémica, y que tu nombre salga de la oscuridad.

Por el camino de la crítica han conseguido empleos y otros gajes varios chicos que no tenían más ropa que la puesta.

Hay quien vino á Madrid desde su pueblo para entrar de dependiente en una ferretería; pero lo pensó mejor, y se fué derecho á la prensa, donde hizo su presentación en esta forma:

—Venía á ver si hacia falta un crítico barato.

—Hombre, no, dijo el director del periódico. Lo que me hace falta estos días es una

ama de cría con leche fresca, porque va á dar á lùz mi señora.

—¡Caramba! ¡Cuánto siento no poder servir para el caso! Pero si usted quiere, puedo quedarme como crítico y ama seca.

—Perfectamente; quédese usted.

Y el crítico escribía por las mañanas en la redacción, y por las tardes sacaba á paseo á los niños; de modo que en aquella casa se le tomó una simpatía tan grande, que cuando sobraba carne del cocido, en vez de dársela al aguador, se la guardaban al crítico; y toda cuanta ropa desechaba el amo, al crítico iba á parar.

Hoy ocupa un puesto importante en la Administración pública, merced á la protección de su amo, que aún le dice una vez que otra.

—Pepe: ahora que no nos ve nadie, límpieme usted las botas; desde que no me hace usted esta operación, no encuentro quien sepa sacarme lustre.

Cuando la crítica era privilegio exclusivo de los seres superiores, los simples mortales nos sometíamos respetuosamente á la censura ilustrada, y no osábamos alzar la voz en sentido de protesta. Hoy que cualquier infeliz ejerce de crítico, como podría ejercer de barbero ó de quitamanchas, lee-

mos un artículo en que se nos pone de oro y azul, y, en vez de entristecernos, nos echamos á reir.



No hace muchos días que vino á vernos,

con una carta de recomendación, cierto joven pálido y ojeroso, envuelto en un gabán color de canela.

—¿Qué desea usted?—le preguntamos.

—Desearía entrar en un periódico... Usted debe de conocerme.

—No, señor.



—Yo soy Honorato Barbilla, crítico y calígrafo.

—¡Ah, sí!

—He criticado las obras de todo el mundo, y las de usted principalmente; pero veo que nadie me contesta, y estoy decidido á arrojar el escalpelo. Ahora busco una plaza en una redacción cualquiera...

—¿Para escribir noticias?

—No, señor; para escribir las fajas. Me conozco bien, y sé que esto es lo único para que sirvo.



DE UN LIBRO INEDITO

La siguiente relación forma parte de un libro que verá pronto la luz.

Está escrito por un joven poeta alhamino, y se titula así:

EL AMOR Y LOS TERREMOTOS

por

ANICETO TRAMPILLA

Copiaremos un fragmento que nos ha facilitado la mamá del poeta, una de las señoras más gruesas y una de las poetisas más inspiradas de la Península. Se conoce que el chico es poeta por herencia.

Dice así el fragmento;

—

Efigenia había presenciado la catástrofe.

El día 23 de Diciembre fuí á rondar su reja, y ella me arrojó un papelito envuelto en un alfiletero.

El papelito decía así:

"Vien mio; mama te hódia cada ves maz. Va á ber cisco; sálbate.—*Efigenia.*„

Desde entonces el cielo de mi amor comenzó á cubrirse de densas nubes, que teníian la forma de las papalinas que usaba doña Frasquita, la mamá de Efigenia, para andar por casa.

¡Oh!...

Una noche me retiraba de la botica, donde había estado jugando al mus con el al-

béitar y el barbero, y sentí que me cogían por los pelos del cogote.

Me estremecí.

—Eres un esgalichao y un sinvergüenza,—dijo una voz para mí muy conocida.

Después sentí que me daban hasta tres mojicones consecutivos, y reconocí la mano venerable, pero dura, de doña Frasquita.

—El día que te vuelva á ver rondando á la muchacha, voy á comerte vivo. ¡So nadie! ¡So títere! ¡So pendonazo!...—gritó desesperadamente.

No supe qué decirla. Por mi gusto, la hubiera ahogado allí mismo; pero me contuve por respeto á sus entrañas. El recuerdo de Efigenia, que había residido allí, detuvo mi mano, y me arrojé á los pies de aquella madre irritada, que parecía una loba, aunque sea mala comparación.

—¿Con qué cuentas tú para mantenerla, pedazo de bruto?—dijo, dándome en la cabeza con un cucurucho de arroz que acababa de comprar en una tienda próxima.

Quise contestarle; pero el cucurucho, al romperse, había derramado el arroz sobre mi cabeza, y los granos, introduciéndose entre el pescuezo y la camisa, me producían un picor, sólo comparable al que se

siente oyendo pronunciar un discurso á Becerra.

Doña Frasquita, después de apoderarse de mi bigote, me llamó feo y mal encarado, y desapareció calle arriba.

Yo me quedé en mitad del arroyo hecho un adoquín humilde, y pensé en Efigenia y en los días plácidos que habíamos pasado juntos debajo de una higuera de su huerto, antes que doña Frasquita sorprendiera nuestros puros amores.

No sé cuánto tiempo permanecí en la calle. Sólo recuerdo que á la mañana siguiente iba á echarme ya en el carro de la basura el barrendero del Municipio, cuando volví á la razón.

Aquella tarde la pasé entera luchando con el deseo y el temor. La imagen de doña Frasquita aparecía ante mis ojos más amenazadora y más fea que nunca. Mi imaginación la veía con una sartén en una mano y el cuchillo de la cocina en la otra. De sus labios brotaba esta frase terrible:

—¿Con qué cuentas tú para mantenerla, so pendonazo?

Después me introducía el mango de la sartén por un oído, y acababa por cortarme en rajitas como si fuera una merluza.

El amor triunfó al fin, y cobrando alien-

tos, me dirigí á la calle en que vivía Efigenia.

Ella estaba en la reja.

—¿Me amas siempre? — la pregunté.

—Sí—contestó ella tirándome á la cara un clavel de trapo que adornaba sus cabellos.

—¡Agua va! gritó doña Francisca apareciendo amenazadora por detrás de Efigenia, y arrojándome encima el contenido de una palangana.

Huí despavorido.

Cuando, algunos minutos después, entraba en mi casa corriendo

como un loco, mi buena é inspirada madre comenzó á dar gritos.

—¡Un negro! ¡Socorro!—decía, tratando de ocultarse en su habitación.

—Soy yo, mamita de mi alma—la contesté.

—¿Tú? ¿Quién te ha teñido así, hijo de mi corazón?

Entonces lo comprendí todo.

Doña Frasquita había vertido sobre mi cabeza el agua de campeche que ella usaba para teñirse el pelo.

—Es necesario que renuncies á ese amor, dijo mi madre. Doña Frasquita acabará por estropearte el físico con vitriolo.

Esto ocurría el 26 de Diciembre por la tarde. El cielo estaba negro como boca de doña Frasquita. Yo me había colocado delante del espejo, y trataba de quitarme la tinta con un estropajo, cuando sentí que la habitación oscilaba.

—¿Estás moviendo los muebles?—me preguntó mi madre.

En aquel momento cayó encima de mi cabeza, contra la cual se hizo añicos, un busto de Garibaldi que adornaba una de las esquinas del tocador.

—¡La casa se mueve!—gritó mi madre con espanto.

—¡Esto debe ser cosa de doña Frasquita!—pensé yo.

Pero el estrépito y los lamentos de dolor que llegaban hasta nosotros procedentes de la calle, me hicieron pensar que algo terrible ocurría en el pueblo; y acordándome de Efigenia, salí de mi casa para dirigirme á la suya. ¡Qué espantoso cuadro!

La casa de Efigenia se tambaleaba como si se hubiese metido debajo un ejército de doñas Frasquitas.

Rápido como un venablo penetré en la habitación de Efigenia. La oscuridad era absoluta. Busqué á tientas el bulto amado, y lo hallé en el sofá respirando fatigosamente.

—¡Es ella, sí!—grité en el paroxismo de la desesperación.

Y cogiéndola entre mis brazos, eché á correr como un demente.

No sé cuánto tiempo duró mi vertiginosa carrera.

No sentía la fatiga ni el desfallecimiento; pero al verme en el campo libre ya de todo peligro, dejé en el suelo mi preciosa carga, y me limpié el sudor que bañaba mi rostro.

Ella no había vuelto en sí.

Entonces quise reanimarla con el calor

de mis besos, y acerqué á los suyos mis trémulos labios...

Ùn grito de dolor se ẽscapó de mi pecho. ¡Tiemblo al recordarlo!...

¡Aquella mujer era doña Frasquita!





ISIDORA

Isidora había quedado huérfana á los treinta y siete años; y gracias á que madame Chirot, dentista de Cámara é inquilina del cuarto principal de la misma casa, le había dicho con toda la solemnidad propia de las circunstancias:

—Yo serré la segonda madre de osté, Sidorrita.

A no ser por este ofrecimiento generoso dentario, Dios sabe las desgracias que hubieran oscurecido la pura frente de la virgen huérfana.

Porque Isidora era tímida é inocente como una codorniz, y en cambio los hombres son todos unos tunos.

Muchas veces, cuando la melancolía hacía presa en su corazón, Isidora bajaba al cuarto de Mad. Chirot y se arrojaba en sus brazos gimiendo.

La dentista entonces empezaba por preguntarle:

—¿Le duele á usted alguna muela?

—No es muela; es el alma —decía la joven.

—Sufra usted poco, Sidorrita. Sofriendo mucho se estropea el esmalte de los dientes...

¡Inútil recomendación! La huérfana no podía acostumbrarse á su soledad forzosa, y cada vez que al bajar las escaleras veía en el portal el escaparate muestrario de Mad. Chirot, donde, entre otros utensilios, figuraba una cabeza de joven rubio, con cuello postizo y pelos de estambre, el corazón de Isidora latía con violencia.

—¡Ay! ¡Si pestañeara!...—decía para sí.

Pero aquella situación no podía durar mucho tiempo. Isidora era bella relativamente, y así debió comprenderlo un joven lánguido, de mirada expresiva y chaquet color de canela. Este joven comenzó á pasear la calle en que vivía Isidora y á dirigir los ojos al balcón.

Ella le miró con enternecimiento. Él se llevó la mano á la boca, tal vez para lanzarle un beso imaginario: el beso de un alma que busca otra alma en el infinito.

—Madama—dijo Isidora á la dentista.— Yo soy objeto de asechanzas amorosas. Mire usted.

Y le mostró al joven del chaquet canela que se había metido en el portal y examinaba el escaparate de Mad. Chirot.

—Parece que está mal alimentado—dijo la dentista.

—Ya sabe usted que el amor no permite echar carnes—contestó Isidora.

El joven se pasaba la flor de su vida contemplando, ora el balcón de la huérfana, ora el escaparate de Mad. Chirot. Esto último lo atribuía Isidora al deseo de disimular.

—No quiere comprometerme—se decía;—por eso finge que examina los dientes del escaparate.

De pie en el balcón esperaba que se asomase su fiel canelo, y cuando le veía, sus mejillas teñíanse de un vivo carmín. Él á su vez, lanzaba hondos suspiros y se llevaba la mano á la boca.



—¿Lo ve usted? decía Isidora á madame Chirot. ¿Ve usted cómo me envía con disimulo besos ardientes?

—Apostarría cualquier cosa á que tiene un flemón— contestaba la dentista.

Ello fué que una tarde...

Pero pongamos al lector en antecedentes.

Godofredo de Chinchón, que así se llamaba el joven, era tímido; y antes de resolver cualquier asunto, por insignificante que

fuese, necesitaba consultar á todos sus parientes por ambas líneas de consanguinidad.

—Tengo que mandarme hacer unas botas—decía á lo mejor;—consultaré la opinión de las personas que me quieren bien.

Y hasta que no se resolvía el caso en consejo de familia, Godofredo andaba con las botas viejas, así se estuviesen cayendo á pedazos.

¿Amaba Godofredo á la huérfana? Esto es lo que no podemos contestar por ahora. Lo que sí diremos es que la casa habitada por Isidora era objeto de las miradas del joven.

El que hubiese examinado con atención á Godofredo, habría podido notar que tenía hinchado el carrillo derecho.

Una tarde Isidora salió al balcón, como de costumbre. El joven canelo estaba en el portal de enfrente, inmóvil como un macero y pálido como un albañil que se retira de la obra. Ella sonrió con cierta coquetería propia de las almas en estado de merecer.

Después el joven se llevó las manos á la boca, y lanzó un ¡ay!

El corazón de Isidora comenzó á latir con un apresuramiento impropio de una huérfana.

El acababa de entrar en el portal.

—¡Cielos! — exclamó ella. — ¡Osa llegar hasta mí!

El joven tiró del cordón de la campanilla, é Isidora, presa del temor natural, corrió á abrir.

—Señorita—dijo el joven clavando en la huérfana sus negros ojos.—Yo sufro.

—Lo había adivinado—contestó Isidora.

—Pero el temor natural me ha contenido hasta ahora.

—¡Oh!

—Estoy resuelto á todo.

—¿A todo?

—Sí, señorita; el dolor me mata.

—Supongo que no querrá usted abusar de mi situación — replicó ella. — ¡Estoy sola! ¡Absolutamente sola!

—Mejor; así nadie podrá interrumpirnos.

—¡Ah, caballero! Mis ojos me han vendido. Usted ha sondeado mi corazón desde la acera de enfrente, y es inútil que finja.

Godofredo se había puesto á contar unos cuartos que llevaba en el bolsillo, sin parar la atención en las declaraciones de Isidora.

—Hace un mes que llego todos los días á las puertas de esta casa sin atreverme á penetrar—dijo por último el joven apretán-

dose el carrillo.—Pues bien; empiece usted cuando guste.

Isidora abrió los ojos hasta lo indecible, en tanto que Godofredo, colocándose cerca de la luz, mostraba á la sorprendida huér-



fana el carrillo derecho, diciendo con voz entrecortada por la amargura:

—El flemón lo tengo arriba; pero la que más me duele es ésta de abajo.

—¿Qué dice usted?

—¿No es usted Mad. Chirot, la famosa dentista?

Isidora se estremeció.

Aquel no era un joven víctima del amor; era un apreciable sujeto con dolor de muelas...

Desde aquel día, cuando un hombre mira á la huérfana con interés, ella no puede menos de preguntarse, toda escamada:

—¡Dios mío! ¿Tendrá flemón ese joven?



UNO DE TANTOS

De todos los hombres conocidos que se pasean por Madrid, ninguno tan conocido como Julián; un chico alto, rubio,

que gasta lentes y fuma puro en boquilla.

Yo también le conozco mucho, y, sin embargo, no sé quién es, ni qué apellido tiene, suponiendo que tenga alguno; bien que tampoco me importa saberlo, pero puedo asegurar que él responde por *Julián*; que ha estado en muchas partes; que va al Salón de Conferencias, y á los toros, y á los teatros, á los cafés, y á los salones, y que le saluda medio Madrid con la mayor consideración.

Nadie sabe cuándo vino á la corte, ni á qué vino; no es literato, ni militar, ni artista, ni comerciante, ni siquiera empleado; pero es muy conocido, y en diciendo *Julián*, ya no se necesitan más señas para que todos exclamen: *¡Ah, sí!*

Viene al café muchas tardes, y se sienta entre nosotros; pero nos abandona al poco rato para ir á saludar á los actores que allí se reunen, después á los abogados, después á los toreros, después á los contratistas de obras públicas, y, por último, al encargado del mostrador.

Antes de salir á la calle, llama por su nombre al mozo y le habla al oído. Yo creo que debe decirle algo así:

"Mira, Sánchez, ahora no tengo suelto; mañana...

Al llegar á la puerta, se detiene ante un grupo de desocupados, el primer grupo que encuentra, porque él es así; y mete la cabeza exclamando:

—Buenas tardes, señores.

—¡Hola, Julián! - le dice uno.

—Hombre, tú que todo lo sabes: ¿es cierto que don Zoilo Pérez está escribiendo un drama? - le pregunta otro.

—Lo dudo - contesta Julián; - ayer estuve hablando con él, y no le noté nada.

A mí ya me tutea, y no hace más que dos días que me ha hablado por primera vez, bien que también tutea á Marcos Zapata, con ser más respetable.

La otra noche se encontró en la calle de Alcalá con Castelar, y oí que le decía:

—Adiós, don Emilio.

Ayer salía del Congreso conversando con Moret familiarmente, y no hace muchas horas que me enseñó un telegrama de *Lagartijo*, encargándole un banderillero que le hace falta.

Ahora verán ustedes cómo se las arregla Julián para ser tan conocido.

Si va al teatro, lo primero que hace es entablar conversación con sus adláteres, y como es un gran fisonomista, ya no se le despintan aquellas caras por mucho tiem-

po que pase, y en la primera ocasión oportuna, les detiene en la acera para preguntarles por los chiquitines.

Tiene entrada en los escenarios; así es que no se estrena drama ó comedia sin que él vaya á felicitar al autor y á darle abrazos estrechos, como si lo hubiera llevado en sus entrañas.

En el Salón de Conferencias no hay hombre político á quien no se acerque para preguntarle:

—¿Va usted á hablar hoy?

A lo mejor el interpelado es uno de esos padres de la patria que se pasan la vida diciendo sí ó no, como Jesucristo nos enseña, y ante tan inesperada pregunta contesta todo ruborizado:

—No, señor; no me gusta incomodar.

Pero guarda desde aquel instante, en el fondo del pecho, un tesoro de gratitud para Julián, que le ha atribuído dotes singulares y aptitudes que no posee.

Julián tiene frac, y se lo pone casi todas las noches.

—¿Vas de reunión?—le pregunta un conocido de los muchos que tiene.

—Te diré—contesta él;—me he vestido al buen tuntún.

Y una de dos: ó le presentan aquella no-

che en la *soirée* de una baronesa cualquiera, ó se va á cenar judías á la taberna del



tío Lucas. En las últimas carreras de caba-

llos le vi muellemente reclinado en la carretela de un banquero. A la mañana siguiente tomaba chocolate en San Isidro con uno que tiene prendería en la calle del Bonetillo.

Días pasados participó del banquete con que un conocido hombre político obsequió á sus amigos de confianza; aún no hace un mes, fué invitado por un literato eminente para asistir en *petit comité* á la lectura de su último drama; uno de estos días saldrá para Aranjuez á presenciar la prueba oficial de una trilladora, que sirve para trillar y para hacer las camas.

Es, en fin, Julián un hombre conocidísimo que ocupará, andando el tiempo, uno de los puestos más distinguidos de la sociedad española.

Por de pronto, ya le querían hacer gobernador de no sé dónde, y él no aceptó; porque dice, y dice bien, que no ha nacido para oscurecerse en una provincia y vivir sujeto á las veleidades de un ministro.

El mejor día le meten en *El Gran Pensamiento* ó le hacen vocal de la *Económica Matritense*, y él acepta por puro compromiso.

Pero entretanto, anda por ahí metiendo bulla y siendo objeto de los saludos de sus

coetáneos, la mayor parte de los cuales no saben quién es Pérez Galdós, y conocen muchísimo á este Julián, que se parece á otros varios Julianes sin pizca de conocimiento y á cual más conocidos.





CARAMBOLA, PÉRDIDA Y PALOS

Hombre... ¡gracias á Dios que se le ve á usted! Hace media hora que le espero... Y por poco nos quedamos sin mesa.

—Llame usted para que pongan los palos. Pues me he retrasado hoy por culpa de mi mujer. ¡Es lo más caprichosa! Se ha empe-

ñado en que la acompañase al teatro de la Comedia... ¡El teatro! Es cosa que no resisto: á mí, quíteme usted de mi billar, y soy hombre inútil para todo. ¡Hemos armado una pelotera!... Conque ¿cuántas partidas jugamos?

—Jugaremos un coto de seis.

—Corriente. Salga usted... ¡Buen recodo!

—A ver cómo tira usted ese doblete... ¿Conque su señora de usted es aficionada al teatro?

—¡Quite usted, por Dios! Y á salir de paseo, y á que le compre vestidos, y á todo. Por su gusto, me llevaría siempre pegado á las enaguas. Pero yo me sé sacudir... ¿Ha cogido usted la tiza? Voy á hacerle á usted ocho tantos. Dos palos con la mía y otros dos de recodo. . Ya está.

—¡Juega usted mucho!

—¿Eh? ¿Qué tal? ¡Después dirá usted que no canto los golpes!

—Don Tomás, ¿hace mucho tiempo que es usted casado?

—Va para seis años. Yo la llevo á ella bastante edad, ¿sabe usted? Pero un hombre soltero vive desatendido, y un día fuí, cogí, y me casé. Ella, al principio, me decía: "¡Pero, Tomás, hombre, tú no páras en casa ni cinco minutos! ¡Esto es abusar de

una!„ Después, se fué acostumbrando poco á poco; pero algunas veces saca los pies de las alforjas y me pone como un trapo, porque dice que no la considero, ni la hago compañía, ni nada absolutamente... Billa, palos y carambola.

—Por eso no quiero casarme yo... Aquí tiro palos limpios.

—¡Ah! ¿Es usted soltero?

—Sí, señor; hasta la coronilla, y por muchos años.

—¿No dejará usted de tener su arreglito?...

—Se hace lo que se puede.

—¡Ah, bribón!... A ver si le sale á usted ese pasabola. Tómela usted fina; todo lo fina que usted pueda. ¡Pero si se ha atracado usted de bola!... Va usted á ver cómo tiro estas tres tablas... ¡Seis tantos!

—Esa ha sido una chiripa.

—¿Chiripa? ¿No me ha oído usted cantar el golpe? Ea, ya tengo la primera mesa. A otra. Salga usted. No me pasará lo de ayer. Ayer fué día de pérdidas; perdí al billar, y perdí la petaca que tenía recuerdos gratos para mí. ¿Y este doblete? ¿Cree usted que no lo hago?.... Mal, mal; he jugado pésimamente.

—Pues sí, señor don Tomás; el matrimo-

nio es cosa de tontos... y usted perdone la franqueza.

—No digo que no.

—Mientras pueda, me conservaré célibe. ¡Hay cada mujer casada por ahí!...

—De eso no hablemos. Son preciosas.

—Por supuesto, los maridos tienen la culpa la mayor parte de las veces.

—¡Oh! ¡Con seguridad!

—Porque no saben tratar á sus mujeres... ¡Conozco una!...

—Vaya, juegue usted, que ya tendrá usted tiempo de hablar. ¡Buen recodo! ¿Tiene usted ya veintiséis? Ésta la pierdo.

—Figúrese usted que su marido es un bestia.

—Sí; hay una porción de bestias casados y con hijos.

—La conocí de visita en casa de unas parientas mías.

Iba siempre sola, y un día la pregunté: "¿Por qué no la acompaña á usted su marido?„ Ella se puso muy colorada, y suspiró; después supe que su marido es un jugador, que la abandona y se va al café á perder el dinero.

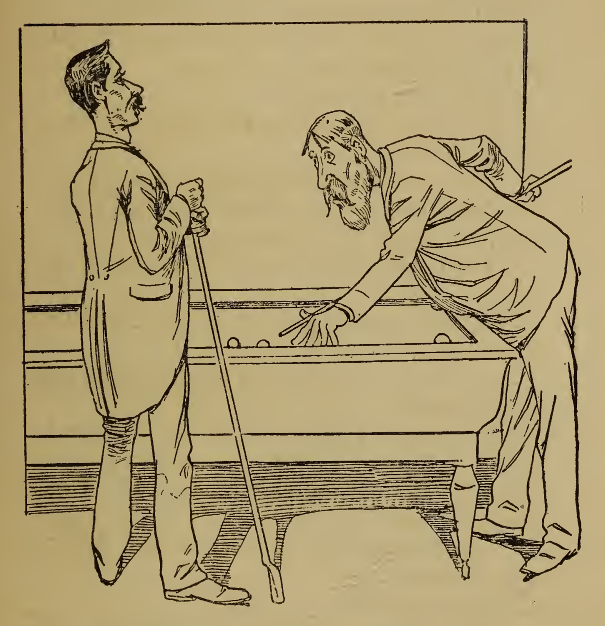
—¡Qué bárbaro!

—Hoy la chica detesta á su esposo cordialísimamente.

—Es natural. Y usted, entretanto... ¡Ah, pillín!

—¡Pchs!... ¿A qué está uno?

—¡Buena carambola!... Pues ha ganado usted el coto.



—Sí, señor.

—¿Vamos á la paz?

—Vamos.

—Hay maridos muy ciegos. Yo creo también que muchas veces ellos se tienen la culpa de lo que ocurre; porque ¡ya se ve! la mujer exige ciertas atenciones que no todos saben guardarle... Palos con la mía.

—Por cierto que hoy no he podido ver á mi Filomena...

—¿Se llama Filomena? ¡Hombre, qué casualidad!

—Voy á hacerle á usted billa, y lo dejo cubierto.

—Pues me ha ganado usted la mesa. ¿Conque Filomena, eh?

—Sí, señor; ¡con cada ojo!...

—¿Azules?

—Negros; negros como la mora.

—Aquí con cinco tantos me conformo. A mí también me han gustado siempre los ojos negros.

—Cada vez que paso por la calle de la Abada y la veo detrás de los visillos, pienso en el animal del esposo, que no sabe guardar aquella joya.

—¿Abada?

—Juegue usted.

—Sí, ahora. Filomena.. ¿Qué tiro?

—Lo que usted quiera; de todos modos he de ganar la partida...

—¡Naturalmente! ¡Como que le sale á usted cada chiripa!... ¡Abada!

—Sí, hombre; esa calle que está cerca de la plaza del Carmen.

—Ya sé dónde es.

—Pero don Tomás, ¿no juega usted?

—Sí... No sé qué tirar.

—Tire usted doblete y pérdida... Mire usted qué bruto será el marido, que moja los bizcochos en el caldo de la lechuga.

—¡Rediós!

—¿Qué? ¿Se ha lastimado usted con la tiza?

—No, es que...

—Un cigarrito. Ya que pierde usted al billar, que no lo pierda usted todo.

—(¡Mi petaca! La que perdí ayer.)

—¿Cómo?

—Nada...

—¿Está usted malo?... Ea, aquí concluyo. Le voy á hacer á usted *carambola, pérdida y palos*, y me gano las seis mesas... ¿Y esto? ¿No es esto cantar la jugada? Me debe usted seis pesetas.

—Tome usted... ¡Es usted un bribón!

—¿Cómo?

—¡Y un canalla!

—¿Cómo se entiende? ¿A mí? ¡Ahora verá usted!

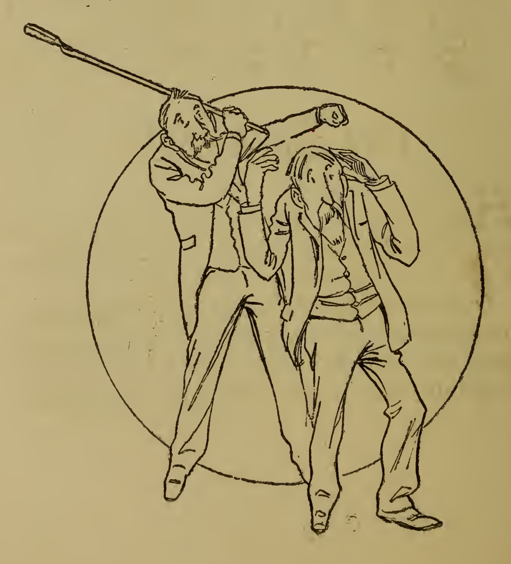
—¡Socorro! ¡Este hombre me mata!... ¡Ay, ay!...

Acuden los mozos, después los parroquianos, luego la pareja, y el agresor apela á la fuga. Don Tomás se arregla el traje, recoge su sombrero, y sale echando demonios.

Cuando llega á su casa, Filomena sale á su encuentro, y le dice cariñosa:

—¿Qué es eso, Tomasito? ¿Cómo vuelves tan pronto? ¿No has echado hoy tu partida de billar?

—Sí,—contesta el esposo dejándose caer sobre el sofá; -y me han hecho una excelente jugada: *carambola, pérdida y palos* con la suya.





UNA DECEPCION

Anda, Isolina, despáchate—decía el señor de Camisón á su esposa.—Son las cinco, y ya no debe tardar el Marqués.

Doña Isolina se había pasado toda la mañana haciendo los preparativos para la comida con que iba á ser obsequiado el distinguido aristócrata. Era preciso deslum-

brarle, porque no se presentan ocasiones de éstas todos los días, y porque además los señores de Camisón tenían un retoño perteneciente al ramo de jóvenes feas y en estado de merecer.

—¿Quién sabe si llegaremos á ser suegros de un título de Castilla?—pensaban los papás.

Habían conocido en los baños de Alhama al ilustre caballero, que habitaba en Córdoba todo el año, y al saber que se proponía pasar en Madrid unos días, se apresuraron á convidarle á comer. Él había aceptado con reconocimiento.

¡Qué honra para la familia de Camisón!

La niña había estado ensayando las romanzas más escogidas de su repertorio, á fin de amenizar la estancia del Marqués en aquel domicilio. El Sr. Camisón se puso su mejor levita; la esposa cubrió sus formas con el vestido más elegante.

—Me estoy acordando—decía Camisón—de las palabras pronunciadas por el Marqués en la fonda de Alhama: "Yo amo los goces tranquilos del hogar y los placeres de la mesa.„

—¿Eso dijo?

—Sí, y aun creo que mira de soslayo á nuestra hija.

Doña Isolina lanza un suspiro.

—No podrá quejarse del recibimiento que vamos á hacerle.

—Ni de la comida.

—¡Ya verás qué sopa de macarrones tan rica!

—Lo creo.

—¡Y qué cola de merluza! Ya le he dicho á la chica que la saque entera.

—¡Naturalmente!

—Cuando pruebe las albondiguillas, se va á chupar los dedos. Son todas de carne, sin garbanzos de ningún género.

En aquel momento la niña se presentó en el comedor, hecha un brazo de mar. Doña Isolina, al verla, no pudo menos de darla dos besos, que parecieron dos bofetadas.

—Mucho tacto, Nicanora,—le dijo el padre.—De esta comida depende tu porvenir.

La chica suspiró; después se sentó al piano, y lo mismo fué ponerse á cantar, subió un vecino alarmado creyendo que había ocurrido alguna desgracia.

—Es la niña, que estudia una barcarola, dijo doña Isolina.

—Más vale así —contestó el vecino.—Creímos que estaban ustedes pidiendo socorro.

El Marqués no se hizo esperar, y la fami-

lia Camisón salió á su encuentro resplandeciente de júbilo.

—¿Quiere usted quitarse la levita para estar más cómodo?—le preguntó el dueño de la casa.



—¿Quiere usted un sorbito de aguardiente antes de la comida?—le dijo la señora.

—¿Quiere usted ponerse unas zapatillas mías por si le aprietan las botas?

—Gracias, gracias,—contestaba el aristócrata sonriendo.

Nicanora no hablaba. Todo el alma se le había subido á los ojos, y dirigía al Marqués miradas capaces de incendiar un polvorín.

Doña Isolina cogió una aceituna y se la presentó al Marqués, diciéndole:

—Cómalas usted con toda confianza; son de diez reales.

—Y llévese usted algunas, si quiere,—añadió Camisón.

—Gracias, gracias,—contestaba el Marqués.

En aquel momento doña Isolina lanzaba una exclamación de sorpresa. Al introducir el cucharón en la sopera, había tropezado con un objeto duro.

—¿Qué es eso?—preguntó el cabeza de familia.

—Nada—contestó doña Isolina.—Un descuido.

Y extrajo de la sopera una petaca de piel de cocodrilo, perteneciente á Camisón.

—Como la criada que tenemos es míope, siempre está dejando caer objetos dentro de las cazuelas,—dijo doña Isolina.

—¡Vaya, vaya con el Marqués!—exclamó Camisón dándole golpecitos en el hombro.

—¿Y cuántos días vamos á tenerle á usted por aquí?

—No lo sé,—contestó el convidado.—Eso depende de ciertos asuntos...

Los padres de Nicanora cruzaron entre sí una mirada de inteligencia. La chica, á su vez, clavó los ojos con más amor que nunca en el Marqués.

—Ea,—dijo el papá alegremente:—coma usted más aceitunas. Aún nos queda más de medio barril.

—Beba usted más vino—añadió la esposa.—¿Quiere usted que vayan á buscar un poco de salchichón de *Vichy?*

—Gracias, gracias.

Nicanora abandonó la mesa para ir á sentarse al piano.

—Nuestra hija come muy poco—dijo doña Isolina.—Toda su afición la tiene en la música. Anda, Nicanorcita, canta la barcarola.

La chica se puso á cantar como si la estuvieran pisando un callo, y Camisón, lleno de orgullo, miraba al Marqués diciéndole con los ojos:

—¿Ha oído usted una voz como ésta en toda su vida? ¿Eh?

—Tengo que hacer unas diligencias pre-

cisas,—dijo el Marqués tratando de marcharse.

Nicanora cerró el piano y fué á ocupar su sitio en la mesa.

—Debo escribir una carta hoy mismo,—siguió diciendo el aristócrata.

—¿Una carta?—dijo Nicanora alarmada.

—No será para ninguna mujer,—agregó doña Isolina.

—No; es para el profesor de mis hijos.

—¿Es usted viudo?—preguntó Camisón.

—No, señor.

La familia abrió los ojos con profunda alarma.

—¿Qué es usted entonces?—se atrevió á decir doña Isolina.

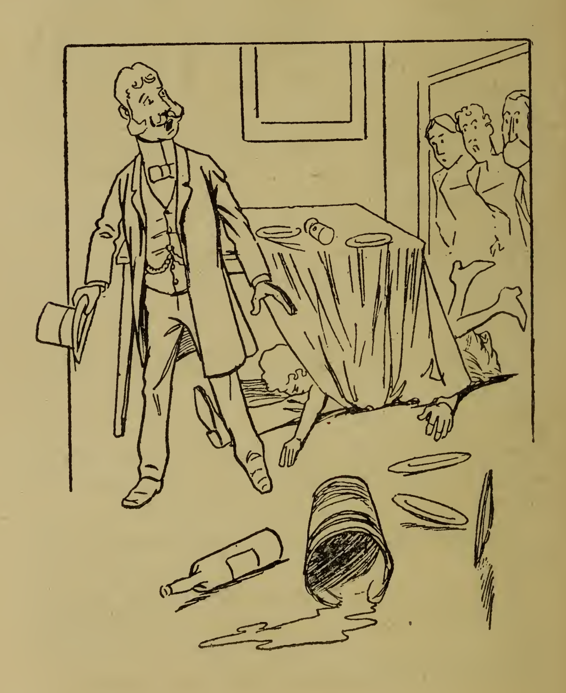
—Soy casado.

Nicanora lanzó un grito y cayó desmayada sobre su papá, que, perdiendo el equilibrio, fué á parar debajo de la mesa; pero habiéndosele enredado los pies en el mantel, éste arrastró cuantos objetos había encima, y todos rodaron por el suelo.

Doña Isolina comenzó á gritar como una loca; la criada acudió con la botella del vinagre en una mano y el cuchillo de la cocina en la otra, y los vecinos bajaron llenos de curiosidad para saber si había canto ó bofetadas en aquel domicilio.

Entretanto el Marqués bajaba las escaleras precipitadamente murmurando:

—¿Pero quién me ha metido á mí en esta jaula de locos?





DE UNA NOVELA ROMÁNTICA

Es curiosa tu aventura—dijo Carlos.—Ya seguirás contándomela cuando hayas almorzado.

—Sí, lo primero es el estómago—contestó Luis.

Y ambos descendieron del coche y entraron en la fonda, que estaba concurridísima.

Los viajeros, después de diez horas de

dieta, iban á almorzar en Medina del Campo.

Alguno no hizo más que sentarse y se abalanzó sobre los postres; otros arremetían contra la manteca, á falta de alimento más sólido, y muchos devoraban silenciosamente los panecillos, esperando que los camareros sirvieran la comida.

Luis y Carlos habían cesado de hablar para entregarse á los comestibles. A su lado devoraba cuantos manjares salían á luz, un caballero alto, grueso, con grandes patillas rubias, que revelaban claramente su oriundez británica.

—¡Señores viajeros al tren!—gritó un empleado de la línea presentándose en la puerta del comedor.

Los viajeros se levantaron como movidos por un resorte. Sólo el inglés permaneció inalterable, apurando su taza de café. Carlos y Luis volvieron á ocupar sus asientos en el vagón.

—¡Calle! dijo el primero. Aquí hay una maleta que no nos pertenece.

—Esto quiere decir que vamos á tener un compañero de viaje—replicó Luis.

Efectivamente, en aquel momento el inglés penetraba en el coche con la gravedad propia de los hijos de Albión. Sin hacer el

menor movimiento de cabeza, y como si estuviera completamente solo en el mundo, fué á ocupar uno de los rincones, impasible y grave.

—¡Nos hemos divertido!—exclamó Carlos.

—Ya no podré seguir refiriéndote mi aventura—contestó Luis.

—¿Por qué no? Estos ingleses no conocen más que su idioma. Puedes hablar con toda confianza.

—¡Qué feo es!

—¡Horroroso! Parece un perro de perdices, víctima de un padecimiento moral.

—Quedábamos—siguió diciendo Luis—en que yo conocí á Margarita en un baile de máscaras. Llevaba un trajecito de jardinera francesa que la sentaba á las mil maravillas. Yo la invité á cenar; ella aceptó, después de mis reiteradas instancias, y se comió, por último, todo lo que la pusieron delante; medio pollo, tres rodajas de merluza, un *beefsteack* con muchas patatas, y cerca de una libra de queso de Gruyère. "No me pertenezco,„ me decía con la boca llena.—"¿Cómo?„ exclamé yo.—"Soy casada,„ añadió ella. — "¡Casada! ¡Cielos!... ¿Qué más da?„

Esta manera de expresarme, este menosprecio de los vínculos sagrados, produjo en

Margarita un efecto desastroso. Iba á tragar en aquel momento una aceituna, y se detuvo. Después quiso tirarme á la cabeza el bote de la mostaza. Pero vencieron mis ruegos y me otorgó su perdón.

—¿Y su marido?—preguntó Carlos.



—Su marido es un imbécil, aunque me esté mal el decirlo.

El inglés nos mira atentamente—dijo Carlos.

—Deja que mire—contestó Luis.

—Continúa.

—Margarita había dado su mano á aquel avestruz, obedeciendo las órdenes de una cuñada, que tenía casa de huéspedes y echaba las cartas; pero nunca pudo vencer la antipatía que le inspiraba su esposo. Él se cree amado. ¡Infeliz! ¿Cómo ha de ser amado un hombre que suda tinta de China y come los melocotones en vinagre? ¿Un hombre que usa calzoncillos de franela amarilla? ¿Un hombre, en fin, que se desayuna con un huevo duro?

El inglés abría los ojos hasta lo inverosímil; pero Luis, que no paraba la atención en aquellas manifestaciones de asombro, continuó diciendo:

—En fin, hoy Margarita está resuelta á todo; quiere que huyamos de Madrid y que nos traslademos á cualquier país ignoto, donde podamos dedicarnos al amor y al comercio de ropa blanca. Ella cose divinamente.

Carlos se reía de muy buena gana al ver la exaltación amoroso-mercantil de su amigo; el inglés entretanto se arrancaba maquinalmente pelitos del bigote, con la mirada fija en el horizonte.

—¿De suerte—preguntó Carlos—que estás decidido á todo?

—¡A todo, y más! Estoy deseando conocer al bruto de su marido, para provocarle; pero pasa fuera de Madrid largas temporadas.

Tiene una dehesa en Alba de Tormes, y allí se entrega á las expansiones campestres. Hay quien asegura haberle visto pastar como una caballería menor y despreocupada.

—¡Qué bruto!

—Mucho, muy bruto.

—¡Caramba!—dijo Carlos un tanto escamado.—El inglés no nos quita ojo.

—No te fijes en ese mamarracho—contestó Luis encendiendo un pitillo.

En aquel momento el tren se detenía en la estación de Avila.

El inglés se levantó.

—Por fin va á dejarnos este tipo—dijo Carlos.

—Mejor que mejor. Parece un espantapájaros.

Paróse el inglés en el centro del coche, levantó los puños, lanzó un juramento terrible, y después dijo:

—No soy inglés.

—¡Cielos!—exclamó Luis.

—¡Zapateta!—gritó Carlos.

—¡Soy el esposo de Margarita!

Luis, de un salto, se plantó en el andén.

. . . .

Esto ocurrió el día 4 por la tarde. Estamos á 7, y Luis no ha parecido aún.

Créese que el marido le lleva dentro del saco de noche para comérselo á solas.





THE FUNERAL

Las coronas fúnebres expuestas en los escaparates, nos recuerdan la proximidad de la fiesta de los difuntos.

Estamos, pues, á dos pasos del cementerio, y este año, como todos, tendremos que

recoger el espíritu y consagrar á los muertos nuestras cortas, pero dulces oraciones.

Durante el resto del año podemos, si ese es nuestro gusto, prescindir de los recuerdos tristes y dedicarnos á todo lo que salga.

La humanidad es así: sufre ó goza con arreglo al calendario, y hay quien se pasa el día 31 de Octubre bebiendo copas y "echando pecados,, y en cuanto llega el 1.º de Noviembre, se golpea las mejillas con el cepillo de la ropa, para sufrir y arrepentirse.

Las viudas tienen la obligación de comenzar á padecer ocho días antes de la conmemoración de los muertos, porque es costumbre recordar con hondos suspiros los méritos del difunto y decir á las personas que van de visita:

—¡Ay! ¡Qué dias estoy pasando, hija de mi alma! Tengo que hacerle á *aquél* una corona de violetas, y no sabes cómo se me pone el corazón recordando lo que he perdido. Parece que fué ayer cuando se cayó por las escaleras encima de mamá, y como la pobre tenía aquel genio ¡Dios la haya perdonado! le clavó los dientes en una pierna. ¿Crees que el infeliz se volvió contra

mamá? Al contrario; se puso á darla besos y á limpiarle el polvo con una servilleta.

—¿Y vas á ponerle una corona?

—Sí; la estoy arreglando en casa, porque siempre cuesta menos.

—¿Pero tienes las violetas?

—Las hago yo misma con tela que me ha sobrado de una sobrefalda.

También los viudos preparan sus efectos fúnebres, y dicen á la criada:

—Jacoba, vas á tener que subir á la buhardilla.

—¿Para qué, señorito?

—Para ver si encuentras por allí unos faroles negros con pintas doradas. Hay que ponérselas á *aquella*, porque si no viene aquí su familia y me arma *bronca*.

—¿Quiere usted que le pongamos también una coronita? Porque yo tengo un primo que es de ingenieros, y con la paja de las sillas sabe hacer muchísimas cosas. Días pasados hizo un juego de té para regalárselo al teniente, y ahora le está haciendo unas zapatillas á un cabo segundo que es de su pueblo.

—Bueno; dile que nos haga una corona de paja, imitando siemprevivas, y adviértele que es para una señora, sin hijos, que

falleció de un susto. Lo principal es que la familla de mi difunta no tenga pretexto para insultarme.

Quién más, quién menos, todos tienen difuntos de su particular estimación, á los cuales hay necesidad de obsequiar el día 1.º de Noviembre.

En las tiendas de efectos fúnebres se oyen estos días sabrosos diálogos.

—¿Tiene usted coronas para tío segundo?

—Aquí hay de todo, señorita.

—Pues sáquenos usted una, que sea barata.

—¿La quieren ustedes de canutillo ó de flores del campo?

—La queremos que sea fuerte para que dure, porque verá usted: el tío, que en paz descanse, fué nuestra nodriza, como quien dice, y pensamos dejarle allí la corona hasta que se pudra. ¡Ay, qué tío hemos perdido!

—¿Era joven?

—Sí, señor; setenta y siete años; pero nadie le echaba arriba de ochenta y dos.

—¡Pobrecillo!

—

Buenos días... ¡Ay!... ¿Me hace usted el favor de una silla? ¡Qué trances éstos! En-



séñeme usted unos cuantos emblemas de cariño.

—¿Cómo?

—Deseo comprar, con destino al sepulcro de un joven que estuvo de huésped en casa, algún objeto de moda. ¿Tiene usted coronas que imiten las ramas de un sauce?

—Sí, señora; aquí las tiene usted de sauce llorón, de ciprés taciturno, de laurel victorioso, de hierbaluisa...

—¡Pobre Bonifacio! ¡A él que le gustaba tanto la escarola!... Si pudiera verse á sí mismo la corona, creería que le llevábamos á la tumba su ensalada favorita.

—

—¿A cómo son estas coronas?

—A cinco duros.

—¡Qué caras!

—No diga usted eso; vea usted la clase: azabache fino, imitando vidrio de botella.

—Verá usted; yo soy de Jadraque y me han encargado que compre media docena de coronas buenas, para el hijo del boticario, que era poeta, y la familia quiere dar á entender que han venido de las cinco partes del mundo á traerle obsequios, como

han hecho con el señor de Cervantes cuando le visitaron unas poetisas extranjeras hace tres años.

—Lleve usted éstas.

—¿Quiere usted á dos duros una con otra? ¿Me las llevo? ¿No? Pues se queda sin coronas el chico... Ea, abur.

—

Dícese que éste año no se permitirá la visita á los cementerios, con motivo de la peste variolosa que nos está reventando.

Los difuntos se quedarán sin las lágrimas anuales que derramaban sobre sus tumbas las personas sensibles.

No habrá, pues, las escenas dolorosas que presenciábamos antes, ni tendrán que decir los sepultureros:

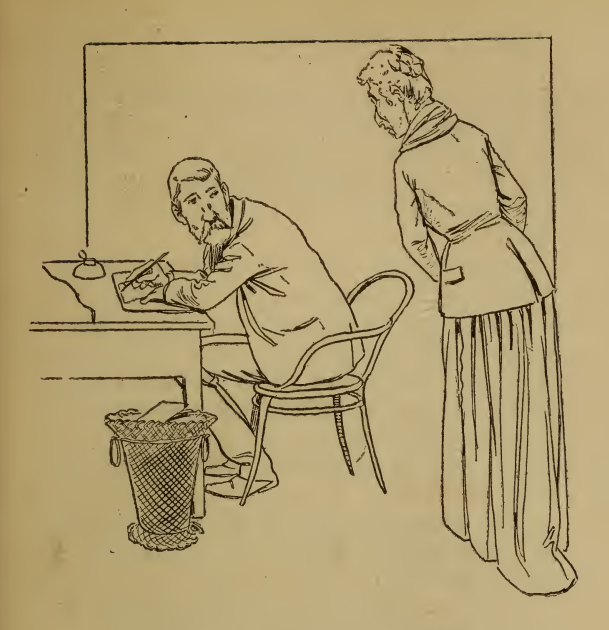
—Ea, señora, tenga usted la bondad de evantarse, que voy á cerrar.

—¡Cómo! ¿Se me priva de estos consuelos? ¡Yo vengo á desahogar el alma sobre la tumba de mi Balbino!

—Bueno, pues suspenda usted el desahogo hasta mañana por la mañana. El año pasado me pidieron algunas personas que las

dejase pasar la noche al lado de sus difuntos; y ¿sabe usted lo que pasó? que se llevaron más de dos arrobas de cera y un vestido de mi mujer que habíamos dejado al sereno.





CURACIÓN RADICAL

I

Pepe es un esposo modelo, un verdadero ángel, una paloma inocente.

Pero que no le pidan un cuarto, porque no lo da. Antes de desembolsar una sola peseta, prefiere que le saquen un riñón, ó

que le vayan arrancando los pelillos de la nariz con unas pinzas.

La bondad de Pepe es tan grande, que vive con su suegra, doña Jenara, hace tres años y medio, y no la ha matado todavía.

—Pepe—le dice ella á cada paso.—Tú no te fijas en mi fisonomía. Yo me desmejoro á ojos vistos. Yo no como más que lechuga y pimientos colorados, porque todo lo demás me sabe á tinta. ¡Y es que estoy muy mala! Tengo una opresión horrible; necesito tomar aguas sulfurosas.

—Los viajes cuestan un dineral,—contesta él.

—La salud es lo primero, Pepito. Tú tienes que cumplir deberes de familia, como yerno cariñoso.

A doña Jenara se le ha metido en la cabeza que ha de hacer un viaje; pero son inútiles sus esfuerzos. ¡Bueno es Pepe para desembolsar un cuarto, aunque se hunda el firmamento!

Doña Jenara sigue quejándose del vientre á todas horas, y anda por los rincones haciendo como que se desmaya y que le dan vahidos.

—¡Pobrecita mamá! — dice la esposa de Pepe.—De día en día se la ve perder carnes.

Antes tenía un color hermosísimo, y ahora parece que la han untado el cutis con cera virgen. ¡Ay, Pepe! ¡Tú no tienes cariño á la persona que me ha dado el ser!...

II

Doña Jenara no consigue excitar la compasión de su yerno y ha pensado apurar todos los recursos hasta verle caer á sus pies conmovido.

—Yo he de enternecerle, aunque tenga para ello que privarme de la alimentación,—se ha dicho á solas.

Y cuando más descuidados están todos, se deja caer sobre un sofá, como herida por el rayo, y comienza á echar espuma por la boca y á arañarse el rostro.

—Mamá va á morirse un día de éstos—dice Angelita, la esposa de Pepe, enjugándose las lágrimas.—Que vayan á buscar al médico.

—No—contesta Pepe;—que le den unas friegas en la espina dorsal con una toalla.

—Mamá necesita asistencia facultativa.

—¡Quiá! Los médicos son la ruina de las casas.

III

¡Qué noche ha pasado doña Jenara, según ha dicho ella misma!

¡Qué manera de sudar frío! ¡Qué dolores tan agudos! ¡Qué excitación nerviosa!

—Pepe—ha dicho á su yerno,—yo me voy á morir; me lo avisa el corazón, que nunca me engaña. No hay más que un remedio para mí: los baños sulfurosos.

Pepe giró sobre sus talones sin pronunciar una sola palabra.

—¡Es inútil!—murmuró la suegra dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo, en señal de desesperación.

Y decidió sentarse á la mesa y no tomar alimento alguno.

—¿Quiere usted sopa?—la preguntaba Pepe.

—¡Ay, no! Sólo de ver la comida se me revuelve todo lo que tengo dentro.

—¿Quiere usted cocido?

—¡Jamás!

—¿La sirvo á usted merluza?

—¡Antes la muerte!

A solas en la cocina, doña Jenara comía

todo lo que encontraba por delante: desde el pan mojado en aceite hasta los tomates crudos.

IV

—Es necesario que ese hombre se decida,—dijo una noche doña Jenara.

—¿Cómo?--preguntó Angelita.

—Voy á fingir un ataque de nervios gravísimo. Ayúdame tú, y que venga el médico, si es necesario.

Cuando Pepe entró en su casa, aquello era una desolación. Angelita vertía llanto á torrentes; doña Jenara se había metido en el lecho, y entre espumarajos y quejidos decía que se iba á morir de un momento á otro. Hasta la criada, presa de la mayor inquietud, andaba de un lado para otro con la botella del vinagre en una mano y un paquete de mostaza en la otra.

—¡Ay, señorito!—exclamó al ver entrar á su amo:—la señora estꝺ muy malita.

—¡Demontre!

—¡Pepe, Pepe mío!—gritó Angelita.—¡Mamá se nos va!

—¿Adónde?

—Al otro mundo.

—Pero...

—Nunca la he visto como hoy. Ha mordido al perro; ha querido abalanzarse sobre la chica...



—¿Será la hidrofobia?

—No; es la falta de baños sulfurosos termales. ¿Quieres que nos marchemos mañana?

—No.

—¿Quieres que vayan á buscar al médico?

—¡El médico!

—Sí; verás cómo nos manda salir de Madrid inmediatamente.

Pepe se vió en la necesidad de bajar la cabeza.

Y salió la criada á toda velocidad en busca del doctor.

V

—Veamos la lengua—decía diez minutos después don Homobono, distinguido licenciado en Medicina.

—¡Brrr!—contestaba la suegra rechinando los dientes.

—¡Ay, mamaíta de mi corazón!—exclamaba Angelita, apoyándose en la cómoda.

—Ya sé lo que tiene esta señora—dijo don Homobono solemnemente.

—¿Qué?—preguntó Angelita.

—Un amago de congestión cerebral.

Doña Jenara palideció debajo del embozo de la sábana.

—¿Una congestión?—preguntó Angelita.

—No me cabe la menor duda.

—¿Y cree usted que la convendría salir de Madrid?

—De ninguna manera—dijo don Homobono con reposado acento

—¿Cómo?

—Hay que ponerla inmediatamente...

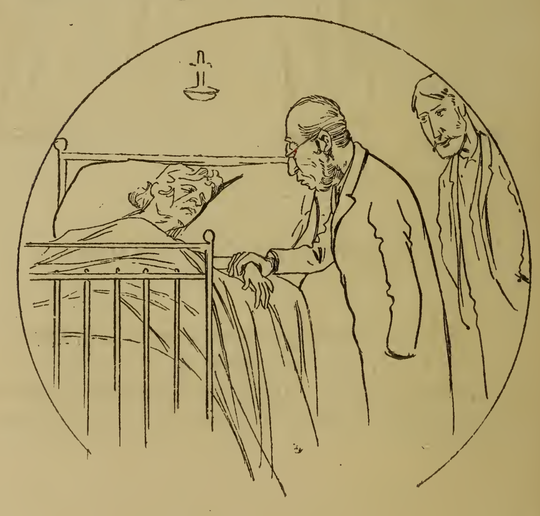
—¿Qué?

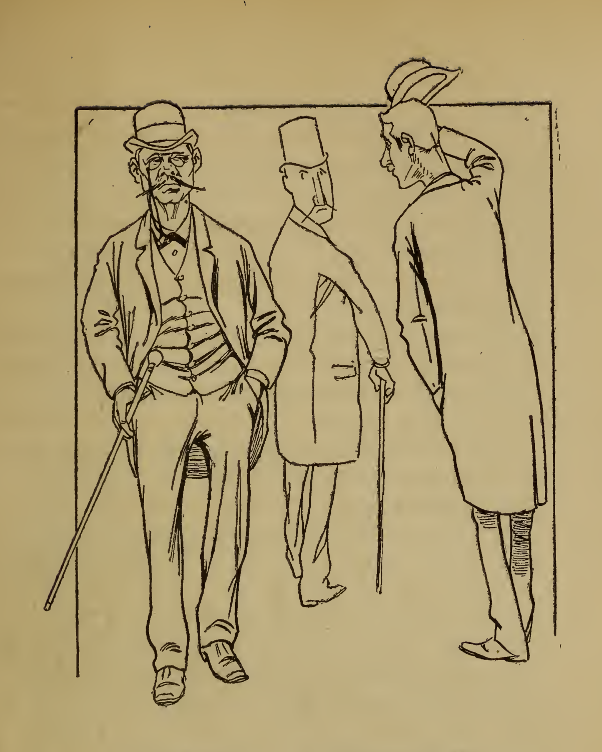
—Dos docenas de sanguijuelas en la boca del estómago.

Doña Jenara dió un respingo, y dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada, como si acabasen de darle la puntilla.

Y diez minutos después un practicante experto le colocaba las veinticuatro sanguijuelas á raíz del cutis.

¡Justo castigo á su perversidad!





HOMBRES SUPERIORES

Así como hay seres puros sin pizca de hiel, que se pasan la vida admirando á sus semejantes y se constituyen, por inclinación invencible, en alabarderos del género

humano; que creen en las carnes turgentes de las coristas, y tienen á Carulla por una especie de Dios que se hizo hombre para pasar el rato, y se entusiasman oyendo recitar las poesías de Balaguer, y cuando canta Berges dicen que parece un arpa eólica, existen también otros que no creen en nada, ni aplauden á nadie, y que si se dignan saludarnos alguna vez, es para decirnos con los ojos:

—Me he humillado hasta posar en tu pequeñez un rayo de mi fulgurante mirada. ¡Abur, pigmeo!

Ustedes habrán conocido á algunos de estos hombres superiores que asisten á los saloncillos de los teatros, que hablan en voz alta en los cafés y piden cigarros á cada momento, como si los mortales todos estuviésemos obligados á sostenerles el vicio. Los hay que hasta piden duros, y se los fuman también, ó, lo que es lo mismo, no los devuelven nunca.

El que por primera vez tropieza en el mundo con un hombre de éstos y le oye hablar como una máquina, en contra de todos y cada uno de los hombres políticos, de los poetas, de los cómicos, de los artistas, de cuantos constituyen, en fin, el movimiento intelectual, se figura, cuando menos, que

aquel distinguido difamador es uno de nuestros primeros sabios ó una de nuestras más reputadas notabilidades, y no cesa de contemplarle con asombro y de escucharle con pavor.

Él se aprovecha de nuestra admiración para seguir echando sapos y culebras por aquella boca, y nos dirige de cuando en cuando una mirada de conmiseración, como si quisiera darnos á entender que en unos días no piensa matarnos ni nada. Después continúa hablando de Echegaray, pongo por caso, y dice que... ¡Psch! no vale cosa, y que Núñez de Arce... ¡Psch! no tiene nervio, y que Campoamor es así, y Tamayo es *asao*...

Usted entonces, en voz baja, pregunta al amigo que está más próximo:—¿Quién es ése?—Y el amigo dice:—Se llama López.—Y usted empieza á darle vueltas en la memoria al apellido hasta concluir por hacerse el siguiente silogismo: Don Joaquín María López, el tribuno, no puede ser, porque se murió hace años... ¡Por eso digo que no puede ser!... López, López... No creo que sea distinguido nadie que se llame López á secas.

—Es de Ciudad Real,—le dice á usted un amigo del sujeto en cuestión.

—¡Ah, vamos! ¿Y escribe?

—No quiere escribir; y eso que siempre le estamos animando...

—Pues anímenle ustedes, porque es una lástima.

López, cuando perora, que es mientras tiene alguien que le escuche, sólo descansa para pedir un cigarro, ó para tomar un sorbo de café, si lo toma, que lo suele tomar cuando se lo pagan.

—Pues he estado en el estreno de *La Campana* (estos López suprimen siempre una parte de los títulos, lo cual es de mucho efecto). Ya le dije á Marcos que no me gusta. Yo soy así, franco hasta la grosería; por eso me temen todos.

Los admiradores de López hacen un signo afirmativo.

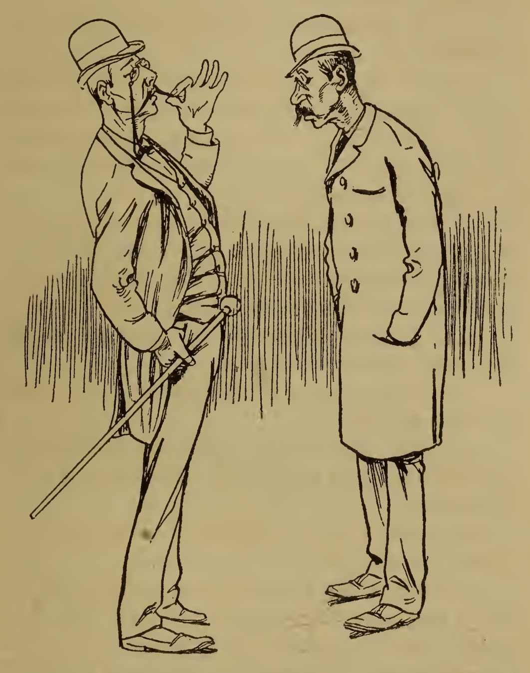
—Adiós, Pepe—dice saludando al insigne Zorrilla, que pasa en aquel momento por la Carrera.

He notado que el poeta le mira sorprendido. Puede que no le conozca.

—¿Conque usted también escribe?—me dice á mí, haciendo un gesto de supremo desdén.— Ya leo alguna cosilla... No está mal...

—Gracias—contesto yo, sin atreverme á levantar los ojos delante de aquel sér extraordinario.

—¡Hombre! Hablando de otra cosa—sigue diciendo.—Ese Pereda está chiflado. ¿Han visto ustedes su última novela?



López es de los que están siempre en el secreto. El sabe por qué no torea *Guerrita*

este año y por qué ha tenido un flemón el emperador de la China: Conoce todos los dramas antes de que se estrenen, y le consta que son malos. Sabe cuánto le han dado á Valera por un libro que no se puede leer, y ha estado hablando con Puigcerver sobre un plan de Hacienda nuevecito.

Las mujeres guapas de Madrid no son guapas, ni Cristo que lo fundó. Como guapa, una que él conoce; pero como si no lo fuera, porque está de mujeres... hasta aquí (y se toca la coronilla).

El dueño de la casa en construcción de la calle Tal... es un pillo, que debía estar en la cárcel...: ¡y si él hablara!...

En los cafés todo se falsifica, hasta las chuletas, que son de glicerina y corcho quemado.

¿Y los músicos? Da miedo oirle hablar de Marqués y de Chapí... ¡Y después dicen que tiene mala lengua! ¿No la ha de tener, si conoce á nuestros maestros como á los dedos de la mano, y sabe que todas las melodías son robadas?

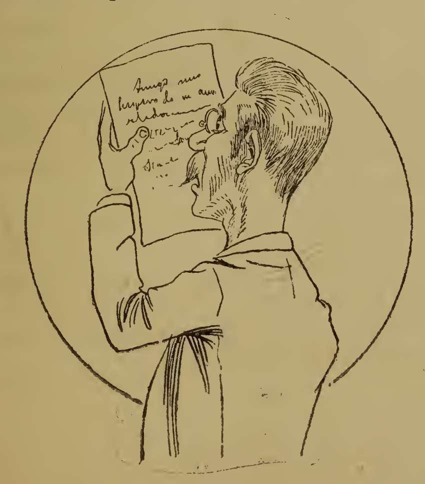
—Mire usted —dice todo sofocado:— *La Bruja* no es de Chapí, es de un secretario de Ayuntamiento, amigo mío, que le dió á guardar la partitura. ¿Y *El anillo de hierro?* Plagio todo; todo. ¡Si aquí no hay quien sepa escribir música!

López me dispensa hace días una protección que no merezco; él es quien me aconseja, aun sin consultarle, y está empeñado en que escriba algo para el teatro, que él se lo llevará corriendo á Riquelme para que lo haga. Porque Riquelme y él... ¡uña y carne!

Ayer recibí una carta de López, que dice así:

"Amigo mío, *hespero* de su *amavilidad* que me *rremita* por el dador dos duros *asta* el *juebes.—Sullo,* López.„

¡Oh decepción! Acabo de saber que López está empleado en consumos con tres pesetas... ¡Para que se fíe nadie de los hombres superiores!





EXAGERACIONES

La carencia absoluta de emociones trae muy disgustada á la gente.

Algunos creían que había comenzado la era de los registros domiciliarios, con motivo de la visita hecha á un empleado de fe-

rrocarriles que ocultaba algunas armas de fuego debajo de la estera.

Pero el país ha permanecido indiferente ante este suceso.

Lo más que han hecho algunos espíritus impresionables, ha sido ocultar cuidadosamente todos aquellos objetos que podrían excitar las sospechas de la policía.

—¿Qué armas tenemos en el domicilio?—preguntaba á su esposa un hombre pusilánime.

—Tenemos la media luna con que picamos la carne para hacer albondiguillas.

—Pues ocúltala.

—¡Ah! Y aquella navaja de muelles que hemos tenido que comprar cuando hiciste *El puñal del godo* en Villaviciosa de Odón.

—Destrúyela cuanto antes.

—Y tu morrión de miliciano.

—¡Cáspita!

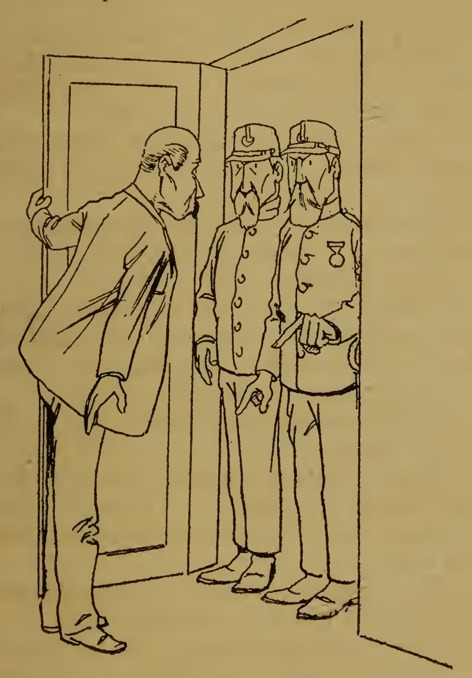
—Pero le falta el plumero. Te acordarás que lo hemos utilizado para limpiar la boca á mamá, cuando tuvo aquella irritación tan grande.

—Hay que destruir todo lo que pueda perjudicarme á los ojos de la autoridad.

—¿Qué hacemos entonces del morrión?

—¿Podrías sacar de él un gabancito corto para andar por casa?

—No, porque ahora se llevan largos; pero podríamos, si te parece, hacerle un sombrerito á Felipín.



—Pues hacérselo inmediatamente.

Nada alarma tanto como esto de los re-

gistros; pero felizmente no hay temores de que nadie venga á molestarnos.

En otros tiempos era otra cosa.

Y si no, no hay más que ver lo ocurrido en casa de don Urbano. Entró la policía y le dijo:

—¿Tiene usted armas?

—Diré á usted; tengo una suegra mortífera, contestó él.

—A ver, que se presente.

—Pero está descargada.

—¿Cómo?

—He tenido la precaución de cortarle las uñas con un escoplo.

Hay gente que goza con las noticias tremebundas, y cuando tiene ocasión de conmover á su familia, le falta el tiempo para ir á decirle:

— ¿No sabes lo que hay?

—No.

—Una modista acaba de *raptar* á un aguador en la calle del Carnero.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo, no; la modista ha sido la *raptada.*

—¿Y qué?

—¿Os parece poco? Desde mañana hay que vigilar al aguador... ¡No os fiéis de sus halagos!

—Pero...

—La mayor parte de esos chicos que llevan el agua á las casas son como las sirenas; engañan con su canto engañoso para realizar sus infames deseos.

Cuando se comete un crimen de gran espectáculo, los impresionistas llegan á las tertulias dispuestos á producir asombro entre las clases acomodadas.

—Supongo que ya sabrán ustedes lo de la plaza de la Berenjena.

—¿Qué ha pasado?

—Un dependiente de una peletería ha matado á su principal por celos.

—¿Cómo?

—Ahogándole con un manguito de señora. Después lo cortó en rajitas, como si fuera un salchichón.

—¡Qué atrocidad!

—Y después se lo fué remitiendo á su esposa, bajo sobre certificado.

—Pero ¡Dios mío! ¡Cada día se cometen más crímenes!

—Hace falta un freno.

—Mucha falta—contesta un joven poeta de la reunión, que suele desbocarse con frecuencia, sobre todo cuando versifica.

Después de las exclamaciones naturales, viene á saberse que el joven peletero se había limitado á pinchar á su principal con

una aguja de crochet, y que los noticieros habían trocado las especies, tomando por rajas de carne humana las muestras de piel de gato que remitía por el correo á los corresponsales de provincias.

¡Oh, la exageración! Este afán de sacar las cosas de quicio, origina disgustos.

Hay personas que no saben hablar como no sea en superlativo.

—¿Cómo sigue el enfermo?

—¡Malísimo! Ahora le da por pedir alimento.

—¡Quiá! ¿De dónde saca usted que el tener apetito es un buen síntoma? Ayer, después de tomar un caldito colado, pidió pan. ¿Qué le parece á usted? Además, no tiene calentura, ni dolores, ni pesadez en la cabeza; en fin, está muy malito.

A mí me decía una señora muy exagerada:

—Yo padezco de latidos. ¿Sabe usted? Y cuando me da el ataque, se me oye desde una legua. En Zaragoza, los vecinos se quejaron una noche creyendo que mi marido y yo nos habíamos puesto á bailar el zapateado á aquellas horas.

No sé por qué, pero tengo para mí que en eso de los robos que se cometen debe de haber algo de exageración. La mayor parte de los que aparecen como víctimas son,

ó unos exagerados, ó unos olvidadizos.

—¡Pepita! ¡Pepita! exclamaba don Eulogio entrando en su casa la otra noche, con los pelos de punta. ¡Acaban de robarme el reloj!

—¿Qué dices?

—¡Mira, mira!

Y mostraba el forro del bolsillo.

—Tranquilízate, Eulogio.

—¡Cómo! ¿Quieres que no sienta la falta de mi reloj?

—¡Pero, hombre! ¿No te acuerdas que lo tenemos empeñado desde Julio?





DE VIAJE

Á qué hora se va el tren?

¿A las siete y media? ¡Carambita! ¡Y son cerca de las seis!... Oye, tú, Ramona: anda, hija, á ver cómo vas metiendo en la

maleta todo lo que necesito. Mira: aquí tienes dos camisas; dóblalas bien. Ya sabes lo que es la gente de los pueblos; si me ve llegar arrugado, dirá que nosotros, los periodistas, somos unos *méndigos,* y aun habrá quien crea que me he dejado aplastar por Retes ó por cualquiera otra mole poética.

Mientras tú arreglas el equipaje, haré el artículo para mi periódico.

¿Han llamado? Anda, mujer, abre.

¡Maldito importuno! ¡A qué vendrá aquí ese mamarracho!

Ya lo he oído, mujer; ya sé que está ahí ese espantapájaros. ¿Le has dicho que éntre en la sala? Bueno, pues dile que ahora voy. No he visto gente más antipática que estos poetas sensibles...

¡Amigo Bonifacio! Sin novedad, gracias, ¿y la de usted?... Vaya, hombre, vaya; tanto bueno por aquí... Estoy de viaje, sí, señor; voy á ver á una tía que está en Ávila con el sarampión, y como yo lo dejo todo para última hora, no se puede usted figurar las cosas que tengo que hacer todavía. Ahora mismo comenzaba á escribir un artículo y he tenido que suspenderlo.

No, no me molesta usted, al contrario, me da mucho gusto...

¿Y á eso viene usted? Hombre, lo agra-

dezco; nada; pues déjemelo usted ahí; lo leeré cuando vuelva.

¿Trágico, eh? ¿Muy trágico? ¿Mata usted, por fin, al barba? Hace usted bien; la mayor parte de las noches está que no se puede



resistir. ¡Es un cómico muy malo! Y le participo á usted que si no se muere en su tragedia, el día menos pensado suben los es-

pectadores y acaban con él á puñaladas... Ya me ha dicho mamá que lleva usted tres años y medio *trabajando* en la tragedia. ¡Toda en alejandrinos! ¡Qué barbaridad de talento tiene usted! Corriente; deje usted aquí la cosa. ¿Que tendrá usted mucho gusto en que le diga mi opinión? Hombre, usted me confunde... Ea, pues abur, y hasta la vuelta... ¡Ah! Memorias en casa y déjese usted ver.

(¡Maldita sea tu poesía y la hora en que te conocí, facineroso!)

Oye, Ramona; pásale un cepillo al sombrero antes de guardarlo.

¡Ah! ¡Por vida de las prisas! Busca la llave de la maleta... Me parece que la he dejado encima del velador.

Escucha. A las siete quiero comer. No hay cosa peor que meterse en el tren con apetito, porque se ve uno obligado á tomar algo en las fondas, y nunca me olvidaré de una tortilla de hierbas que me dieron en la estación de Chidriaque el año pasado. ¡Sabía á ungüento amarillo!

¿Ya has cerrado la maleta? ¿Cuánto apostamos á que te olvidaste del tomo? ¿Lo ves? Anda, búscalo, mujer; búscalo. A mí los viajes me aburren y prefiero dormir. En cuanto coja en las manos ese libro de Fabié,

tengo la seguridad de que me quedo como una marmota.

Ya está todo, ajajá... Ahora voy á ver si hago el artículo... Bueno.

¡Ramona! ¡Ramona! ¿Qué tiene esta tinta? ¡Al demonio no se le ocurre cosa igual!



¿De dónde has sacado tú que echando

cebolla en el tintero se pone más negra?

¡Uf! Yo no puedo soportar esta peste. Parece que estoy comiendo cebolleta. Tira eso, mujer.

¡Por vida del artículo!

¿Quién me ha cogido las plumas? ¿Los niños? ¡Los niñitos! ¡Quítamelos de delante, ó no respondo de mí!...

Eso es. ¡Llorad ahora!...

Ea, se acabó; á callar todo el mundo, y al que sea bueno mañana le compraré una escopetita de verdad para que mate moros.

Gracias á Dios que puedo escribir con calma.

¿Eh? ¿Qué dices? ¿Que has sacado la sopa? Pero ¿qué hora es? ¿Las seis y media? ¡Caracoles!... Anda, hija; métela otra vez... Tengo que escribir mi artículo.

¿Dónde diablos ha ido á parar un manojo de cuartillas que estaba sobre esta mesa? ¡Por vida del chápiro!...

¡Ramona, Ramona! ¿Has visto unos papeles?... ¿No? ¿Pero quién se entretiene en desordenarme mis cosas?

¡Y dale con la sopa! Pero mujer, si no son más que las siete... ¡Calle! ¡Se me ha parado el reloj!...

¡Abur!

¿Cómo quieres que coma si voy á perder

el tren?... No puedo detenerme. ¡Y yo que me proponía escribir el artículo!

¡Ah! Si vienen á buscar el original, diles que no hay artículo ni hay nada.

Y á ver cómo os conducís durante mi ausencia...

Y si vuelve el poeta del drama, procura cogerle entre dos puertas, á ver si se lo llevan los demonios y nos deja en paz...

¡Hasta la vuelta!





ENTRE BASTIDORES

No empieza mal la temporada; pero es muy posible que dure poco esta dulce satisfacción que experimentan los empresarios. Este año el número de Compañías de zarzuela cómica, digámoslo así, perjudicará al

comercio de las ideas, y pronto hemos de ver que el dolor penetra en los saloncillos de los teatros.

Habrá, como de costumbre, silbas monumentales, y las Empresas achacarán el fracaso á los pícaros "reventadores„.

Da lástima penetrar en el saloncillo al día siguiente de una hecatombe.

El autor de la picardía yace en un rincón con la mirada fija en el techo y las piernas en cruz; de pronto sale de sus meditaciones y exclama:

—Sí, señor; no se puede dudar de que existen los reventadores.

—¡Vaya si existen! —dice el empresario.

—Y si no, no tienen ustedes más que ver lo que pasó anoche con mi obra. Antes de llegar á la segunda escena, ya me habían llamado "bruto„ diez ó doce veces unos señoritos de la segunda fila de butacas. Lo que más siento es lo que le sucedió á mi familia, que estaba en un palco.

—¿Pero asistió al estreno?

—¡Claro! ¿Quién había de creer que la obra no gustaría? Yo traje á todos: á mi señora, á mi cuñada, á mi primo, que ha venido de Filipinas, y á dos niños que tengo. Cuando el público comenzó á silbar, mi es-

posa se puso de pie y les dijo cuatro frescas á los alborotadores.

—¡Bien hecho!

—Uno del público le contestó de mala manera, y entonces mi primo, que tiene un



genio atroz, sacó el estoque, y si no le sujetan, mata allí mismo media docena de personas. Hoy está con anginas.

—¡Naturalmente! La irritación...

—¡Es mucho cuento éste, señor! Escribe uno lo mejor que puede, pasa malas noches, se molesta en ensayar, y luego llega el público con sus manos lavadas, y revienta la obra.

El empresario no hace más que mover la cabeza y poner los ojos en blanco.

Por fin se levanta, y dice:

—No saben ustedes de la misa la mitad. Lo que hay aquí es una intriga de otro teatro; se desea que no gusten las obras, porque, de gustar, tendrían que dar un estallido otras Empresas.

—Yo he visto ayer caras muy sospechosas en las butacas—dice un amigo del empresario.

—Y yo—añade otro.

Nunca falta un aficionado á los bastidores que entra en el saloncillo dispuesto á ser simpático á todo el mundo; y encarándose con el autor, le dice:

—¡Hola, señor Falsilla! Ayer no pude venir, porque se le murió una tía á un compañero de casa de huéspedes y tuvimos que embalsamarla entre los dos; pero me han dicho que la obra de usted gustó mucho. Que sea enhorabuena.

El autor saluda en silencio, y los demás

personajes se miran maliciosamente y bajan la cabeza. El aficionado indiscreto continúa:

—¿Cómo es que no la ponen ustedes hoy?

—¿A quién?

—A la obra.

El autor no puede resistir aquel interrogatorio que le humilla, y se va al escenario con un pretexto cualquiera. Los demás asistentes al saloncillo comienzan á hablar de cosas ajenas al asunto, y entonces el aficionado saluda y vase, diciendo para sí:

—¡Caramba con esta gente de teatro! Parece como que le dispensa á uno un favor con saludarle. ¡Ya se ve! Está acostumbrada á que le aplauda el público, y se envanece.

Aún son peores otros aficionados, que tratan de consolar al autor después de una derrota, y entran á estrechar su mano, diciéndole:

—Nada, nada; la obra no ha gustado, pero no debe usted desanimarse... A otra... A otra...

—¿A otra silba?—pregunta el autor con asombro.

—

En los teatros hay siempre algún señorito que se pasa la noche entre bastidores porque está enamorado de la primera dama, ó de la graciosa, ó á veces hasta de la propia característica.

Nosotros conocemos uno que se llama Morón, y es un muchacho muy guapito, que fuma puro en boquilla y lleva siempre una flor blanca en el ojal del *chaquet*, la cual flor pasa diariamente á manos de la dama joven, á quien adora en silencio.

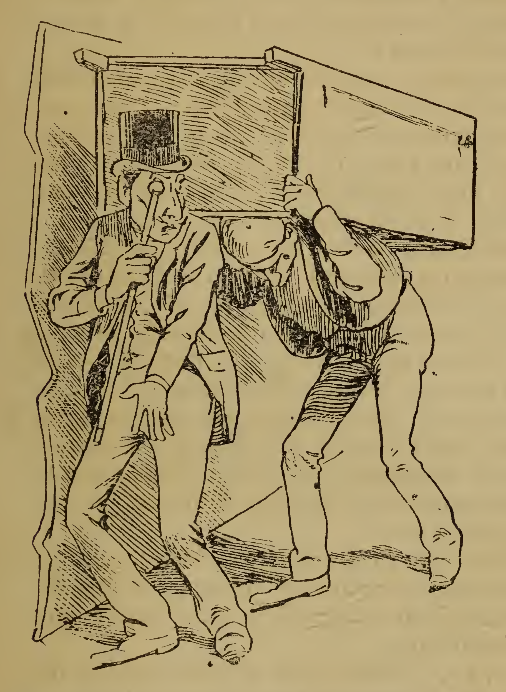
Morón se coloca en la primera caja de bastidores, mientras está el telón levantado, y cuando no, anda por el saloncillo, por los cuartos de los actores ó por el escenario, donde recibe dos ó tres porrazos todas las noches. Viene un "asistencia„ con una cómoda, y ¡pum! choca con Morón; pasa otro con un sable, y le pincha sin querer; cruza la escena el segundo apunte, con la palmatoria en la mano, y le quema los pelos del bigote.

Pero Morón es feliz todas aquellas horas que pasa cerca del ser amado, y se dejaría hacer tajaditas con tal de poder decirle una vez que otra:

—¡Ay, Casilda! ¡Qué divinamente ha dicho usted la relación del segundo acto!

Él guarda el pañuelo de Casilda mientras

ésta sale á las tablas, y lee todas las noches la tablilla de los ensayos á fin de evitarla



esta molestia; cuando está resfriada, la obsequia con caramelos; si tiene que sacar

flores á escena, él acude todas las noches con un ramito... ¡Qué galante es Morón!

—Casilda—la dice una noche.—Yo tendría mucho gusto en acompañar á usted á su domicilio; no por nada, sino porque va usted muy mal así, custodiada solamente por la doncella.

—No, Morón; no se moleste usted.

—No me molesto; al contrario.

Ella no acepta la compañía de Morón, pero recibe las flores, los caramelos y las alhajas con que la obsequia el día de su santo ó la noche de su beneficio.

—¡Qué mujer tan virtuosa!—dice Morón á solas con sus recuerdos.

Y la ve marchar todas las noches en compañía de la doncella, que es otro conjunto de virtudes.

—Buenas noches, Morón.

—Buenas noches, Casildita.

—Hasta mañana.

—Si Dios quiere. Tápese usted bien.

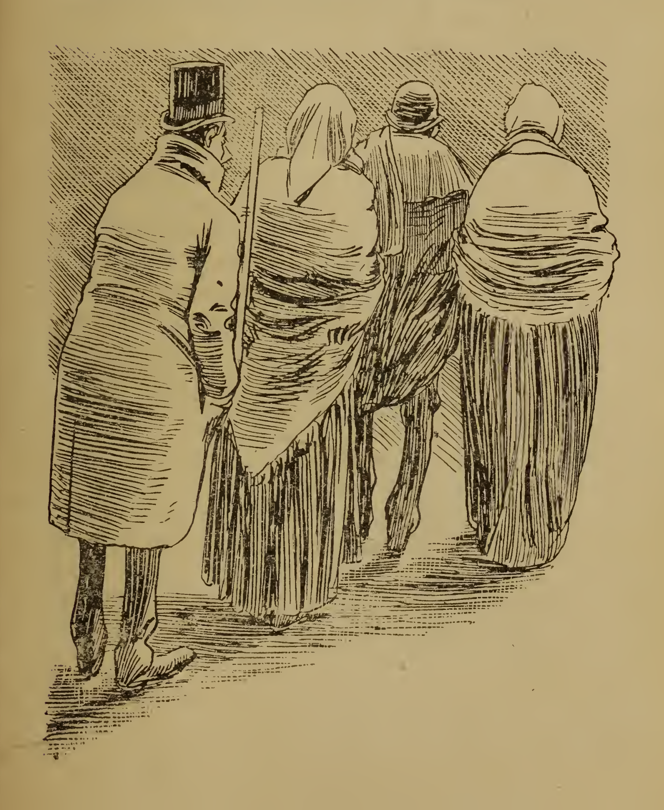
—Muchas gracias.

En la esquina de la calle hay un hombre embozado que, en cuanto ve á Casilda, se le acerca sin saludarla. Ella se apoya en el brazo de aquel hombre, y ambos desaparecen calle arriba, seguidos por la doncella.

Llegan al portal y suben los tres.

La puerta se cierra para no volver á abrirse hasta el otro día por la mañana.

Aquel hombre misterioso es el segundo apunte: viejo, feo, casado y con hijos.





EL ARTE DE MEDRAR

GUMERSINDO Rodajas había nacido para cortesano; pero no pasaba de ser un modesto funcionario público con 1.500 pesetas.

De nada le había servido su solicitud y la

bondad infinita de su carácter. Era el primero en acudir á las casas de huéspedes cuando llegaban los diputados de su provincia; buscaba la ocasión de cultivar el trato de todas aquellas personas de importancia, y cifraba su ventura en adular á todos los nacidos..., siempre que poseyeran cinco duros.

Gumersindo estaba en todas partes como si se hubiera dedicado á la carrera de Dios, y hoy se le veía en los toros acompañando á la señora de un senador vitalicio, y mañana se le encontraba en las calles mirando á los balcones á fin de alquilar un cuarto cómodo y barato para un exministro que le había confiado tan delicada misión.

Baste decir que la patrona de Gumersindo, sensible como una tiple de zarzuela, le había cogido muchas veces por el faldón de la levita para reconvenirle dulcemente en estos términos:

—¡Pero, don Gumersindo! ¡Trae usted una vida imposible... Usted va á enfermar de algo.

—Doña Ramona, lo principal es ascender.

—Gumersindo,—le decían á lo mejor en casa de algún hombre político.—¿Tiene usted algo que hacer mañana?

—No, señor; pero aunque tuviera sería lo mismo. ¿Qué hay que hacer?

—Va usted á hacerme el favor de buscar un ama de cría con leche fresca.

—Rodajas—le decía un ministro del Tribunal de Cuentas.—Mañana tiene usted que ir á la estación de las Delicias.

—Corriente.

—Y allí se entera usted de los precios que tienen en Lisboa los cigarros puros.

—Pierda usted cuidado.

En fin, Rodajas no tenía tiempo de cumplir ni con la chica de don Bernabé, capitán de la Guardia civil. Genoveva, que así se llamaba la chica, había obtenido del joven formal palabra de casamiento, y el guardia civil, que era un indio bravo, decía que en cuanto le echara la vista encima iba á hacer y á acontecer...

Entonces Gumersindo fué á verle y le habló así:

—Soy una persona decente, aunque pobre.

—Eso lo veremos ahora—dijo el guardia civil preparándose á romperle una silla en la cabeza.

—No pegue usted sin escucharme. Si no me caso con Genoveva dentro de un mes, puede usted matarme con toda confianza.

—Corriente—dijo el guardia civil soltando la silla.



Y esperó el mes entero.

Pero Gumersindo, que pensaba ascender, no ascendió ni nada, y además, entre la señora del jefe de su oficina y el niño mayor del director general, le habían tenido atareadísimo con encargos; de suerte que llegó el plazo, y Gumersindo no se pudo casar por falta de tiempo.

—¡Dios mío!—decía á solas:—¡qué bofetada me va á dar don Bernabé en cuanto me pesque!

La familia del director había decidido trasladarse á Santander en busca de aires puros, á ver si se le quitaba la tos ferina al chico mayor, que iba para los diecisiete años.

—Es necesario que nos saque usted los billetes—dijo al joven Rodajas la directora.—Facture usted los equipajes, y venga usted por aquí á traernos un ómnibus.

Rodajas anduvo toda la tarde hecho un zarandillo. El tren salía á las siete y media, y á las siete llegó á casa del director sudando pez.

—Aquí están los billetes y el talón de los equipajes. El ómnibus espera en la puerta.

—Que suba,—dijo el chico mayor.

—Coja usted al niño,—añadió la directora.

Ya en la estación, la ilustrísima señora, después de instalarse en el coche, dijo á Gumersindo:

—Oiga usted, Rodajas: cómprenos usted una *Guía* y un besugo.

—Aquí no hay besugos—se atrevió decir Gumersindo.

—¿No? Pues lo siento. Era un capricho de la pequeña.

El jefe de la estación hizo la señal de partida, y el tren se puso en movimiento; pero como Gumersindo estaba en aquel instante de pie en el estribo del coche dando sus disculpas á la directora, y como además era tímido, notó que el tren se movía y no se atrevió á echar pie á tierra.

—¡Eh, eh, caballero! Bájese usted prontó,—le gritó un empleado.

Gumersindo, por toda respuesta, se agarró al marco de la ventanilla, dejándose conducir. El tren marchaba á toda velocidad.

—Tírese usted—le dijo la directora.

—¡Un demonio!—contestó él agarrándose mejor.

—Pero ¿va usted á venir con nosotros?

—Señora, yo no sé nada. Ruego á usted que no me haga hablar, porque observo que me van faltando las fuerzas para todo.

En aquel momento, el niño del director arrojaba á la vía los restos mortales de un pollo que se había comido entre el tercero



y cuarto kilómetro, y Gumersindo recibía en la cara el regalo.

—¡María Santísima! murmuró melancólicamente.— ¡Todo viene á parar á mí!



Algunos minutos después, el tren se detenía en Pozuelo.

—¡Gracias á Dios!— exclamó Gumersin-

do, dejándose caer sobre un empleado.

—¡Tunante!—rugió don Bernabé, el capitan de la Guardia civil, que iba en un coche de segunda y acababa de reconocer á Gumersindo.

Y como el tren volvía á emprender su carrera vertiginosa, el capitán, no queriendo desperdiciar la ocasión de la venganza, le arrojó desde el coche una sombrerera de vaqueta.

Gumersindo, herido en la frente, cayó al suelo murmurando:

—¡A qué lamentable extremo nos conduce el afán de mejorar de posición!

En aquel momento decía la directora desde la ventanilla:

—¡Rodajas! ¡Dé usted una vuelta por casa, y que no se olviden de echar de comer á los gatos!

Hoy Rodajas es director general y diputado perpetuo.



LA PLUMA DEL TENOR

Vaya! No dormirse. ¿Están vestidos todos los comparsas?... ¡A ver! Que suba el coro. Señor Rodriguez, ¿tiene usted la daga?... Pérez, diga usted al apuntador que se baje.

Son las nueve menos diez, y el público está pateando de impaciencia.

Los *asistencias* se retiran del escenario y van á colocarse en los puntos estratégicos; el gasista se dispone á *dar luz*; las coristas se agrupan en la puerta del foro, esperando que llegue el momento de alzar la cortina para presentarse en paños menores ante el respetable público, y el segundo apunte recorre apresuradamente los cuartos de las primeras partes, para decirles:

—Señorita Falsete, ¿estamos? ¿Puedo empezar?

—Señor Mogón, ¿empiezo?

—¡De ninguna manera! —grita el tenor presentándose en la puerta del cuarto, vestido de pies á cabeza.

—¿Qué sucede? —se atreve á preguntar el segundo apunte.

—Sucede que yo no salgo con esta pluma.

—¿Cómo?

—Esto no es lo que yo había encargado.

—Pero...

—Yo no me presentó así.

—¿De modo que?...

—Que no se puede empezar hasta que no mude la pluma. Ya han ido á buscar al sastre.

¡Justo Dios! ¡Qué conflicto! El público pa-

tea cada vez con más desesperación porque han dado las nueve y no comienza el espectáculo; el segundo apunte, lleno de zozobra, baja al proscenio y pregunta:

—¿Quién ha ido á buscar al sastre? ¿Ha venido el sastre? ¡A ver! Que vaya uno corriendo á casa del sastre. ¡Pero, Dios mío! ¿Y ese sastre?

Las coristas, cansadas de esperar, han ido abandonando la puerta del foro y comentan lo ocurrido.

—¿Pero qué sucede? -dice una.

—Que el tenor está esperando al sastre.

—¿Para qué?

—Para que le mude la pluma.

En el saloncillo el empresario se consume vivo, y dice por lo bajo al autor, que está echando demonios:

—Créame usted, amigo Bandolín; vale más ser ladrón de caminos que empresario.

—Ya lo veo -responde el poeta, limpiándose el sudor.

—¡Hombre! ¡Vaya usted á ver á ese majadero y procure convencerle!

El infortunado autor hace un gesto de disgusto; pero es preciso que dé comienzo la función á fin de que el público no se desespere y desahogue más tarde su enojo silbando la obra.

—Ande usted, Bandolín; vaya usted á ver al tenor: ¡tenga usted piedad de mis inte



reses!—insiste el empresario.

—Mogón, ¿es usted mi amigo?—pregunta

el poeta presentándose en el cuarto del cantante.

—No puede usted dudarlo, puesto que voy á hacer un papel inferior á mi categoría,— contesta el artista lírico.

—Corriente. Pues hágame usted el favor de salir con esa pluma.

—¿Qué dice usted? ¿Con esta pluma azul? ¡Jamás! ¿Cree usted que debo exponerme á una silba inevitable? ¿No se ha fijado usted en que soy moreno claro?

—¿Y qué?

—Que el color azul me está horrorosamente.

El tenor se niega á trabajar, mientras no le sustituyan la pluma azul por otra encarnada; pero el sastre no acaba de llegar, y el tiempo pasa y el público patea cada vez con más furia.

—¿Por qué no empiezan ustedes?—viene á preguntar un amigo del empresario. ¿Hay alguna novedad? ¿Se ha puesto alguien enfermo?

—No, señor.

—¿Ha surgido dificultad á última hora?

—Una terrible.

—¿Cuál?

—Al tenor le han puesto en la gorra una pluma azul.

—¿Y qué?

—Que él la quiere encarnada.

Por fin llega el sastre, echando el pulmón por la boca.

El tenor le increpa duramente, pero la cosa se arregla bien pronto. ¡Oh felicidad! Suena el timbre anunciando que va á alzarse la cortina.

¡Qué hermosa pluma la de la gorra del tenor!

—Esto es lo que yo deseaba,—dice él; —¿ven ustedes como tenía razón? ¿Qué hubiera dicho el público si me viese salir con la otra pluma?

La representación comienza sin novedad, y el público aplaude el primer coro.

—¡Bien va la cosa! —exclama el autor frotándose las manos.

—¡Ya verá usted qué efecto produce mi romanza! —añade el tenor pavoneándose.

—¡Señor Mogón, prevenido! —grita el segundo apunte.

El tenor tose, escupe, se pasa las manos por el cuello, se arregla el cinturón que sostiene la larga tizona, y penetra, por último, en escena con la majestad de un príncipe, por más que él representa ser un bandolero bien acomodado...

Pero no hace más que abrir la boca, y la

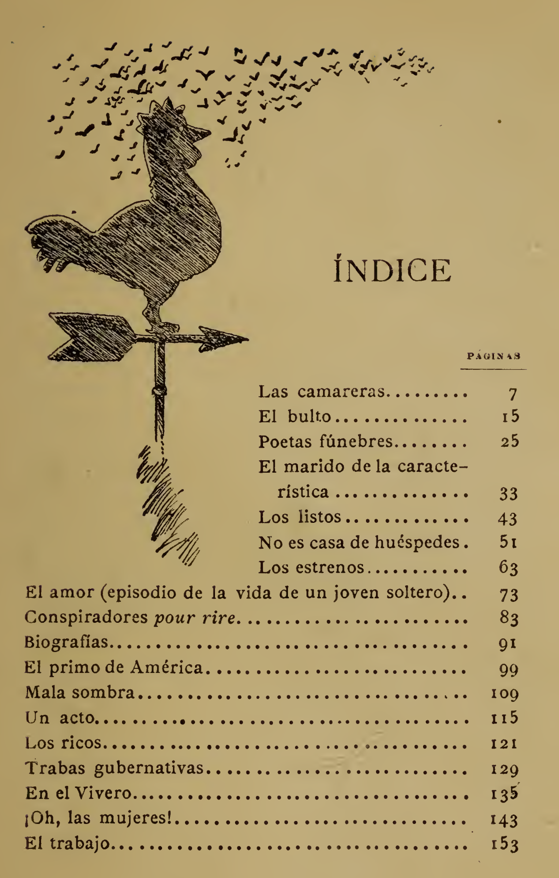
tempestad se desencadena. En cuatro compases ha soltado tres gallos...

—¡Y para esto nos ha hecho esperar una hora!—exclama el empresario apoyándose en un bastidor para no caer.

Y murmura el autor, dirigiendo los ojos á las bambalinas:

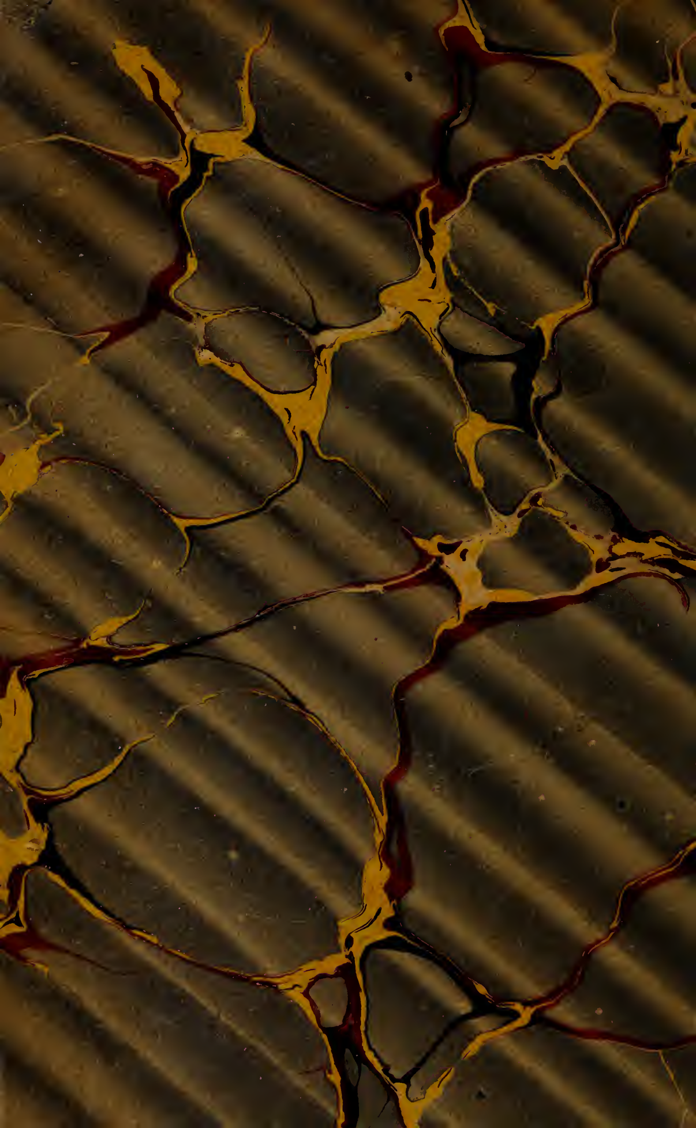
—¡Pues, digo, si llega á sacar la otra pluma!...

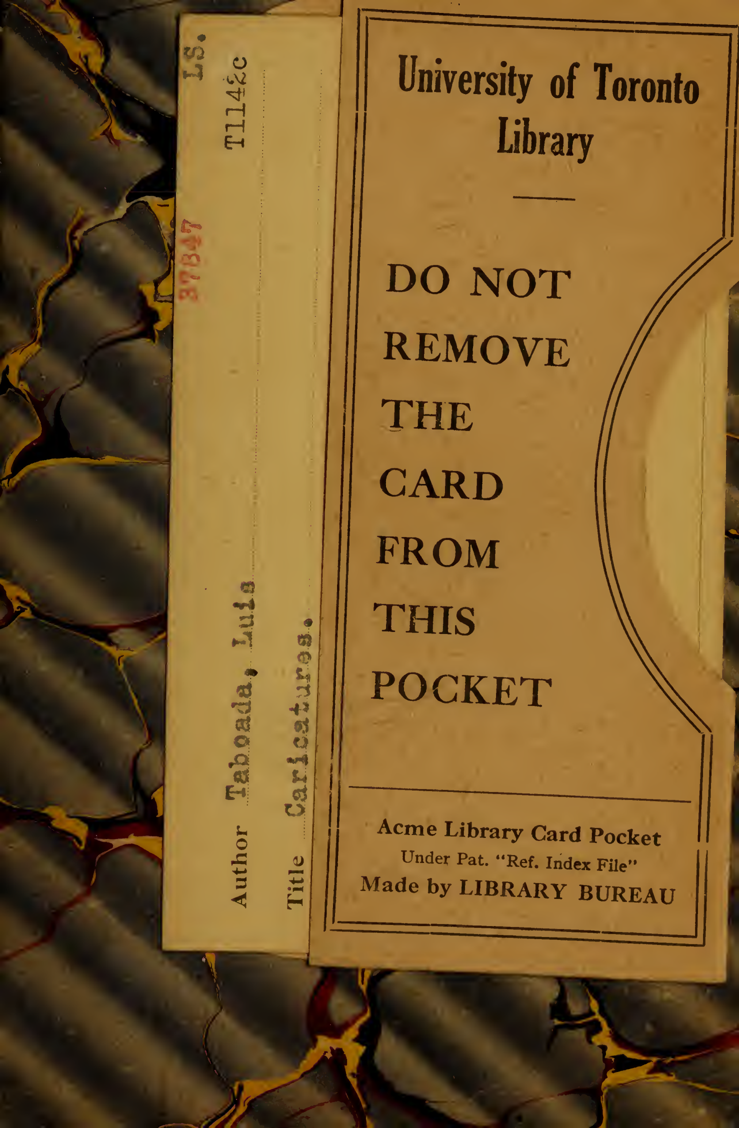




ÍNDICE

PÁGINAS




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
T1142c
37847
Author Taboada, Luis
Title Caricaturas.

